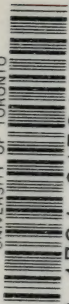


UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 01581138 3



Presented to  
The Library  
of the  
University of Toronto  
by  
Leslie Dewart, Esq.



Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of Toronto





# AMOK

POR STEFAN ZWEIG



EDITORIAL  
**TOR**

*100  
Centenario  
2000*

LG  
Z975a  
Sd

Zweig, Stefan  
Amok. [Versión  
castellana de Pedro  
Salazar Díaz]

584303

21. 5. 54

[Buenos Aires  
Editorial Tor  
19- ]

Leslie S. Dewant

## STEFAN ZWEIG

*En la crítica literaria moderna, la recia figura de Stefan Zweig, el admirable artista austríaco, ostenta perfiles definidos.*

*Stefan Zweig nació en Viena en 1881, en el seno de una familia de mediana fortuna, y publicó su primer libro cuando aún no salía del colegio: un volumen de versos con el título de "Lira de Plata". Este libro prematuro reveló las sorprendentes cualidades poéticas de su autor, junto a cierta tendencia melancólica que, después, ha ido acentuándose lentamente en sus obras posteriores. Gracias a los numerosos viajes que el joven Zweig realizó, pudo sentir desde muy temprano la atracción de la literatura de los otros países. Este amor, esta especie de veneración juvenil y entusiasta, que debía llevarlo muy lejos en su carrera literaria, no tardó en manifestarse en algunas notables traducciones de Baudelaire, Rimbaud, Samain. Sin duda que la traducción de las obras de Verhaeren marca un momento interesante en la vida artística del joven poeta. La celebridad tan alcanzada por su colega y maestro francés en Alemania, débese exclusivamente a Stefan Zweig.*

*También nuestro autor ha publicado, y con bastante éxito, algunas novelas cortas, piezas de teatro, un gran*

drama bíblico y numerosos e importantes ensayos críticos.

Con cada una de sus publicaciones obtiene inmediatamente el favor de los públicos europeos y de la crítica universal. Hoy día, Stefan Zweig, figura entre los más grandes escritores contemporáneos.

Es un crítico moderno, penetrante y sutil en su análisis, ensayista de gran vuelo, admirable retratista que en vastas y apretadas síntesis marca los rasgos salientes de los autores que estudia, estableciendo ciertas conexiones sorprendentes. Zweig no se detiene en el detalle externo, que sólo inspira glosas fugaces, sino que va al fondo mismo del autor que estudia y trata de explicarse su tendencia a través de su obra y de su vida.

Entre sus obras figuran las interesantes biografías de Freud, Dickens, Balzac, Dostoievski, Fouché, Casanova, Stendhal y, últimamente, la de María Antonieta. Momentos estelares de la humanidad, Los Ojos del Hermano eterno y El Candelabro Enterrado son otras de sus notables producciones.



## A M O K

En marzo de 1912, durante las operaciones de descarga de un gran buque transatlántico en el puerto de Nápoles, ocurrió un accidente muy curioso, sobre el cual publicaron los periódicos relatos con numerosos y fantásticos detalles.

A pesar de ser yo también uno de los pasajeros del "Oceania", me fué imposible, como a los demás viajeros, ser testigo de ese suceso, pues ocurrió de noche, mientras se cargaba carbón y descargaban mercaderías y todos nosotros a fin de evitar los ruidos, pasamos la noche en tierra, en cafés o teatros. A mi juicio, muchas de mis conjeturas, que entonces no expresé públicamente, constituyeron la verdadera aclaración de esa escena emocionante, y, por cierto, el número de años transcurridos me autoriza a aprovechar la confianza de una conversación que precedió inmediatamente al extraño episodio.

Cuando solicité pasaje para el "Oceania", en la Agencia de Navegación de Calcuta, con el objeto de regresar a Europa, el empleado que me atendió se encogió de hombros apenado. Dijo ignorar todavía si sería posible

reservarme un camarote en esa fecha, ya próxima la época de lluvias, en que, desde Australia, tenía el buque todos los camarotes ocupados, y en que, por lo tanto, no podía contestar sin recibir un telegrama de Singapore. Al día siguiente me dió alegremente la noticia de que todavía podía reservarme uno, aunque en realidad era poco confortable y situado en medio del buque. Impaciente por regresar, acepté el pasaje.

El empleado me había informado bien. El vapor estaba lleno, y el camarote era malo. No pasaba de ser un pequeño rincón rectangular próximo a la máquina, que recibía una luz pálida por los ojos de buey. El aire espeso y viciado olía a aceite y a mohó, y ni un instante podía uno escapar a los efectos del ventilador, que giraba como un enloquecido murciélagó de acero. Debajo trabajaba y gemía la máquina como un carbonero que subiera jadeando la misma escalera siempre sin descanso, y arriba sonaba el ruido de pasos de los pasajeros. Tan pronto como coloqué mi baúl, malhumoradamente, en aquella especie de tumba, busqué refugio en el puente y aspiré como con fruición la dulce y tibia brisa que venía de tierra y soplaba sobre las olas.

Pero también el puente estaba lleno y había en él bastante agitación. Pasaban de un lado a otro los hombres, charlando sin interrupción y gesticulando con la indecisión y nerviosidad originadas por la forzosa inactividad. Me hacía daño la gorjeante conversación de las mujeres y el incesante ir y venir por el estrecho pasillo del puente, ante cuyas sillas desfilara aquella multitud charlatana e inquieta. Había visto un mundo nuevo para mí, y bebido, en un furioso apresuramiento, imágenes que rápidamente, se habían desvanecido. Ahora deseaba meditar, aclarar y ordenar mis ideas; pero en ese paseo estrecho no había un momento de descanso y tranquilidad. Si intentaba leer algún libro, las líneas del texto se esfumaban en las sombras de los paseantes. Era imposible recogerse en esa calle de navío exenta de sombra.

Durante tres días traté de resignarme, observando

las personas y el mar; pero este último permanecía siempre idéntico, vacío y azul, sólo en los ocasos inundado por todos los colores. ¿Y las personas? Las conocía a todas antes de transeurrir tres días.

Todas las caras me eran familiares hasta la saciedad; la aguda risa de las mujeres me excitaba, y la ruidosa disputa de dos oficiales holandeses me producía irritación. El único recurso que me quedaba era el de irme; pero el camarote estaba muy caliente y cargado de vaho, y en el salón dos muchachas inglesas picoteaban valeses en el piano. Finalmente, cambié el orden de las cosas; desaparecí metiéndome en el camarote ya avanzada la tarde, tras de haberme aturrido con algunos vasos de cerveza, y así dormí durante la cena y el baile.

Cuando me desperté, el pequeño ataúd, que era mi cabina, estaba obscuro y la atmósfera era pesada. Se había parado el ventilador, y el aire grasiento y húmedo se posaba en mis sienes. Tenía los sentidos embotados. Necesité algunos minutos para darme cuenta del tiempo y del lugar. Seguramente había pasado ya la media noche, pues no se oía la música ni el ruido de los pasos; solamente la máquina, el palpitante corazón de Leviathan, empujaba jadeante el casco del buque hacia lo invisible.

Subí al puente. Estaba vacío. Y al elevar la mirada por encima de la chimenea hasta los mástiles, que brillaban como fantasmas, un mágico resplandor llegó hasta mis ojos. El cielo estaba radiante. Parecía como si una cortina de terciopelo velase una enorme luz, como si las reluceintes estrellas no fuesen sino agujeros, orificios y rendijas, por donde se colaba aquella indescriptible claridad. Nunca había visto el cielo como en esa noche, tan esplendoroso, tan azul de acero y brillante, surgiendo de él una luz cuyo foco se ocultaba misteriosamente. Los contornos del buque relumbraban bajo esa luz como esmalte blanco, contrastando con el mar de un oscuro aterciopelado; los cables y las vergas, todos los perfiles, eran absorbidos por ese brillo flotante. Las luces de los mástiles parecían colga-

das en el vacío, cual si fuesen estrellas terrestres y amarillas entre las brillantes del cielo.

Sobre mi cabeza se veía la mágica constelación de la Cruz del Sur, como si estuviese clavada en lo invisible con relucientes clavos de diamantes moviéndose al parecer, aunque era sólo el buque el que se movía y avanzaba lentamente, temblando a través de las oscuras olas, subiendo y bajando al unísono con el respirar de su pecho, como un nadador gigantesco. Miré al cielo. Fué igual que si me hubiese metido en un baño, pero no de agua, sino de una luz blanca que envolvía tibiamente mis manos, mis hombros, mi cabeza, y parecía penetrarme, pues todo mi entumecimiento había desaparecido de repente. Respiré libremente aquella serenidad, y sentí en mis labios el aire como una bebida pura: un aire suave, fermentado, en el que se mezclaban hálitos de frutos y el aroma de las lejanas islas. Por primera vez desde que pisé el puente sentí el placer de soñar, el más voluptuoso de abandonar femeninamente mi cuerpo a la blandura que me rodeaba. Quise acostarme con la mirada puesta en esos jeroglíficos blancos. Pero todas las butacas habían sido recogidas, y sobre el puente no había un solo lugar propio para un descanso soñador. Tanteando, fuí hacia la proa, encandilado por aquella luz que parecía brotar con vio'encia de los objetos. Casi me dolía esa luz de estrellas, blancas como la cal, y quise ponerme a la sombra, acostado sobre una estera, para no sentir el brillo en mí, sino encima, reflejado en las cosas como se ve un paisaje desde un cuarto oscuro. Por fin atravesando por entre puntales de hierro y tropezando con cables, llegué hasta la quilla y distinguí allá abajo la proa, hendiendo la oscuridad, y la luz de la luna, disuelta en espuma, relumbrando a los costados. Se elevaba y volvía a hundirse como un arado en el campo marino, y sentí todo el suplicio del elemento vencido y todo el placer de la fuerza terrestre en ese juego luminoso. Y, mientras lo observaba, perdí la noción del tiempo. ¿Había pasado una hora, o solamente unos minutos? Como una gigantesca cuna, el buque se

meceía y me transportaba fuera del tiempo. Comprendí que me llegaba la fatiga como una voluptuosidad. Deseaba dormir y soñar, pero sin salir de aquella magia; no en mi ataúd. De repente sentí entre mis pies un lío de cables. Me senté con los ojos cerrados; pero no había oscuridad posible, porque tenía encima el brillo plateado. Percibía por debajo el murmullo del agua y por arriba el sonar silencioso de la corriente blanca de este mundo. Y poco a poco, este rumor entró en mi sangre. Ya no me sentía a mí mismo, no sabía si esos latidos eran míos o del corazón del buque, que palpitaba a la distancia, y me diluía en el zumbido infatigable del mundo nocturno.

Una tos tenue y seca a mi lado me despertó. Me sobresaltó en mi sueño. Parpadeó, herido por la luz blanca que cayó sobre mis ojos, largo tiempo cerrados; frente a mí, cerca de la pared de a bordo, brillaba algo así como el reflejo de unas gafas, y en seguida, una chispa gruesa y redonda: el fuego de una pipa. Al sentar me mirando al agua y a la Cruz del Sur, no había notado al vecino que inmóvil había permanecido sentado todo el tiempo. Todavía con los sentidos embotados,, dije en alemán involuntariamente:

—¡Dispense!

—¡Oh! No hay de qué... — respondió una voz en el mismo idioma, desde la oscuridad.

No podría expresar lo curioso y lúgubre que resultaba estar allí sentados uno cerca del otro, silenciosamente. Tenía la impresión de que aquel hombre me miraba fijamente, como yo a él. Pero tan inmensa era la luz de arriba, que en la sombra no podíamos vernos. Me pareció únicamente percibir su respiración y su chupeteo y aspiración de fumador en pipa.

El silencio se hacía insoportable. Hubiera preferidoirme; pero me parecía demasiado brusco. En mi embarazo, saqué un cigarrillo. Dió un chasquido la cerilla, y durante un segundo la luz atravesó aquel estrecho espacio. Tras los cristales de unas gafas vi una cara extranjera que nunca había visto a bordo, ni siquiera

durante las comidas. Acaso porque la luz me hacía daño en los ojos, o quizá por una alucinación, ese rostro me pareció horrorosamente desfigurado, oscuro y como el de un duende. Pero antes de que pudiera percibirlo en detalle, la oscuridad se había tragado sus rasgos, iluminados un instante, y sólo vi el contorno de una figura apretada contra las sombras y, de vez en cuando, el círculo de fuego de la pipa. Ninguno de los dos hablaba, y el silencio resultaba tan pesado como el aire tropical.

Después de un tiempo, yo no pude soportarlo más. Me levanté y dije cortésmente:

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! — replicó una voz ronca y dura desde la oscuridad.

Me marchaba, tropezando con los líos de cables, cuando oí tras de mí unos pasos inseguros y precipitados. Era el vecino. Involuntariamente, me paré. No llegó hasta mí; y en la oscuridad, por su manera de andar, me dió la impresión de que se hallaba algo temeroso y como desalentado.

—¡Dispense — dijo precipitadamente — que me atreva a hacerle un ruego! Yo..., yo... — balbuceaba y no acertaba, en su confusión, a seguir. — Yo... tengo razones particulares..., puramente particulares, para vivir retirado aquí... Un caso de defunción... Evito la sociedad de a bordo... No me refiero a usted..., no..., no... Quería rogarle... Le quedaría muy agradecido si usted quisiera no decir a nadie que me ha hablado... Son razones particulares las que me impiden mezclarme entre la gente... Sí...; pues bien... me resultaría desagradable que usted dijese a los demás que alguien durante la noche..., que yo....

Se detuvo. Yo puse fin a su confusión, asegurándole que obraría conforme a su deseo. Nos apretamos las manos. Penetré después, en mi camarote, me dormí y en el sueño vi cosas raras e incoherentes.

Cumplí mi promesa, no contando a nadie lo ocurrido, a pesar de que no era pequeña la tentación, pues

en un viaje por mar cualquier frivolidad es un acontecimiento: un velero en el horizonte, un delfín que salta por encima de las olas, un "flirt" descubierta, una broma ligera. Por otra parte me atormentaba la curiosidad de averiguar algo más de ese viajero extraordinario. Examiné la lista de pasajeros en busca de un nombre que pudiera ser el suyo, observé la gente que pudiese estar relacionada con él, anduve todo el día lleno de una nerviosa impaciencia y esperé la noche para ver si podía encontrarle de nuevo. Los enigmas psicológicos han ejercido siempre sobre mí un inquietante poder de atracción. Siento que me hierve la sangre por averiguar las relaciones ocultas entre las cosas, y una persona que tenga algo de raro y extraordinario es capaz, con su simple presencia, de originar en mí una pasión, por aclarar su misterio, no menos que la que se puede sentir por poseer una mujer. El día se me hizo muy largo, y transcurrió como desgranándose entre mis dedos. Me acosté temprano: sabía que me despertaría hacia la media noche.

Y efectivamente, me desperté a la misma hora que la víspera. En la esfera luminosa de mi reloj, el horario y el minutero formaban una sola línea. Rápidamente salí sofocado del camarote para encontrarme con una noche todavía más pesada.

Las estrellas resplandecían como el día anterior, lanzando una luz difusa sobre el buque tembloroso, y allá arriba estaba radiante la Cruz del Sur. Todo era como la víspera (en las regiones tropicales, noches y días son muy regulares), y sólo en mí había desaparecido ese ánimo soñador de la noche pasada. En lo alto se oyó el reloj de a bordo. Un nuevo impulso y avancé paso a paso, atraído contra mi voluntad. Sin haber llegado al sitio de la víspera, divisé en él algo como un ojo de fuego: la pipa. El hombre estaba allí.

Me asusté y vacilé. Pero en el mismo instante, algo se movió en la oscuridad. alguien se levantó, avanzó dos pasos y oí cerca de mí una voz, de tono molesto y cortés:

—¡Perdone! — dijo. — Seguramente deseaba ir usted a su sitio habitual, y me ha parecido que vacilaba al notar mi presencia. Hágame el favor de sentarse, que yo me retiraré.

Le aseguré que mi vacilación habíase debido al deseo de no molestarle.

—No me molesta — dijo con cierta amargura; — por el contrario, me alegra de no hallarme solo, siquiera una vez. Desde hace diez días no he pronunciado una sola palabra... Mejor dicho, desde hace años... y mi situación es difícil de sostener, porque uno llega a sentir la asfixia al tener que tragarlo todo... No puedo quedarme a todas horas en el camarote... en ese ataúd... no puedo más... Tampoco me siento capaz de soportar a esos hombres que se pasan todo el día riendo... No puedo soportarlo más... les oigo desde mi camarote y me tapo los ojos... A decir verdad, ellos no saben que... Porque en realidad no saben nada, al fin de cuentas, ni les va ni les viene...

Vaciló de nuevo. Luego dijo rápida y atropelladamente:

—Pero no quiero molestarle a usted... Dispéñeme esta charla.

Hizo un gesto de despedida; pero yo le disuadí:

—No me molesta usted de ningún modo. También a mí me agrada poder cambiar aquí tranquilamente unas palabras... ¿Quiere un cigarrillo?

Lo tomó y encendió. Como la víspera, noté el contraste de su cara con la pared de a bordo; pero esta vez él se encontraba más enfrente de mí. Detrás de las gafas, sus ojos escrutaban mi rostro, ávidamente, con una loca intensidad. Me quedé aterrado. Comprendía que ese hombre quería hablar, que debía hablar, y que yo debía guardar silencio para ayudarle. Nos sentamos. Disponía él de una segunda butaca, y me la ofreció. Al encender una cerilla cada uno, noté que se movía el círculo luminoso de la que él sostenía entre sus dedos, denunciando el temblor de la mano. Permanecí callado, como él. De pronto, me preguntó en voz baja:



—¿Está usted cansado?

—No, nada de eso.

Su voz en la oscuridad era nuevamente indecisa:

—Me gustaría preguntarle algo... Mejor dicho, soy yo quien quisiera contarle algo. Sé... sé muy bien que es absurdo dirigirme al primero que hallo a mi paso; pero... yo soy... Me encuentro en un estado psicológico terrible... He llegado a un punto en que debo hablar con alguien... si no, me muero... Usted lo comprenderá cuando le cuente... Bien sé que no podrá ayudarme... pero el silencio me mata, me enferma... y un enfermo siempre resulta ridículo...

Le interrumpí para rogarle que no se atormentase; podía contármelo todo...

—Naturalmente, a mí no me es posible prometerle nada; pero todo el mundo tiene el deber de ofrecer su buena voluntad. Cuando alguien se encuentra en un apuro los demás deben auxiliarle.

—El deber... ofrecer su buena voluntad... el deber de auxiliar... También usted cree que se tiene el deber... el deber de ofrecer cada uno su buena voluntad.

Repetió tres veces la misma frase. Tuve miedo ante aquella repetición estúpida e irritante. ¿Estaba loco o borracho aquel hombre?

Pero como si él hubiese leído en mi alma, dijo de pronto y con la voz alterada:

—Piensa usted, quizás, que estoy loco o borracho. No, no lo estoy, no lo estoy aún. Ocurre únicamente que la palabra pronunciada por usted me ha impresionado en forma singular... tan singular como que es la palabra que me atormenta, pues si existe el deber... el deber...

Comenzó otra vez a balbucear. Su balbuceo cesó de repente y después de un rato, prosiguió con un nuevo impulso:

—Soy médico, y se dan casos tan fatales... digamos casos extremos, en que no se sabe si se tiene el deber... Porque no hay un solo deber: el que nos obliga con el prójimo, sino también el que se refiere a uno mismo, el que nos obliga con el Estado, con la ciencia... Se

Debe ayudar al prójimo, naturalmente, y por eso existe el hombre... pero esos preceptos son siempre teóricos... ¿Hasta qué punto se le debe ayudar? He aquí, por ejemplo, usted, un desconocido para quien yo también lo soy, y a quien yo le ruego que no diga a nadie haberme visto... Bueno, usted se calla, usted cumple con su deber... Le ruego también que hable conmigo, porque el silencio me mata... Usted se muestra dispuesto a escucharme... Bueno... también es una cosa fácil... Pero si yo le rogara que me levantase y me lanzase al mar... entonces se acabaría el deseo de ayudarme... El deber tiene algún límite... aquel en que entran en juego la propia vida, la propia responsabilidad. Algún límite tiene que haber. ¿O no debe haberlo cuando se trata de un médico? ¿Debe ser él un Cristo, un Mesías, porque posee un diploma en latín? ¿Debe despreciar su vida y meter agua en su sangre cuando un recién llegado le pide que sea noble y bueno? Sí, algún límite ha de tener el deber... Aquél en que ya no se puede ayudar...

Se detuvo un momento y prosiguió, tomando aliento:

—Dispéñseme usted... Hablo de una manera excitada... pero no estoy borracho... no estoy borracho todavía... Eso ocurre ahora con frecuencia, en esta soledad infernal, lo confieso... No olvide que durante siete años he vivido entre indígenas y bestias... Allí se pierde la facultad de conversar tranquilamente.

Cuando uno abre su intimidad, rebosa... Pero espere usted... Sí, ya sé... Quería preguntarle, exponerle un caso para saber si también en él existía el deber de ayudar... ayudar con intención pura y altruísta, si sé... Temo que voy a extenderme demasiado. ¿De veras no está usted fatigado?

—No, de ningún modo.

—Yo... se lo agradezco... Tome.

Llevó su mano hacia su espalda en la oscuridad. Chocaron entre sí dos o tres botellas que tenía allí. Me ofreció una copa de "whisky" y yo empecé a beberla poco a poco, cuando él ya había vaciado la suya de

un solo trago. Durante un momento reinó silencio entre nosotros. En ese instante dieron las doce y media.

\* \* \*

—Pues bien, deseaba contarle un caso. Suponga usted un médico en una... una ciudad muy pequeña... o mejor dicho, en el campo... un médico que... un médico que...

Hubo una nueva vacilación. Se acercó arrastrando su butaca bruscamente.

—Así no va a comprender. Debo contárselo todo, desde el principio; porque de otra manera usted no comprenderá... La cosa no se puede explicar con un ejemplo, como una teoría... Debo contarle a usted mi caso. No debo tener vergüenza, ni ocultarme... También delante de mí se desnuda la gente y me muestra su tiña, su orina, sus excrementos... Cuando se desea una ayuda, no se debe mentir ni ocultar nada... Así, pues, no le voy a contar el caso de un médico desconocido... Me desnudo y digo: Yo... he perdido la vergüenza en aquella sucia soledad, en ese país maldito que a uno le devora el alma y le chupa la médula de los huesos.

Quizás hiciese yo algún movimiento, pues él se interrumpió:

—Protesta usted... y lo comprendo; está entusiasmado de la India, de los templos y de las palmeras, de todo el romanticismo de un viaje de dos meses... Sí; son encantadoras estas regiones tropicales cuando se atraviesan en ferrocarril, en auto, en riscka. También a mí me lo parecieron cuando llegué por primera vez, hace ya siete años. ¿Qué no habré soñado entonces? Quería estudiar el idioma y leer los sagrados libros en su texto original. Quería estudiar la psicología de los indígenas — así se dice en la jerga europea; — quería, en fin, ser un misionero de la Humanidad y de la Civilización. Pero en aquella casa de vidrio que escapa a las miradas del turista se pierde la fuerza, la fiebre — pues el que más y el que menos la tiene por mucha

cantidad de quinina que ingiera diariamente — le chupa a uno la médula, y uno se siente débil y perezoso como una medusa. Cuando se llega allí de una metrópoli europea, uno se siente algo distinto a los demás en esa maldita estación de los pantanos; pero después de más o menos tiempo, todo el que llega sufre algún contagio: unos se emborrachan, otros fuman opio, otros se dan a la agresión y se convierten en bestias: no hay quien no padezca de alguna locura. Se anhela Europa, se sueña con poder pasear por una calle y sentarse en una habitación espaciosa, entre hombres blancos; se sueñan estas cosas año tras año, y cuando llega el momento en que lo soñado podría realizarse, uno se siente demasiado perezoso para hacerlo. Uno comprende que va a ser olvidado como una ostra en aquel mar, pisada por todos, y uno se queda y degenera en esas selvas cálidas y húmedas. Maldito sea el día en que me vendí a esa tierra... Venta que, por otra parte, no fué voluntaria. Yo había hecho mis estudios en Alemania. Era médico, un buen médico, con un cargo en una clínica de Leipzig. Hace muchos años, en un diario de medicina se publicó una información muy elogiosa acerca de una nueva inyección que yo había sido el primero en aplicar. Por entonces comenzó lo de aquella mujer... una mujer que conocí en el hospital. Había vuelto loco a su amante, quién la hirió de un tiro, y al poco tiempo de conocerla yo, estaba tan loco como él. Era altiva y fría hasta el punto de enfurecerme; siempre me han dominado las mujeres soberbias y arrogantes, y aquélla me hacía doblegarme hasta que mis huesos crujían. Hacía todo cuanto ella deseaba; en varias ocasiones — ¿por qué no decirlo, pues han pasado ya ocho años? — eché mano de la caja del Hospital, y cuando la cosa se supo se armó un escándalo de todos los demonios. Un tío mío cubrió el déficit, pero mi carrera estaba destruída. En ese tiempo oí que el Gobierno holandés buscaba médicos para sus colonias y ofrecía dinero adelantado. Cosa curiosa — pensé yo — debe ser por la que ofrecen anticipos. No ignoraba que las losas sepulcrales aumentan en estas plantaciones de fiebre, en propor-

ción tres veces mayor que en nuestras regiones; pero cuando se es joven, se cree que la fiebre y la muerte existen sólo para los demás. De todos modos, no tenía para elegir y fuí a Rotterdam, firmé un contrato por diez años y recibí un puñado de billetes de Banco. Envié la mitad a mi tío, y el resto quedó entre las garras de una mujerzuela del puerto, por el solo motivo de parecerse mucho a aquella otra gata maldita. Sin dinero, sin reloj y sin ilusiones, abandoné Europa. Y la verdad es, que al salir del puerto, no sentí ninguna tristeza. Cuando, un día me hallaba en el puente del barco, como usted y como todos los demás; contemplé la Cruz del Sur y las palmeras, y se me ensanchó el corazón. ¡Ah esas selvas, esa soledad, y tranquilidad! — soñaba yo. — Pues bien, no fué soledad lo que me faltó. No me mandaron a Batavia o a Suhabaya, a una de esas ciudades donde hay europeos, clubs, golf, periódicos y libros, sino a — el nombre es lo de menos — una estación de distrito, a dos días de la ciudad más cercana. Unos viejos y secos empleados, unos “halfcas” (mestizos), eran toda mi sociedad; y luego, selvas, plantaciones, espesuras y pantanos. Pude soportarlo al principio. Me dedicaba a toda clase de estudios. Una vez, el vicesidente se fracturó una pierna en un accidente de automóvil; le curé yo sin más asistencia, y se habló bastante de aquella curación. Coleccionaba venenos y armas de los indígenas, y me ocupaba en mil pequeñeces, para no dejarme ganar por la pereza. Todo fué bien, mientras las fuerzas de Europa persistían en mí; pero más tarde se me empezó a agotar. Comenzaban a aburrirme los pocos europeos que había allí; fuí rompiendo mis relaciones y dándome a beber y a soñar. Me faltaban todavía dos años, al cabo de los cuales sería libre y podría volver a Europa y reanudar mi vida. A decir verdad, no hacía nada sino esperar, estarme quieto y esperar. Y aún permanecería así si ella no hubiera... si no hubiera sucedido lo que sucedió.

\* \* \*

Calló la voz en la oscuridad. También la pipa dejó de arder. Se hizo un silencio tal que podía escucharse claramente, de pronto, el agua rompiéndose en espumas contra la proa, y el sordo latir del corazón de la máquina. Me hubiera gustado encender un cigarrillo, pero tuve miedo de la intensa luz de la cerilla, que se reflejaría en su cara. El callaba. Yo no sabía si había terminado su relato o si dormía: tan fúnebre era su silencio.

Sonó la hora en el reloj de a bordo. Se movió y oí de nuevo el chocar de botellas. Probablemente buscaba el "whisky". Pude notar que bebía un trago, y de pronto sonó otra vez su voz; esta vez más viva y apasionadamente:

—Pues sí... espere usted... pues sí, ocurrió en esta forma: Yo estaba allí, en esa maldita tierra, encerrado en mi casa desde hacía meses como una araña en su red. La lluvia había caído sobre el tejado semana tras semana. No había venido nadie, ningún europeo; permanecía sentado día tras día, acompañado por las mujeres amarillas y por mi buen "whisky". En esa época me hallaba completamente abatido, completamente enfermo de Europa, como se dice allí. Cuando leía una novela, en la que se hablaba de anchas calles y de mujeres blancas, el libro temblaba entre mis dedos. No puedo descubrir bien ese estado; se trata de una especie de enfermedad tropical, una nostalgia furiosa, febril, y a la vez lánguida, en que se cae a veces. Así estaba, sentado, me parece que inclinado sobre un atlas, soñando con viajes. Golpearon nerviosamente la puerta. Tras ella estaba el boy y una de las mujeres; ambos con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro. Hacían grandes gestos: "Está aquí una señora, una "lady", una mujer blanca".

Me levanté bruscamente. No había oído llegar ningún coche, ningún automóvil. ¿Una mujer blanca en esta región salvaje?

Antes de bajar la escalera, me detuve un momento, para verme en el espejo y arreglarme algo. Estaba nervioso, inquieto, atormentado por un presentimiento des-

agradable, pues no recordaba a nadie en el mundo que pudiese visitarme por amistad. Bajé al fin.

La señora estaba esperando en la antesala y vino hacia mí precipitadamente. Un espeso velo de automóvil ocultaba su cara. Iba a saludarla, pero ella me interrumpió: “Buenos días, doctor — me dijo en un inglés corriente, tan corriente, que me dió la impresión de algo aprendido de memoria. — Dispéñseme que le moleste; estuvimos en la estación y hemos dejado el “auto” allí. — Yo pensé un instante: ¿por qué no habrá parado delante de mi casa? “Entonces—continuó ella—me acordé de que usted vivía aquí. Oí hablar de usted. Ha hecho usted una verdadera maravilla con el vicerresidente; su pierna está muy bien y juega al golf como antes. ¡Ah, sí! allá abajo todo el mundo habla de ello, y sacrificaríamos muy a gusto al viejo cirujano y a dos más de los otros, si usted quisiera vivir en nuestra campaña. ¿Por qué no se deja usted ver por allí abajo? Vive usted como yogi...”

Continuó charlando así, precipitadamente, sin dejarme pronunciar una sola palabra. Había en su charla algo de nervioso y de inquieto, y yo mismo me sentí invadido por esa nerviosidad. ¿Por qué hablaba tanto, por qué no se descubría, por qué no se quitaba el velo? me preguntaba yo interiormente. ¿Tiene fiebre? ¿Estará enferma? ¿Estará loca? Me puse más nervioso todavía, porque me di cuenta de lo ridículo de hallarme ante ella, invadido por su charla ruidosa. Se calló al fin, y pude rogarle que subiera. Ella, entonces, hizo seña al boy de que se quedara y subió delante de mí la escalera.

—Está bien esto — dijo mirando mi habitación. — ¡Ah, qué bonitos libros! ¡Me gustaría leerlos todos. Se aproximó al estante y miró los títulos. Por primera vez desde que entró, guardó un minuto de silencio. “¿Puedo ofrecerle una taza de té?” — le pregunté.

No se volvió, y siguió mirando los títulos de los libros. “No — dijo, — gracias, doctor, nos iremos pronto... No disponemos de mucho tiempo... Se trata sólo de una pequeña excursión... ¡Ah, también usted tiene Flau-

bert, que me gusta tanto!... Admirable, realmente admirable. "La educación sentimental"... Veo que también lee usted el francés... ¡Usted lo sabe todo! Sí, los alemanes lo aprenden todo en los colegios... ¡Realmente es admirable conocer tantos idiomas!... El vicerresidente está encantado de usted y no deja de decir que usted sería el único a cuyo bisturí se confiaría... Nuestro buen cirujano no sirve más que para jugar al "bridge"... Bueno; ¿sabe usted? — todavía no se había vuelto. — Tenía hoy el capricho de consultarle... y como pasábamos por su casa, yo pensaba... pero usted quizá esté ocupado ahora... sería preferible que volviera en otra ocasión".

¡Al fin descubres tus cartas! pensé inmediatamente. — Pero no dejé traslucir nada, y le aseguré que para mí sería un gran honor servirle en ese instante o en cualquier otro.

—No es nada serio — dijo, volviéndose a medias y hojeando un libro que había sacado del estante, — nada serio... pequeñeces... cosas de mujer... vértigos... desmayos. Esta mañana, al tomar una curva con el coche, caí en él, sin conocimiento, en el asiento. El boy tuvo que levantarme y buscar agua... ¿No lo cree así, doctor?

—Sin saber más, no podría decirlo. ¿Sufre usted con frecuencia desmayos?

—No.... Quiero decir... esta última temporada... sí... últimamente... desmayos y náuseas.

Se puso otra vez delante del estante, colocó el libro en su lugar, sacó otro y lo hojeó. Es curioso — pensaba yo. — ¿Por qué hojea tan nerviosamente, por qué no se levanta el velo? A propósito me callo. Quiero hacerla esperar. Al fin prosiguió con su charla ligera:

—¿No es cierto, doctor, que no hay nada grave en todo ello? Ninguna enfermedad tropical, nada de peligro...

—En primer lugar debo ver si tiene usted fiebre. Permítame que le tome el pulso.

Me aproximé y ella retrocedió.

—No, no tengo fiebre... estoy segura que no... me



he observado a diario desde que empecé a sentir estos desmayos. Nunca tengo fiebre; siempre 36,4 justo. También me funciona bien el estómago.

Tuve un momento de indecisión. Me estaba picando una sospecha sin cesar. Sentía que esta mujer quería algo de mí, pues no se llegaba hasta un desierto para charlas sobre Flaubert. Le hice esperar otros dos minutos.

—Dispéñseme, señora — le dije, por fin, — ¿me permite usted que sin rodeos le haga algunas preguntas?

—¡Naturalmente, doctor! Usted es el médico — contestó; pero otra vez se volvió de espaldas y se entretuvo con los libros.

—¿Ha tenido usted hijos?

—Sí, un hijo.

—¿Y ha sentido antes... digo, en aquella época... lo mismo que ahora?

—¡Sí!

Ahora su voz fué completamente distinta. Clara y precisa, sin ninguna vaguedad ni nerviosidad.

—¿Y es posible... dispéñseme la pregunta... que se encuentre usted en el mismo estado?

—¡Sí!

Dejó caer esta palabra como un cuchillo agudo y cortante.

—Lo mejor sería, señora, que le hiciera a usted un examen general... Le ruego... entre usted en esa otra habitación.

Ella se volvió de repente. A través de su velo sentí una mirada fría y resuelta:

—No, no es necesario... estoy absolutamente segura de mi estado.

La voz del narrador tuvo un momento de vacilación. Nuevamente brilló en la oscuridad el vaso lleno:

“Escuche... y procure imaginarse la situación: un ser que se muere de soledad es visitado por una mujer: es la primera vez. desde hace años, que una mujer blanca entra en su habitación... Y de pronto siente que en dicha habitación hay algo terrible, hay un peligro. Yo me llené de temor ante la acerada resolución de aquella

mujer, que había entrado charlando frívolamente, y de pronto desenvainaba como un cuchillo su exigencia. Me di cuenta en seguida de lo que ella deseaba de mí, ya que no era la primera vez que una mujer me pedía lo mismo; pero las demás habían llegado hasta mí vergonzosas, implorando y suplicando con lágrimas... Ahora estaba allí una... sí, una masculinamente enérgica, con energía de acero... y desde el primer instante sentí que era más fuerte que yo... que me dominaría si quisiera... Pero también yo guardaba algo de malo... Dentro de mí estaba el hombre que se defendía, el hombre amargado... pues como le he dicho ya, desde el momento era una enemiga. Sentí que ella me examinaba bajo su velo, y que de una manera directa y exigente quería obligarme a hablar. Sin embargo, yo no accedí tan fácilmente. Comencé a hablar, pero con vaguedad... involuntariamente imité el tono indiferente de sus charlas, queriendo — no sé si usted logra comprenderme, — queriendo por mi parte obligarla a expresarse con mayor claridad; no quería ofrecerme sin ser suplicado... Por lo mismo que ella era tan altiva... y porque sabía que nada ejercía sobre mí un dominio semejante a la altivez de las mujeres. En consecuencia, me puse a charlar, diciendo que se trataba de un caso de poca importancia; tales desmayos eran propios de su estado; y que, por el contrario, influirían favorablemente en el resultado. Cité algunos casos publicados en revistas médicas, y hablé de una manera ligera y negligente, considerando el asunto como una pequeñez... Esperaba a cada instante que ella me interrumpiera, pues comprendía que no podría soportarlo.

Y me interrumpió con un brusco movimiento de su mano, como si quisiera borrar todo lo que yo le había dicho para calmarla.

—No es eso, doctor, lo que me intranquiliza. En otra época, en el mismo estado de embarazo, me sentía mejor... pero ahora no estoy bien... El corazón...

—¡Ah! ataques de corazón — repetí yo, aparentando una leve inquietud. — Entonces voy a examinarla en seguida.

Hice un movimiento como si fuera a levantarme para buscar el estetoscopio.

Pero ella me interrumpió. Lo hizo con una voz aguda y terminante, como una voz de cuartel.

—Padezco de ataques al corazón, doctor, y le ruego me crea, cuando yo se lo digo. No quiero perder el tiempo en un examen. Creo que puede usted confiar un poco más en mí. Por lo menos, yo he mostrado bastante confianza en usted.

Aquello era ya la lucha abierta, el desafío franco. Yo lo acepté y dije:

—Confianza por confianza, con entera franqueza: hable usted claramente, ya que está ante el médico. Y en primer lugar, quítese usted el velo, siéntese y déjese de libros y de rodeos. No se viene a ver al médico con la cara oculta por un velo.

Me miró erguida y soberbia. Vaciló un instante. En seguida se sentó y se levantó el velo. Vi un rostro como el que había temido. Una cara impenetrable, dura, señoreada por una belleza inalterable a los efectos de la edad; una cara de ojos grises, ingleses, al parecer llenos de calma, pero que ocultaban intensos sueños de pasión. Aquella boca fina y cerrada, nunca revelaría un secreto sin proponérselo. Durante un minuto nos miramos,—ella con mirada exigente y al mismo tiempo interrogativa, una fría crueldad de acero,—y sin poder soportar la energía de sus ojos, contra mi voluntad, aparté la vista.

Ella golpeaba ligeramente la mesa con su dedo. Estaba también nerviosa, y dijo apresuradamente:

—¿Sabe usted, doctor, lo que quiero de usted, no lo sabe?

—Creo saberlo; pero hablemos francamente. Usted quiere acabar con su estado... Desea usted que yo la libre de sus desmayos, haciendo desaparecer la causa, ¿no es eso?

—Sí.

La palabra cayó como un hachazo.

—¿Usted sabe que tales experimentos son peligrosos... para ambos?

—¡Sí!

—¿Que la ley los prohíbe?

—Hay ocasiones en las que no está prohibido; porque es necesario.

—Pero eso exige una indicación del médico.

—Usted sabrá qué indicación es ésta, puesto que es médico.

Tenía fijos en mí sus ojos claros. Aquello era una orden, y yo, sintiéndome débil, temblaba de admiración ante su diabólica y soberbia voluntad. Pero aún me defendí, no quise mostrarme vencido. “¡No vaciles tan pronto! ¡Oblígala a rogar!” — me decía una voz interior.

—Eso no siempre depende de la voluntad del médico; pero estoy dispuesto a hablar con un colega del hospital...

—No quiero nada de su colega...

—Una pregunta, si usted me lo permite: ¿Por qué ha venido a mí?

—No tengo ningún inconveniente en decírselo. Usted vive retirado, no me conoce, es un buen médico y — en aquel momento vaciló por primera vez — usted se quedará poco tiempo en esta región, sobre todo si puede reunir una suma importante para regresar a Europa.

Sentí un escalofrío. Esa frialdad mercantil, esa exactitud de cálculo me aturdió. Hasta entonces, sus labios no se habían abierto para pronunciar una sola réplica; pero ya lo tenía todo calculado, y para ello, sin duda, antes que nada me había espiado y observado. Sentí que el demonio de su voluntad me penetraba, y me defendí con resolución. Nuevamente me obligué a mí mismo a ser positivo y casi irónico:

—¿Y esa suma importante la pondrá usted a mi disposición?

—Por sus servicios y su partida inmediata.

—¿Pero usted sabe que en esas condiciones perdería mi pensión?

—¡Yo le indemnizaría!

—Se explica usted claramente... pero todavía deseo una mayor claridad. ¿Qué suma propone usted?

—Doce mil francos, pagaderos en un cheque sobre Amsterdam.

Yo temblaba... temblaba de ira... y de asombro. Lo había calculado todo, la suma y la manera del pago, que me obligaría a irme, me había avaluado y comprado sin conocerme; había dispuesto de mí en un presentimiento de su voluntad. Me dieron ganas de abofetearla... Pero cuando me levantaba temblando — también ella se había levantado, — mirándome cara a cara, observé que aquella boca altiva, que no podía suplicar, aquella frente altanera, no podía humillarse... Entonces sentí una especie de brutal avidez. Ella debió de comprenderlo, pues levantó sus cejas, como si quisiera defenderse contra algo molesto; era evidente el odio entre ambos. Sabía que me odiaba, porque necesitaba de mí, y yo, a mi vez, la odiaba a ella, porque no quería suplicar. De pronto, una idea me mordió como un reptil, y le dije... le dije... Pero aguarde usted. Así no lo comprendería bien... lo que le he dicho... Primeramente debo explicarle cómo... cómo me asaltó aquella loca idea.



Otra vez se pudo oír el choque de unas botellas contra otras. Su voz se excitaba cada vez más:

—No es que yo quiera disculparme, arrojar de mí toda la culpa... Pero de otra manera usted no comprendería... No sé si he sido un hombre bueno o cosa parecida; pero creo que he estado siempre dispuesto a auxiliar... En aquella tierra sucia, mi única alegría consistía en conservar un poco la vida de los demás, con algo de la ciencia acumulada en mi cerebro... Era una especie de alegría divina. Realmente eran los momentos más hermosos aquellos en que llegaba hasta mí un muchacho de raza amarilla, con la cara azul y blanca de miedo, con un mordisco de víbora en la pierna hinchada, implorando que no se la cortase, y yo podía salvarle. He caminado horas y horas, cuando en algún lejano sitio se hallaba una mujer poseída de la fiebre, y también auxiliado en la forma que deseaba mi vi-

sitante, en Europa, en la clínica. Pero en tales casos yo sentía que me necesitaban, sabía que salvaba a alguien de la muerte o de la desesperación, y para ayudar al prójimo es necesario tener la convicción de serle indispensable. Pero aquella mujer — no sé si podré expresárselo a usted — me excitó, me excitó desde el primer momento, cuando entró en mi casa, al parecer, sin objeto; su soberbia, excitaba mi resistencia, lo excitaba todo. ¿Cómo podré decirlo?... Excitaba todo lo que había en mí de pasado, de oculto y de malo para resistirle. Que representando el papel de "lady", reservada y fríamente quisiera tratar de un negocio de vida o de muerte, me enloquecía... y además... además... un embarazo no puede originarse en un partido de golf... Yo tenía que imaginarme, con alarmante claridad, que aquella mujer orgullosa y reservada, que sobre sus ojos de acero levantaba las cejas al sentirse mirada, tenía que imaginarme, digo, que hacía dos o tres meses se había estrujado con un hombre en la cama, desnuda como un animal, lanzando tal vez gemidos de placer, entrelazados los dos cuerpos como dos labios... Tal era mi ardiente pensamiento, mientras ella me miraba con la frialdad de un oficial inglés... y entonces se reveló mi deseo... Tenía el propósito de humillarla... Desde aquel momento empecé a ver a través de su vestido su cuerpo desnudo... Desde aquel momento me ganó la idea de poseerla, de hacer brotar de sus labios un gemido, de sentir la voluptuosidad en aquella mujer fría y altanera, como el desconocido que la había poseído ya. Eso... quería explicarle a usted... Aún hallándome tan caído, profesionalmente, como me hallaba, jamás pensé en aprovechar determinadas situaciones, aprovechándome de mi calidad de médico... Pero esta vez no se trataba de lujuria, de ardor, de nada sexual, no, no... Se lo confesaría a usted si hubiese sido así... sentía únicamente el ávido deseo de dominar aquel orgullo... dominar en calidad de hombre. Me parece haberle dicho ya, que las mujeres altivas y aparentemente frías me han dominado siempre... Pero a ello se sumaba entonces la circunstancia de haber vivido siete

años sin ver una mujer blanca, sin haber conocido la resistencia femenina... ya que las muchachitas de allí, aquellos animalitos gorjeantes que tiemblan de respeto cuando las toma en sus brazos un hombre blanco, que siempre se hallan dispuestas a servir, con sus modestia y su risa, esas muchachitas no cuentan para nada y sólo consiguen satisfacerle a uno el apetito de placer, por sus modales de esclavas... Ahora comprenderá usted que al llegar de repente una mujer blanca, llena de orgullo y de odio, reservada hasta las uñas, reluciente de secretos y cargada de anteriores pasiones... Al penetrar una mujer así, con arrogancia, en la jaula de una bestia humana, hambrienta y alejada del mundo... Todo eso quería decirle para que usted comprenda lo que sigue. Como le he manifestado ya, invadido por un insano apetito envenenado por la imagen de ella misma, me recogí y fingí indiferencia respondiendo friamente:

—¿Doce mil florines?... No, no lo hago por esa cantidad.

Ella me miró un poco pálida. Adivinaba, quizá, que mi resistencia no tenía por causa la ambición de dinero. Pero contestó:

—¿Qué quiere entonces?

Abandoné el tono frío.

—Descubramos las cartas. Yo no soy un comerciante, no soy el pobre boticario de "Romeo y Julieta", que vende sus venenos por el oro corrompido; soy todo lo contrario de un comerciante... Por ese camino nunca verá usted realizados sus deseos.

—¿Entonces no quiere hacerlo?

—Por dinero, ¡no!

Guardamos silencio durante un segundo. Era éste tan completo, que por primera vez pude oír su respiración.

—Pero, ¿qué otra cosa podría usted exigir?

Ya no pude soportar la situación por más tiempo:

—En primer lugar, deseo que no me hable usted como a un tendero, sino como a un hombre; que si usted necesita auxilio... no venga echando por delante su

dinero maldito, sino que suplique... que me lo suplique, que ruegue al ser humano que ayude al ser humano... No sólo soy un médico, no sólo tengo horas de consulta... Tengo otras horas... Tal vez haya venido usted en una de estas últimas...

Ella calló un momento. Luego frunció un poco los labios, tembló y dijo precipitadamente:

—Y si yo se lo rogase... ¿lo haría usted?

—También ahora trata de hacer un negocio. Sólo se aviene a pedírmelo si yo le prometo antes que lo haré. Pero es usted quien debe comenzar por pedir, y luego le contestaré yo.

Irguió la cabeza como un caballo terco, y me miró llena de ira:

—No, no le suplicaré ¡Antes, moriré!

Entonces también a mí me acometió la ira, una ira roja y loca.

—Pues bien; si usted no quiere suplicar, yo exigiré. Me parece que no puedo explicarme más claramente. Usted sabe ya lo que deseo de usted. Luego le prestaré mi auxilio.

Me miró un instante fijamente. Y, en seguida — no podría expresar lo terrible que fué aquello — se rió, se rió con un desprecio indescriptible, con un desdén que me pulverizaba y me embriagaba al mismo tiempo. Aquella risa fué como una explosión tan inesperada, que me... dieron impulsos de caer a sus pies y besárselos. Duró sólo un segundo... Fué como un relámpago... Yo sentía fuego en todo mi cuerpo... Ella se volvió y fué hacia la puerta.

Contra mi voluntad quise seguirla, disculparme, suplicarle... pero mi fuerza estaba vencida... Entonces ella se volvió nuevamente y dijo... o, mejor dicho, ordenó:

—No se atreva a seguirme ni a espiarme... ¡Pues se arrepentiría!

Y oí la puerta, que se cerró tras ella.

• \* \*



De nuevo una vacilación. Un nuevo silencio... Un nuevo rumor, como el correr de la luz de la luna. Y al fin, la voz de nuevo:

—La puerta se cerró y yo me quedé inmóvil... casi hipnotizado por la orden... La oí bajar la escalera, cerrar la puerta de abajo... Lo oí todo, y toda mi voluntad se fué hacia ella, para... no sé para qué... para llamarla o para matarla. Y no pude moverme. Tenía los miembros paralizados como por una descarga eléctrica. Estaba herido, herido hasta la médula por el imperioso rayo de su mirada... Yo sé muy bien que éstas no son cosas para explicarlas, para contarlas... Tal fuera ridículo, pero yo permanecí inmóvil... Pasaron unos minutos, quizá cinco, o diez, antes de que pudiera poner un pie...

Pero apenas lo moví me sentí lleno de ardor... Bajé volando la escalera... Ella debía haber llegado a la calle para dirigirse a la estación... Fuí corriendo al cobertizo por mi bicicleta, pero no llevaba la llave; abrí la puerta a viva fuerza, haciendo volar en pedazos los travesaños de bambú... Monté sobre la máquina y la seguí... debía alcanzarla antes de que ella estuviese en su auto... debía hablar con ella.

La calle estaba cubierta de polvo, y yo volaba sobre ella. Entonces me daba cuenta del tiempo que había perdido arriba, inmóvil... allí... La veo de pronto en la curva del bosque, cerca de la estación... va corriendo acompañada por el boy... Pero parece que me ha visto, pues habla con él, el cual se para, mientras ella sigue avanzando. ¿Qué se propone?... ¿Quiere quedarse sola?... ¿Quiere hablar conmigo, sin que lo note el boy?... Corro a toda máquina como un ciego... y de repente... alguien se interpone en mi camino: el boy... Apenas tengo tiempo de ladear la bicicleta, cuando estoy en el suelo... Me levanto furioso... Alzo el puño para castigar a aquel idiota, pero él da un salto atrás... Levanto la bicicleta, dispuesto a montar de nuevo... el granuja toma la máquina y dice en un miserable inglés: "You remain here".

Usted no ha vivido en las regiones tropicales; no

puede usted darse idea de lo que significa el que un pilluelo amarillo agarre la bicicleta de un "señor" blanco y le ordene quedarse. Mi respuesta fué un puñetazo en la cara... El vaciló sobre sus piernas, pero agarró aún con más fuerza la bicicleta... Sus ojos, sus ojos rasgados y cobardes se abrían con miedo de esclavo... pero seguía agarrando la bicicleta con enorme fuerza... "You remain here", dijo otra vez. Por fortuna no llevaba revólver... porque lo hubiese matado. "¡Fuera de aquí, canalla!", le grité. Me miró temeroso, pero sin soltar la bicicleta. Le dí otro puñetazo y él continuó agarrado. Entonces me llené de ira... Vi que ella ya había desaparecido, y asesté al boy un golpe científico de boxeo bajo la mandíbula, del que cayó redondo. Tomo otra vez mi máquina, pero se me para... A consecuencia de la lucha tiene los radios torcidos. Trato de enderezarlos con mis manos febriles. No anda. Arrojo la bicicleta junto al granuja, que se incorpora sangrando... y... no puede usted imaginarse lo ridículo que es para un europeo correr delante de unos indígenas... pero no sabía lo que hacía... Mi solo pensamiento era alcanzarla... y corrí, corrí como una fiera, entre cabañas, en las que se agolpaban los pillos amarillos para ver correr al hombre blanco, al doctor.

Llegué a la estación bañado en sudor. Mi primera pregunta fué: "¿Dónde está el auto?" Acababa de marcharse. La gente me miraba con curiosidad. Debía de parecer un loco al llegar sucio, sudoroso y preguntando a gritos antes de detenerme... Abajo, en la carretera, distinguí el polvo que el auto levantaba... Había logrado ella su propósito, como debía lograrlo todo con su calculismo duro y cruel.

Pero de poco le iba a servir aquella huída... En las regiones tropicales no hay secretos entre los europeos... Todos se conocen entre sí y todo toma caracteres de acontecimiento... Para algo se había quedado su chofer una hora en el "bungalow" del Gobierno... A los pocos minutos lo sabía todo... Sabía quién era... que vivía en la capital, a ocho horas de

ferrocarril de ahí... que era la mujer de un famoso comerciante, muy rica y distinguida inglesa... y sabía también que su marido estaba ya hacía cinco meses en América y que debía llegar días después para llevársela a Europa.

Pero ella — y el pensamiento me quemaba como si tuviera un veneno en mis arterias, — ella estaba embarazada de dos o tres meses...

• \* \*

—Hasta ese momento he podido explicárselo a usted todo, quizá porque hasta tal instante me he comprendido a mí mismo... Como médico, me he hecho mi propio diagnóstico. Pero a partir de ese momento, todo fué en mí una fiebre... Perdí el control de mi persona. No quiero decir que aún dándome cuenta de que era lógico cuanto hacía, no tenía ningún dominio sobre mí mismo... No me comprendía yo mismo... Corrí azuzado por la idea fija de lograr mi propósito... Espere usted; acaso pueda explicárselo... ¿Usted sabe lo que es el "amok"?

—¿"Amok"?... Me parece recordar... es una especie de embriaguez de los malayos...

—Es algo más que una embriaguez... Es una rabia, una especie de hidrofobia humana, un ataque de monomanía homicida y loca, que no puede compararse al alcoholismo... Yo mismo he estudiado algunos casos durante mi estada allí — los casos ajenos se examinan con inteligencia y objetividad, — sin haber podido hallar la causa secreta de este terrible mal... Está relacionado con el clima, con la atmósfera pesada y agobiante, que pesa sobre los nervios, como una tormenta... Pues "amok"... sí, "amok" es una cosa así: un malayo, un hombre sencillo y bondadoso está bebiendo tranquilamente en su habitación... como yo estaba sentado en la mía, y de pronto, se levanta, toma el puñal y corre por la calle... corre y corre sin saber hacia dónde... Mata con su "cris" (puñal) al que encuentra en su camino, animal u hombre, la em-

briaguez de sangre aumenta su locura... arroja espuma por la boca y grita furioso... y corre, corre, corre sin mirar ni a derecha ni a izquierda, corre lanzando agudos gritos y esgrimiendo su puñal ensangrentado... La gente de la aldea sabe que no hay fuerza humana capaz de contener al que corre el "amok". Cuando lo ven, todos lanzan el grito de aviso: "¡amok, amok!", y huyen. Pero él corre sin oír, corre sin ver, mata al que se encuentra por delante... hasta que le matan a él de un tiro, como a un perro rabioso, o cae desmayado y cubierto de espuma...

Lo vi una vez desde la ventana de mi "bungalow"; era horrible... Y por haberlo visto puedo comprender mi estado en esos días... Porque así mismo fué, mirando hacia delante, sin ver nada ni a derecha ni a izquierda, poseído de aquella ebriedad, como corrí... detrás de esa mujer... Yo no sé bien cómo lo hice, pues pasó todo con una rapidez vertiginosa... A los diez minutos, a los cinco, no... a los dos, lo sabía todo respecto a ella: su nombre, su domicilio y su vida; corrí a casa en un bicicleta prestada, metí un traje en el baúl y algún dinero en el bolsillo y fuí en un coche a la estación... Partí sin despedirme del jefe del distrito, sin dejar un substituto, dejando la casa abierta... Hombres y mujeres me rodeaban y me hacían preguntas... a las que no respondía... Tomé el primer tren... Una hora después de haber entrado en mi casa aquella mujer, yo echaba a rodar toda mi vida y me arrojaba en el vacío como corriendo el "amok"... Siempre hacia adelante corría, caída la cabeza sobre uno de los lados del vagón. Llegué a la capital a las seis. A las seis y diez estaba en su casa y me hacía anunciar... Era... usted lo comprenderá... lo más estúpido, lo más insensato que podía haber hecho... pero el que corre el "amok" va con los ojos vacíos, sin saber hacia dónde... Pasados algunos minutos, volvió el sirviente... frío y cortés... La señora se encontraba indispuesta y no podía recibir...

Salí tambaleándome... Durante una hora aún estuve dando vueltas alrededor de la casa, pensando ob-

sesionadamente que quizá ella mandaría que me buscasen... Alquilé una habitación en el hotel de "La Playa", pedí dos botellas de "whisky", y con eso y una doble dosis de veronal, pude dormir con un sueño sordo y pesado, que era el único intervalo en aquella carrera entre la vida y la muerte.

\* \* \*

Hízose oír el reloj de a bordo. Dos golpes duros, enteros, cuya vibración recorrió ese tibio estanque de aire casi inmóvil, hasta perderse en el rumor que salía de la parte baja de la proa, acompañando siempre a la apasionada confidencia.

El desconocido, que permanecía sumido en la oscuridad, frente a mí, interrumpió asustado su discurso. Nuevamente volví a oír cómo su mano andaba entre las botellas, y el "glo-glo" de algunos tragos. En seguida reanudó su charla con una voz más tranquila y firme:

—Desde ese momento no podré decirles las horas que pasaron. Hoy creo que tuve fiebre o una especie de acceso comparable con la locura, como quien corre el "amok", según le he dicho antes. Pero no olvide que cuando llegué era la noche de un martes, y el sábado inmediato — también de esto me había enterado — debía llegar su marido, procedente de Yokohama, en el vapor "P. & O.". Restaban, por lo tanto, solamente tres días, tres días nada más para tomar una resolución y poder ayudarle. ¿Comprende usted? Yo sabía que debía auxiliarla sin pérdida de tiempo, y no podía cambiar con ella ni una sola palabra. La necesidad de disculpar mi conducta, ridículamente furiosa, me impulsaba también. Me daba cuenta del valor del momento, comprendía que se trataba de un caso de vida o muerte, y no veía la posibilidad de aproximarme a ella, pues lo impetuoso y estúpido de mi carrera la había impresionado. Sucedió... sí, espere... sucedía como si alguien corriese tras de otro para advertirle de la acechanza de un asesino, y el otro tomase a quien deseaba prevenirle por el propio ase-

sino, y en consecuencia huyese hacia su perdición... Ella no vió en mí sino a un hombre que corría el "amok" o que la perseguía con el ánimo de humillarla, aunque yo... no pensaba ya en tal cosa... Mi intención era únicamente la de ayudarle; pretendía solamente servirla... Hubiese cometido un crimen, un asesinato, con tal de poder auxiliarla... Pero ella no lo comprendía. Al día siguiente, al despertarme, corrí a su casa, y el boy a quien había golpeado y que se hallaba delante de la puerta desapareció al verme. Acaso lo hiciera para anunciarme... tal vez — y esta incertidumbre me atormentaba todavía — todo se hallaba listo para recibirme... Pero cuando vi al boy y me acordé de mi pasada situación para con él... fuí yo quien no se atrevió... Me temblaban las piernas. En la misma puerta dí media vuelta y me fuí... aunque ella me esperaba, tal vez, tan atormentada como yo. No sabía ya qué hacer en aquella ciudad extranjera que me quemaba los pies... De pronto me asaltó un recuerdo: llamé un coche, fuí a casa del vicerresidente, el mismo a quien había asistido en aquella ocasión, y me hice anunciar... Seguramente, mi aspecto debía de ser raro, pues él me contempló un poco asombrado, y en su cortesía hubo una mezcla de inquietud... Quizás reconocía en mí al corredor de "amok"... Le expuse en pocas palabras mi deseo de que me trasladara a la capital, por no poder resistir en aquella estación... Quería obtener esto en seguida... El me miró... no podía decir cómo... tal vez como observa un médico a un enfermo, y dijo: "Un ataque de nervios, querido doctor. Lo comprendo perfectamente. Bueno, eso puede arreglarse. Espere — pongamos cuatro semanas — para encontrar el reemplazante". "No puedo esperar ni un solo día", contesté. Me miró nuevamente de una manera extraña. "Debe usted esperar, doctor — dijo con un semblante serio; — no podemos dejar sin médico la estación; pero yo le prometo que desde hoy haré todo lo posible..." Callé, invadido por una inaudita rabia y apretando los dientes. Por primera vez sentía que era un hombre ven-

cido. un esclavo. De nuevo se agolpaba en mi cabeza la obstinación; pero él, muy hábilmente, se me adelantó diciendo: "Ha perdido usted el hábito de tratar con personas, y eso llega a transformarse en una enfermedad. A todos nos ha sorprendido mucho que nunca se haya dejado ver entre nosotros y que no ha tomado vacaciones. Usted necesita un poco de sociedad, algo de animación. ¿Por qué no viene esta noche? Tenemos una recepción en el Palacio del Gobierno. En la fiesta hallará reunida a toda la colonia. Muchas personas pertenecientes a ella han preguntado por usted y desean conocerle". Sus últimas palabras me animaron. ¿Había preguntado alguien por mí? ¿Ella, tal vez? Cambié inmediatamente mi actitud; agradecí cortésmente su invitación y prometí ser puntual. Y así lo fuí. Apenas necesito decirle que en mi gran impaciencia fuí el primero en entrar en el gran salón del Palacio, donde me encontré solo, entre los sirvientes amarillos que iban de un lado a otro sobre sus pies desnudos y, según me pareció observar, sonreían a mis espaldas. Durante un cuarto de hora fuí el único europeo que asistía a aquellos preparativos, oyendo solamente el "tic-tac" de mi reloj de bolsillo. Al fin llegaron algunos empleados del Gobierno, con sus familias y, luego, el gobernador, que comenzó a conversar conmigo. Me parece que respondí de una manera hábil, hasta un instante en que sentí una cierta nerviosidad y empecé a balbucear. No obstante hallarme de espaldas a la puerta de la sala, sentí repentinamente que ella había entrado, que ella estaba presente. No sabría explicar la razón de esa certeza; pero aún hablando con el gobernador percibía a mis espaldas la presencia de ella. Por fortuna, el gobernador cesó de hablar; de otro modo yo no me hubiera contenido y me hubiera dado vuelta bruscamente: tan intensa era la misteriosa atracción que sobre mis nervios se operaba, tan ardiente mi anhelo. Y lo cierto es que al volverme la vi en el mismo lugar en que la había situado con la imaginación. Llevaba un vestido de baile amarillo, que dejaba al descubierto sus hombros

finos y puros como de marfil mate, y estaba charlando en medio de un grupo. Sonreía; pero me pareció advertir que había en su rostro una expresión de expectativa. Me acerqué — ella no podía o no quería verme — y contemplé su sonrisa temblorosa y sus labios finos, corteses. Aquella sonrisa me embriagaba de nuevo, porque estaba seguro de que era artificial, de que se trataba de una mentira, un arte o una técnica; una obra maestra de ficción. Hoy — pensaba yo — es miércoles; el sábado llegará el vapor en que viene su marido... ¿Cómo puede sonreír de esa manera... reír de modo tan seguro, tan descuidado; jugar con su abanico tan ligeramente, en vez de destrozarlo, presa de un miedo espantoso? Soy yo... yo, un extraño..., quien tiemblo desde hace dos días... yo, un extraño, quien siente su miedo, su terror, en todas sus fases... y ella viene al baile y sonríe, sonríe, sonríe... Empezó la música en la sala de al lado y comenzó el baile. Un oficial de cierta edad le invitó a bailar y ella tras un saludo de disculpa a sus acompañantes, se dirigió del brazo del oficial a la sala contigua, pasando por delante de mí. Al verme, su rostro sufrió una contracción; pero fué cosa de un segundo, pues de inmediato me saludó muy cortésmente, como a una persona conocida, antes de que yo me decidiese entre saludarla o no, diciendo al mismo tiempo: “¡Buenas noches, doctor!” Y pasó. Nadie podría sospechar lo que ocultaban aquellos ojos de un color gris verdoso, y no era yo quien pudiera adivinarlo. ¿Por qué me saludaba?... ¿Por qué me reconocía?... ¿Era una defensa o un intento de aproximación? ¿Habría sido consecuencia de su confusión, de su sorpresa? No me es posible expresar el grado de agitación en que me encontraba; todo en mi interior se mezclaba y revolvía; todo era explosivo. Acababa de verla del brazo de aquel oficial, con un frío brillo de confianza en la frente, sabiendo yo perfectamente que tanto ella como yo mismo no teníamos sino un pensamiento, un terrible secreto en común... Ella seguía bailando... y en ese momento, mi miedo, mis deseos, mi admiración y



mi pasión se acrecentaron. No sé si alguien estaría observándome; pero lo cierto es que yo revelaba mis sentimientos mejor aún de lo que los ocultaba ella... No podía mirar hacia ningún otro sitio; algo me forzaba... sí, me obligaba a mirarla, y desde lejos procuraba, fijos los ojos en su persona, hacer caer aunque sólo fuera por un segundo aquella máscara que cubría su rostro. Creo que a ella le producía una impresión desagradable mi mirada fija. Al terminar la música volvió a pasar cerca de mí tomada del brazo de su caballero, y hubo un instante en que me lanzó una mirada aguda, como una orden y un desprecio. También ahora, como en aquella otra ocasión, una leve arruga de ira y altivez aparecía en su frente. Pero... pero... ya le he dicho a usted... que yo estaba corriendo el "amok" y no miraba ni a derecha ni a izquierda. La comprendí inmediatamente. Aquella mirada quería decir: "¡No llame usted la atención! ¡Domínese!" Sabía que ella, ¿cómo le diré?... deseaba únicamente que yo mostrase cierta discreción... Yo comprendía que si me retiraba, entonces podría irme seguro de ser recibido por ella al día siguiente... Que ella trataba de evitar en ese momento mi familiaridad, suficiente para llamar la atención de todos. Comprendí su temor..., justificado..., a una escena motivada por mi torpeza... Ya lo ve usted... Me daba cuenta de todo, comprendía la orden de esa mirada gris; pero otra fuerza me dominaba, y tenía que hablarle. En esta tensión de ánimo me acerqué con pasos vacilantes al grupo en que ella se encontraba, y, no obstante conocer a muy pocos de los allí presentes, me aproximé, ávido de oírla hablar y encogiéndome tímidamente, como un perro al que castigan, cada vez que su fría mirada pasaba sobre mí exactamente igual que si yo fuese una de las cortinas que tenía a mis espaldas o el aire que las hacía ondular ligeramente. Pero permanecí allí, sediento de una palabra que pudiera dirigirme o de una señal de inteligencia; silencioso, mirándola fijamente en medio del grupo en que ella charlaba, como si fuese un bloque de piedra. Desde

luego, mi conducta comenzaba a llamar la atención, pues nadie me dirigía la palabra, y a ella debía hacerle sufrir mi presencia ridícula. No sé cuánto tiempo estuve así, no lo sé... quizá una eternidad... No podía librarme del embotamiento de mi voluntad. La tenacidad de mi ira me paralizaba...; pero ella no pudo soportarlo más... De pronto, con aquella admirable ligereza de su carácter, dijo, dirigiéndose a los caballeros que la acompañaban: "Me encuentro algo cansada...; hoy quiero acostarme algo temprano... ¡Buenas noches!" Y saludando con una leve inclinación de cabeza echó a andar... Pude ver todavía la pequeña arruga en su frente y sus hombros, esos hombros blancos, fríos, desnudos. Duró aquello un segundo; hasta que comprendí que se marchaba, que ya no podría verla ni hablar aquella noche, la última noche de la que pendía su salvación..., quedé un momento todavía inmóvil hasta abarcar totalmente la situación, y entonces..., entonces... Pero, espere usted..., espere usted. Así no comprendería usted lo insensato, lo estúpido de mi acción... En primer lugar, debo describirle la sala... Era el Gran Salón del Palacio del Gobierno, alumbrado por un mar de luces, y casi completamente vacío en su enorme extensión... Las parejas habían salido a bailar y los señores se retiraron para jugar... Por lo tanto, la sala estaba, como ya le he dicho, vacía, y el menor movimiento se hacía muy visible bajo la luz viva, — en los rincones quedaban algunos grupos de invitados, — cuando ella la atravesó con paso menudo y ligero, con sus altos hombros, respondiendo a algunos saludos con aquella soberbia fría y majestuosa que me cautivaba... Yo... permanecía inmóvil, pues me sentía como paralizado antes de comprender que ella se marchaba..., y cuando me dí cuenta, ya se encontraba al otro lado de la sala, próxima a la puerta... Entonces... ¡Oh, todavía hoy me avergüenzo pensando en ello!... Entonces me dió el ataque y corrí, ¿oye usted?, corrí..., no anduve paso a paso; corrí taconeando ruidosamente, de modo que mis pisadas resonaban en la sala detrás de las de ella...

Yo oía mis pasos, veía las extrañas miradas que se me dirigían...; estaba a punto de morir de vergüenza, pues en cuanto empecé a correr comprendí mi locura...; pero ya no podía..., ya no podía detenerme. La alcancé cerca de la puerta... Se volvió...; sus ojos me penetraron como un acero gris: las aletas de su nariz le temblaban de ira... Yo intenté balbucear algo..., y en aquel momento..., en aquel momento, ella se echó a reír con una risa clara, alegre, cordial, y exclamó en voz alta... tan alto que todos pudieron oírla: "¡Pero doctor, precisamente ahora se acuerda usted de la receta para mi niño! ¡Estos hombres de ciencia!" Algunas de las personas que se encontraron cerca rieron también de buena fe... Yo comprendí, vacilé sólo un momento ante la maestría con que había salvado la situación..., saqué mi cartera, arranqué una hoja de block y se la entregué a ella, que la tomó con ligereza y se despidió con una sonrisa fría y agradecida... Me sentí más aliviado en el primer momento; vi que su serenidad había vencido a mi locura; que se había salvado en aquel trance...; pero me di cuenta también de que todo estaba perdido para mí y que aquella mujer me odiaba por mi loco ardor..., que me odiaba más que a la muerte..., que podría llamar mil veces a su puerta y otras tantas me arrojaría ella de allí como a un perro. Volví a cruzar la sala con pasos inseguros..., noté que la gente me observaba... Debía tener un aspecto extraño... Entré en el bar y bebí, dos, tres, cuatro copas de cognac seguidas...; eso me sostuvo en pie. Mis nervios ya no podían resistir más tiempo; estaban rotos...; y salí furtiva y subrepticamente, por una puerta excusada, como un ladrón... Ni por todo el oro del mundo hubiese vuelto a atravesar aquella sala, en la que todavía resonaba su risa... Fuí..., no sé exactamente adónde fuí... A unos cuantos bares, en los que me emborraché, me emborraché como quien quiere olvidar... A pesar de ello, no llegué a sentir embotamiento de los sentidos... Llevaba conmigo esa risa aguda y mala..., esa risa maldita que no podía ahogar... Luego anduve errante por las cercanías del puerto... De

no haber dejado en casa el revólver me hubiera matado. No podía pensar en otra cosa, y con tal pensamiento llegué a mi casa...; sólo con ese pensamiento... de que en el cajón izquierdo de mi mesa tenía el revólver...; sólo con ese pensamiento. ¿Por qué no me maté?... Le juro que no fué por cobardía...; hubiera sido para mí una redención pegarme un tiro...; pero, ¿cómo explicárselo?... Todavía me sentía con un deber... sí, con ese maldito deber de ayudar... La idea de que tal vez ella me necesitaba, me enloquecía... Era la mañana del jueves cuando entré en casa, y el sábado inmediato..., lo he dicho ya..., el sábado llegaría el buque..., y yo estaba seguro de que esa mujer, esa mujer altiva no podría sobrevivir a la vergüenza delante de su marido y del mundo... Pensando así, me atormentaba recordar el tiempo precioso que había perdido insensatamente con mi loca precipitación y que me había impedido auxiliarla en el momento oportuno... Anduve, se lo juro, horas y horas por mi habitación, atormentando mi mente en busca de un medio para acercarme a ella..., para poder auxiliarla..., ya que ella no me recibiría nunca en su casa; de eso tenía la certeza. Todavía sentía en mis nervios su risa y el temblor de las aletas de su nariz... Horas y horas estuve, en realidad, recorriendo los tres metros de mi habitación...; ya amanecía: llegaba la mañana...; tomé algunas hojas de papel y comencé a escribir..., a escribirlo todo..., una carta miserable y gimiente, en la que le pedía perdón, en la que me llamaba loco, criminal...; en la que le juraba que podía tener confianza en mí..., le daba mi palabra de honor de desaparecer a las pocas horas de la ciudad, de la colonia y, si ella lo deseaba, del mundo..., pidiéndole solamente que me perdonase, que tuviese confianza en mí y me permitiese auxiliarla a última hora... Así llené febrilmente veinte páginas... Creo que fué una carta indescriptible, obra de la locura, producto de un delirio, pues al levantarme de la mesa, estaba bañado en sudor... La habitación daba vueltas

ante mis ojos; tuve que beber un vaso de agua. Entonces intenté releer la carta, pero sentí miedo...; iba ya a plegarla para colocarla en el sobre...; y de repente se me vino a la cabeza la única, la verdadera, la decisiva frase. Tomé de nuevo la pluma y escribí en la última página: "Aquí, en el hotel de "La Playa", espero la palabra de perdón. Si para las seis no obtengo respuesta, me mataré".

Cerré la carta, llamé a un boy y le mandé que la entregase. Al fin lo había dicho todo, ¡todo!

\* \* \*

Se oyó a nuestro lado un ruido de vidrios. Con un movimiento brusco de una de sus manos había derribado una botella de "whisky". Le oí palpar el suelo hasta que tomó la botella vacía y la arrojó, describiendo un gran arco, al mar. Calló durante algunos minutos, y continuó después, más excitada y precipitadamente que antes:

—Ya no creo en Dios..., ni en el cielo, ni en el infierno..., y si existe un infierno, no lo temo; porque no puede ser peor que aquellas horas que pasé desde la mañana hasta la noche. Imagínese una pequeña habitación regalentada por el sol ardiente del mediodía...; una pequeña habitación con sólo una mesa, una silla y una cama...; sobre la mesa, un reloj y un revólver..., y delante, un hombre..., un hombre que no hace más que mirar fijamente las agujas del reloj..., un hombre que no come, ni bebe, ni fuma, ni se mueve..., que únicamente..., ¡fíjese bien, eso fué durante tres horas!..., tiene puesta la mirada sobre la esfera del reloj y sobre una de las agujas que corre sobre el círculo con su "tic-tac"... Así..., así esperé la llegada de ese día; sólo estaba, esperando... como..., como ejecuta sus actos el que corre el "amok", de un modo animal e insensato, con tenacidad loca y rectilínea. Pues bien..., no le describiré aquellas horas..., no se pueden describir... Yo mismo no puedo comprender cómo se pueden vivir sin perder para siem-

pre la razón... Estando así, a las tres horas y veintidós minutos..., lo sé exactamente, pues no dejaba de mirar continuamente el reloj..., alguien llamó...; me levanté de inmediato..., salté hasta la puerta como un tigre, la abrí... Un muchachito chino, tímido, se encontraba en el umbral con una hoja de papel plegada en la mano. La tomé ansiosamente, y el muchacho desapareció. Abrí la hoja y quise leerla...; no pude... Una nube roja me nublaba la vista... Imagínese mi tormento; tenía, al fin, una palabra de ella... y en aquel momento todo vacilaba y temblaba delante de mis pupilas...; sumergí la cabeza en agua..., me encontré más lúcido...; de nuevo tomé la hoja y leí: “;Demasiado tarde! Pero espere en su casa. Tal vez le llame aún”. No había firma en aquel papel arrugado, que era un trozo de un viejo prospecto... La escritura era irregular y precipitada, hecha por una mano en otros tiempos firme... No sé por qué aquella hoja me producía tal sacudimiento y conmoción... Había en ella algo de un horrible secreto, como si hubiese sido escrita en una fuga, sobre una ventana o en un coche en marcha... De aquellas líneas brotaba algo de terror indescriptible, de apresuramiento, de miedo, que era lo que penetraba en mi alma... Y a pesar de ello, me sentía feliz: ella me había escrito; aún no era imprescindible morir, y quizá podía ayudarla...; tenía su permiso... ¡Oh!, me perdía en locas conjeturas, en esperanzas... Cien veces, mil veces leí aquel papel, besándolo otras tantas...; lo examinaba para encontrar alguna palabra tal vez no leída antes... Empecé a soñar profunda y confusamente, en un estado fantástico de sueño, con los ojos abiertos, que duró, quizás, un cuarto de hora, acaso varias horas... De pronto, me asusté... ¿No habían llamado? Esperé sin respirar... Reinó un silencio durante uno, dos minutos...; de nuevo, un ruido como el roer de un ratón, y una llamada discreta y rápida... Salté y abrí la puerta. Allí estaba el boy, su boy, el mismo a quien había golpeado...; su cara morena estaba pálida y en su mirada vaga se expresaba una desgracia... Me sentí acometido por el

terror... “¿Qué ha sucedido?”, pude balbucear. El no dijo más que: “Venga rápido”, e inmediatamente eché a correr escaleras abajo seguido por él... Un pequeño coche nos esperaba y partimos... “¿Qué ha pasado?”, volví a preguntarle... Me miró temblando y enmudeció con un gesto de irritación en los labios... Le interrogué de nuevo...; pero él callaba obstinadamente... Me dieron ganas de pegarle otra vez...; pero su fidelidad de perro me convenció... dejé de preguntarle... El cochecito corría de tal modo que algunos hombres se apartaban jurando. Salimos del barrio de los europeos, situado en la playa, y entrábamos en el laberinto del Barrio Chino... Finalmente, penetramos por una callejuela estrecha y apartada...; se detuvo el coche ante una casa sucia y estrecha, en la que había una pequeña tienda, alumbrada por una vela... una de esas barracas en que se esconden antros de opio o casas públicas, nidos de ladrones o de encubridores... El boy llamó precipitadamente... Tras la rendija de la puerta, una voz cuchicheante preguntó y volvió a preguntar... Sin poder soportarlo un instante más, salté del coche y abrí con violencia la puerta... Una china vieja huyó hacia el interior, lanzando un pequeño grito...; tras mío entró el boy, y me condujo a través de un pasillo...; abrió otra puerta...; otra puerta aún, y entramos en un recinto que despedía un desagradable olor a aguardiente y sangre coagulada... Alguien gemía allí... yo avancé, a tientas en la oscuridad.

\* \* \*

La voz del desconocido cesó de nuevo un instante, y cuando volvió a escucharse era, más que nada, un sollozo.

—Yo... avancé a tientas, y allí... allí, sobre una estera sucia, estaba..., encogida por los dolores..., una persona gimiendo...; allí estaba ella... En la oscuridad no pude distinguir su cara...; aún no se habían acostumbrado mis ojos..., y palpaba... su mano..., caliente..., ardiente, llena de fiebre, una fiebre inten-

sa..., Huyendo de mí había llegado hasta allí...; se había dejado mutilar por una china sucia, creyendo hallar discreción en aquel antro...; había preferido dejarse asesinar por una bruja diabólica a confiarse a mí... y todo, únicamente, porque yo, que era un loco, no había sabido comprender su orgullo y no le había prestado ayuda sin pérdida de tiempo...; todo porque temía menos a la muerte que a mí... Pedí a gritos una luz. Corrió el boy, y aquella mujer repugnante llegó con una lámpara de petróleo en sus manos temblorosas; tuve que contenerme para no saltarle al cuello... Coloqué la lámpara sobre la mesa...; la luz amarillenta cayó sobre el cuerpo martirizado... y, de repente..., de repente, desapareció en mí toda torpeza, toda ira, todo ese estiércol de pasiones acumuladas...; en ese instante era únicamente un médico, un hombre competente auxiliando...; me había olvidado...; y luchaba con los sentidos muy despiertos contra "lo temible"... Sentí ante mí aquel cuerpo desnudo que tanto había deseado en mis sueños, sólo como... ¿cómo lo expresaré?... como materia, como organismo... Ya no la sentía a ella como mujer; veía únicamente una lucha de la vida contra la muerte, inclinado sobre su tormento mortal... Su sangre cálida y sagrada corría por mis manos sin producirme ni voluptuosidad ni horror: era únicamente un médico..., veía tan sólo el sufrimiento..., y comprendía... comprendía que todo estaba perdido, y de no ocurrir un milagro... Ella estaba malherida y desangrada por una mano torpe y criminal...; en aquella caverna apestosa carecía de elementos para contener la hemorragia; no había ni siquiera agua limpia, y todo cuanto tocaba estaba lleno de suciedad... "Hay que llevarla inmediatamente al hospital", dije. Pero apenas lo hube pronunciado, el cuerpo herido se levantó convulsivamente, y oí: "No..., no..., antes prefiero morir...; nadie debe saberlo..., nadie debe saberlo...: a casa..., a casa..." Comprendí...; ya ella no luchaba sino por mantener el secreto, por su honor..., no por conservar la vida..., y obedecí... El boy hizo traer una silla de manos...; la



colocamos en ella... y así..., casi cadáver, débil y febril, la transportamos por la noche... a su casa..., defendiéndonos contra las preguntas de la asustada servidumbre. Como ladrones, entramos en su habitación, que cerramos con llave..., y entonces..., entonces comenzó la lucha, la larga lucha contra la muerte.

\* \* \*

De pronto, una mano clavó los dedos en mi brazo, y casi di un grito de dolor y terror. En la oscuridad distinguí el rostro del desconocido, alterado por una mueca, muy cerca de mí; enseñaba sus blancos dientes, y los cristales de sus gafas, bajo la pálida luz de la luna, hacían el efecto de dos enormes ojos de gato. Ya no hablaba: gritaba, sacudido todo su cuerpo por una especie de ira aullante

—¿Sabe usted, que es un extrajero sentado ahora con negligencia en una butaca, un turista que recorre el mundo, lo que pasa cuando se muere un ser humano? ¿Ha visto usted siquiera alguna vez cómo el cuerpo se encoge, cómo las uñas azules quieren hacer presa en el vacío, cómo se escapa un estertor de la garganta, cómo cada miembro, cada dedo, se defiende contra lo terrible, cómo los ojos se abren con un horror que no se puede expresar con palabras? ¿Lo ha visto usted, que es un ocioso, un turista; usted, que habla de auxilio como un deber? Yo lo he visto, muchas veces como médico, lo he visto como caso clínico, como un hecho... casi lo he estudiado..., pero sólo he llegado a sentirlo una vez como hombre, aquella noche horrorosa en que me torturaba el cerebro para inventar algo con qué contener la sangre que corría, corría; contra la fiebre, que la estaba quemando delante de mis ojos..., contra la muerte, que se aproximaba cada vez más y a la que no podía ahuyentar del lecho. ¿Comprende usted lo que es ser médico, conocer los remedios contra las enfermedades — tener el deber de auxiliar. como usted decía sabiamente, — y a pesar de eso, hallarse al lado de una moribunda, sintiéndose inútil, ser sabio y no

tener poder..., y saber únicamente la terrible verdad de que no es posible auxiliarla ni siquiera abriéndose uno mismo cada una de las arterias de su cuerpo...; ver cómo se desangra un cuerpo adorado, atormentado de dolores; sentir que el pulso vuela al mismo tiempo y no saber nada, nada, nada...; no poder hacer otra cosa que permanecer sentado y balbucear una oración que se apaga, que huye bajo los dedos...; ser médico cualquiera, como una vieja en la iglesia, y en seguida cerrar otra vez el puño contra un Dios miserable, que no existe?... ¿Lo comprende usted? ¿Lo comprende? Yo... lo único que no comprendo es cómo no morí también en esos segundos...; lo que no comprendo es cómo al día siguiente se puede uno levantar del lecho, limpiarse los dientes, arreglarse la corbata...; cómo puede continuarse viviendo después de haber sentido lo que yo sentí, tras de haber visto cómo el aliento de aquel ser humano, por cuya salvación luchaba, cuya vida quería conservar con todas las fuerzas de mi alma, se escapaba... no sé a dónde, cada vez más rápidamente, acelerándose minuto a minuto y sin poder hallar en mi cerebro febril nada para conservarlo...

Y sobre todo eso, para aumentar diabólicamente mi tormento, hubo más... Cuando me hallaba sentado sobre la cama — le había dado una inyección de morfina para calmar sus dolores y estaba mirándola acostada, con las mejillas calientes, ardorosa y pálida, — sí... cuando estaba así, sentado, sentía dos pupilas clavadas sobre mis espaldas, con una terrible expresión de ansiosa espera..., el boy estaba acurrucado en el suelo y murmuraba algunas oraciones..., al cruzarse nuestras miradas..., no, no puedo describirlo..., tenía en sus ojos de perro algo de suplicante..., algo de agradecido, y, al mismo tiempo, elevaba sus manos como si quisiera conjurarme a salvarla... ¿Comprende usted? Era a mí, a mí, a quien elevaba las manos como a un Dios; a mí que era un inútil, un impotente, que sabía que todo estaba perdido..., que podía hacer tanto como una hormiga corriendo por el suelo... ¡Ah!, cómo me hacía sufrir aquella mirada, aquella esperanza

fanática y animal en mi conciencia... Hubiese deseado insultarle, pisotearle... Tanto daño me hacía..., y, al mismo tiempo, sentía también cómo nos unía nuestro gran amor común hacia ella..., y el secreto... Estaba tras de mí, muy cerca, como un animal que espera, hecho un ovillo...; apenas yo pedía algo, cuando él, corriendo, con sus zapatos silenciosos, venía a dármele temblando..., lleno de expectación, como si se tratase del auxilio eficaz de la salvación... Estoy seguro de que se hubiese abierto las venas por auxiliarla... Así era aquella mujer, tal era su poder sobre los hombres..., y yo..., yo no podía salvar ni una sola gota de su sangre... ¡Oh, aquella noche..., aquella terrible noche infinita, pasada entre la vida y la muerte! Al amanecer se despertó de nuevo..., abrió los ojos..., que ya no eran altivos ni fríos... La fiebre brillaba en ellos cuando miraba como palpando la habitación... Entonces me vió. Pareció pensar, quería recordar mi cara..., y de pronto... la recordó..., pues hizo un gesto de susto..., un movimiento de defensa..., y algo hostil y terrible se manifestó en su cara... Movi6 los brazos como en un ademán de huir lejos... lejos de mí; yo me di cuenta de que pensaba en aquella hora. De inmediato vino la calma... me miró tranquila, respiró con dificultad... Sentí que quería hablarme, decir algo... Extendía las manos, quería levantarse, pero estaba demasiado débil... Yo la calmé, me incliné sobre ella..., y entonces me lanzó una mirada larga y atormentada..., sus labios se movieron ligeramente... y dijo con una especie de sonido apagado:

—¿No lo sabrá nadie?... ¿Nadie?...

—¡Nadie! — dije con una gran fuerza persuasiva. — ¡Se lo prometo!

Pero aún había inquietud en sus ojos... Con sus labios febriles, y de un modo apenas perceptible, pidió:

—¡Júremelo... nadie... sabrá..., jure!

Levanté los dedos en ademán de juramento. Me miró... con unos ojos de expresión inefable, suaves, cálidos, llenos de gratitud, sí, realmente agradecidos...

Quiso decir algo más pero era demasiado difícil. Estaba débil por el esfuerzo realizado y cerró los ojos. Entonces empezó lo terrible..., lo horroroso... Luché todavía durante una hora..., y al llegar la mañana todo acabó.

\* \* \*

Calló el desconocido durante mucho tiempo. No me apercibí de ello hasta que en el reloj de a bordo sonaron las tres con duras campanadas. La luz de la luna se había vuelto más pálida, pero ya otra claridad amarillenta temblaba en el aire, y una brisa ligera se levantaba de tanto en tanto. Una hora después sería de día, y habría pasado, absorbido por la luz, el horror de aquella noche. Como no era ya tan completa la oscuridad en nuestro rincón, pude distinguir mejor su cara. Se había quitado la gorra, y bajo su cráneo, calvo, su rostro atormentado parecía todavía más terrible. Pero los cristales de sus gafas se dirigían nuevamente hacia mí. Tomó un impulso, y prosiguió con un acento irónico y cortante:

“Todo se había acabado para ella, pero no para mí.

Me hallaba solo con el cadáver, solo en una casa extraña, solo en una ciudad en la que no se podía guardar ningún secreto, y yo... tenía que guardarlo... Sí, imagínese la situación: una señora de la mejor sociedad de la colonia, en perfecto estado de salud, que había bailado la noche anterior en el Palacio del Gobierno, y que aparecía de repente muerta en su cama... y cerca de un médico desconocido, al que, según el decir, llamó un criado..., sin que nadie en la casa supiera cuándo y de dónde vino...; la señora había sido transportada durante la noche en una silla de manos, se habían cerrado todas las puertas... y por la mañana aparecía muerta...; entonces habían sido llamados los criados y, de repente, en toda la casa resonaban gritos...; en seguida se enteraban los vecinos, se enteraba la ciudad. Sólo había uno que podía explicarlo todo: yo, un desconocido en medio de un país lejano... ¿Una situación agradable, verdad?...

Yo sabía lo que me esperaba. Por suerte, el boy estaba a mi lado; aquel bravo boy que había leído en mis ojos todas mis ansiedades...; él también, aquel animalito amarillo, comprendía que era preciso afrontar una última lucha. Yo me había limitado a decirle: "La señora quiere que nadie se entere de lo que ha pasado aquí", Me miró con sus ojos de una fidelidad canina, ojos húmedos, y, no obstante, a pesar de ello de expresión decidida. "Yes sir" contestó únicamente; pero se puso a limpiar los rastros de sangre que había en el suelo y a arreglarlo todo, despertando mi decisión con la suya.

Nunca en mi vida, lo sé, he tenido ni tendré mayor energía. Cuando todo se ha perdido, se lucha desesperadamente por salvar un último residuo, y ese residuo era su herencia, su secreto. Recibí a la gente con calma y conté a todos la misma falsa historia: que el boy, a quien ella había mandado que llamase a un médico, me había hallado por casualidad en su camino.

Pero, mientras hablaba con aquella aparente tranquilidad, estaba esperando lo decisivo: la llegada del delegado, para certificar la defunción, antes de cerrar el ataúd, donde debía quedar encerrado el secreto...

Esto era, no lo olvide usted, un jueves, y el sábado debía llegar su marido.

A las nueve oí anunciar al médico del distrito, a quien habían ido a buscar. Siendo él, en cuanto a categoría, mi jefe, era al mismo tiempo mi competidor, pues se trataba del colega de quien ella había hablado con tanto desprecio, y que seguramente ya tenía noticias de mi solicitud de traslado. En la primera mirada se me reveló como enemigo; pero eso precisamente aumentó mi energía.

Una vez en la antesala, preguntó:

—¿A qué hora ha fallecido la señora?... — y pronunció el nombre de la difunta.

—A las seis de la mañana.

—¿A qué hora le llamó a usted?

—A las once de la noche.

—¿Ignoraba usted que yo era su médico de cabecera?

—No, pero se trataba de un caso urgente... y, por otra parte, la difunta había expresado su voluntad de ser asistida por mí. Había prohibido llamar a otro médico.

Se me quedó mirando fijamente; su rostro se volvió como una grana, y me di cuenta de que estaba exasperado. Eso era, precisamente, lo que yo precisaba. Reuní toda mi energía para tomar una resolución, pues sentía que mis nervios no podrían resistir mucho tiempo más. El estuvo a punto de dar una contestación hostil, pero se contuvo y dijo, con un tono de indiferencia: “Si usted cree que puede prescindir de mí, está bien; pero mi deber como delegado me obliga a certificar la muerte y determinar las causas”.

No contesté ni una palabra, y le cedí el paso. Pasé yo detrás, cerré la puerta y coloqué la llave sobre la mesa. Avanzó él hacia el cadáver, con las cejas arqueadas por la sorpresa, y preguntó:

—¿Qué significa esto?

Me coloqué tranquilamente ante él, y le dije:

—Aquí no se trata de determinar las causas de la muerte, sino de buscar otra causa. Esta señora me llamó para que la tratase después de una operación desgraciada..., y yo no he podido salvarla, pero le he prometido salvar su honor y cumpliré mi promesa. Le ruego que me ayude a ello.

El asombro abrió desmesuradamente sus ojos:

—Supongo que no habrá usted querido decir — balbuceó, — que yo, el médico oficial del distrito, debo ocultar un crimen...

—Sí, eso es lo que yo pretendo, lo que estoy obligado a querer.

—Es decir, que por ocultar su crimen, debo yo...

—Ya le he dicho que yo no he tocado a esta señora; de no ser así..., de no ser así, no estaría ahora delante de usted; hubiera ya acabado conmigo. Ella ha expiado su culpa — si usted quiere llamarla así — y no hay ninguna necesidad de que la gente se entere. No

toleraré que el honor de esta señora quede manchado inútilmente.

Mi gesto resuelto no hizo más que aumentar su excitación, y contestó:

—No tolerará usted... ¡Oh, usted se ha convertido en mi superior..., o se cree llamado a serlo!... Por lo que veo, intenta ordenarme... Sospeché de inmediato que había sucedido algo sucio en este juego, cuando se le hizo a usted salir de su rincón... Ejerce usted con mucha limpieza, con mucha limpieza...; pero ahora soy yo quien va a examinar el caso, yo, y puede usted estar seguro de que el informe firmado por mí será exacto. Jamás estamparé mi firma al pie de una mentira.

La contestación no me hizo perder la calma.

—Está bien — respondí; — pero esta vez tendrá que hacerlo; porque, en caso contrario, no saldrá usted de esta habitación.

Eché la mano al bolsillo; no llevaba el revólver. El hizo un movimiento brusco y yo avancé un paso, mirándole fijamente.

—Oiga usted — le dije, — oiga usted... Tengo algo que decirle... antes de llegar a los extremos. Mi vida no me importa nada..., y en cuanto a la vida ajena... he llegado ya a despreciarla. Lo único que me importa es cumplir mi promesa, guardar en secreto las circunstancias de esta muerte... Oigame usted: yo le doy mi palabra de honor de que si usted firma un certificado haciendo constar que esta señora ha muerto por una causa fortuita cualquiera, en esta misma semana abandonaré la ciudad y la isla... Y si usted lo exigiese, me pegaré un tiro en cuanto el ataúd en que vaya este cadáver se encuentre sepultado; es decir, cuando tenga la seguridad de que nadie..., compréndame usted bien, nadie... podrá hacer pesquisa. Seguramente eso será suficiente para usted..., eso debe bastarle.

Probablemente mi voz sonaba algo amenazante, pues cuando, sin querer, me acerqué a él, retrocedió con cierto gesto de terror..., igual que..., igual que huyen las gentes ante uno que corre el "amok" armado

de un puñal... y de pronto apareció cambiado..., daba la impresión de que se había paralizado... desapareció su tono duro, y murmuró aún con una débil resistencia:

—Será la primera vez en mi vida que firme un certificado falso...; pero no importa... Puede encontrarse una forma... Ya se sabe que, a veces, pasan cosas en la vida... Y sin embargo, no lo haré sin...

—Desde luego, no lo hará usted sin... — le ayudé para reafirmarme en su propósito, hablando rápidamente, muy rápidamente, como se agolpaban los latidos en mis sienes. — Pero en esta ocasión, sabiendo usted que ofendería a un ser vivo y realizaría un acto criminal con una muerte, no vacilaría usted.

Hizo una señal de afirmación con la cabeza. Noté que quería obrar seria y prácticamente.

Nos aproximamos a la mesa, y al poco tiempo el certificado — el que publicaron los periódicos — estaba listo, indicando como causa de la muerte una parálisis al corazón. Terminado esto, se levantó y me quedó mirando.

—Voy a encargar un féretro — dijo, para ocultar su turbación.

¿Qué había en mí de terrible..., de atormentado..., que de pronto mi colega me estrechó la mano con una naciente cordialidad?

—Se marchará usted esta misma semana, ¿verdad?

—Cuenta usted con mi palabra de honor.

Me miró de nuevo.

—Que se ponga usted bien — dijo.

Yo no supe lo que quería decirme. ¿Es que yo estaba enfermo? ¿Estaba... loco? Le acompañé hasta la puerta, la abrí y en un último esfuerzo volví a cerrarla. Otra vez sentí el tictac en mis sienes; todo en mi alrededor daba vueltas; comencé a vacilar... y me desplomé en la cama... como... como... el corredor de "amok" se desploma al final de su insensata carrera, rotos los nervios".

\* \* \*



Cesó otra vez de hablar. Sentí un escalofrío. ¿Eran los efectos de la brisa matinal, que corría ya por el puente del navío? Su rostro atormentado — iluminado ahora por el reflejo del amanecer — volvió a contraerse.

“No sé el tiempo que estuve echado sobre la estera. Sentí que alguien me tocaba. Me levanté sobresaltado. Era el boy, que, con su gesto tímido y servicial, me miraba inquietamente.

—Una persona quiere entrar y verle...

—No puede entrar nadie.

—Sí... pero...

Tenía los ojos asustados. ¿Quería decir algo y no se atrevía? Sufría aquel animalito...

—¿Quién es?

Me miró temblando, como si temiese un golpe. En seguida, dijo, sin dar ningún nombre — ¿cómo es posible que en un ser tan inferior se encierre tanta sabiduría? ¿cómo es posible que en los hombres más torpes haya en algunos instantes tanta delicadeza? — dijo únicamente, con voz tímida:

—Es él.

Me estremecí, pues lo comprendí en seguida, y sentí una ansiedad impaciente por ver a aquel desconocido. Porque vea usted si es curioso, en medio de tanto tormento, de tanta fiebre, avidez, temor y precipitación, lo había olvidado a “él”...; había olvidado que todavía quedaba un hombre en juego...; aquel a quien ella había amado, a quien había entregado apasionadamente lo que a mí me había negado... Hacía doce, veinticuatro horas, que había odiado a aquel hombre...; hubiera querido hacerle pedazos... Y entonces... no puedo expresar bien con qué impaciencia deseaba verle y amarle, porque ella le había amado.

Abrí bruscamente la puerta. Allí estaba un oficial rubio, muy joven, algo azorado; muy delgado y muy pálido. Parecía un niño, de tan... de tan joven...; me conmovió infinitamente al observar que se esforzaba trabajosamente por aparecer hombre... por ocultar su dolor...; su excitación... Me dí cuenta inmedia-

tamente de que sus manos temblaban al quitarse la gorra. Me entraron ganas de abrazarlo... pues era tal como yo había deseado que fuese el hombre que había poseído a aquella mujer... Ningún seductor, ningún soberbio... no: casi un niño, un ser puro y tierno era al que ella se había entregado.

El joven estaba ante mí completamente aturdido. Mi mirada ansiosa, mis gestos apasionados, aumentaban su confusión. Su pequeño bigote se agitaba convulsivamente...; aquel joven oficial, aquel niño, se reprimía a duras penas para no estallar en llanto.

—Perdone usted — dijo finalmente, — desearía ver a la señora... por última vez...

Inconscientemente le eché el brazo por el cuello y le conduje como se hace con un enfermo. Me lanzó una mirada de sorpresa, de cordialidad y de agradecimiento... y en aquel segundo nos entendimos mutuamente... Nos acercamos a la difunta... Allí estaba ella, blanca como las sábanas. Observé que a él le cohibía un poco mi presencia, y esto me hizo retroceder, dejándole solo con ella. Avanzó lentamente... con paso vacilante...; por la agitación de sus hombros comprendí su excitación interna...; marchaba como si fuera cara a cara a una borrasca..., y de repente, cayó de rodillas delante de la cama..., tal como yo me había desplomado.

Le alcé del suelo y le llevé hasta una butaca. No sentía ya el rubor de antes, y se deshacía en sollozos. Yo no podía articular una palabra y me limité a pasar la mano por sus cabellos rubios y suaves, como los de un niño. Me tomó la mano... suave y tímidamente... y me miró...

—Dígame, doctor, dígame la verdad — balbuceó, — ¿se ha suicidado?

—No — respondí.

—¿Y hay alguien... hay alguien... — es lo que pienso..., — alguien que sea culpable de su muerte?

—No — respondí nuevamente, a pesar de que tenía en los labios el grito: “¡yo, yo... y tú... nosotros dos”. Y su obstinación, su funesta obstinación. Pero

me contuve y repetí: — “No, nadie tiene la culpa...; ha sido la fatalidad”.

—No puedo creerlo — decía entre gemidos — no puedo creerlo. Todavía anteayer asistió a un baile, y allí me sonrió y me dió unas señas... ¿Cómo es posible, cómo ha podido suceder esto?

Le conté una mentira. Tampoco ante él había que traicionar el secreto de la difunta. Aquellos días hablamos como dos hermanos, sintiéndonos unidos por el mismo sentimiento, que nos inducía a la confianza recíproca, ligadas nuestras vidas por aquella mujer...

Por momentos — y entonces apretaba los dientes — iba a brotar de mis labios la verdad; pero jamás pudo saber que ella tenía un hijo de él...; que yo me había impuesto el deber de matar aquel hijo, a su hijo, y que ella se lo había llevado consigo a la muerte. Y sin embargo, sólo de ella hablé con él aquellos días en que me tuvo oculto en su casa, pues — me había olvidado de decirlo — me buscaban. Su marido llegó cuando el ataúd estaba ya cerrado... No quería dar crédito al certificado...; la gente murmuraba... y él se puso a buscarme... Pero yo no podía soportar de ver a quien, me constaba, había hecho sufrir a su mujer... Me escondí, y durante cuatro días ninguno de los dos abandonamos la casa... A fin de que yo pudiese huír, el amante consiguió para mí, con un nombre falso, un sitio en este buque..., y como un ladrón subí de noche a bordo, para no ser reconocido... Abandoné todo: mi casa, mi trabajo de siete años, mis bienes: todo quedó a disposición del primero que llegara... Mis superiores seguramente me habrán borrado de la lista de funcionarios, por haber abandonado mi puesto sin permiso... Pero yo no podía vivir en esa casa, en esa ciudad, en ese mundo; todo me recordaba a ella... Y huí de noche, como un ladrón; huí en realidad de ella, pretendiendo olvidarla...

Pero, al llegar a bordo, — ya he dicho que de noche... — acompañado por mi amigo..., en cubierta levantaban algo con una grúa..., un rectángulo negro... su ataúd..., ¿comprende usted? Era su ataúd...

Ella me perseguía hasta aquí, como yo la había perseguido... y tengo que estar cerca de ella y fingir indiferencia, pues su marido se encuentra a bordo... La acompaña hasta Inglaterra. Acaso quiera hacerle allí la autopsia... Se ha apoderado de ella... Ella le pertenece nuevamente a él, y nunca jamás a ninguno de nosotros dos... Sin embargo, yo todavía estoy aquí...; la acompañaré hasta la última hora...; él no se enterará, no debe enterarse... Sabré, por mi parte, defender el secreto de la muerte, contra todo intento... Contra este pillo, del que ella ha huído, refugiándose en la muerte. No llegará a saber nada... nada... Su secreto sólo me pertenece a mí.

¿Comprende usted ahora?... ¿Comprende... por qué no puedo ver personas?... No puedo soportar sus risas... contemplar sus "flirteos"...; pues allí abajo...; abajo, en el depósito, entre los bultos del té y nueces, está depositado su ataúd... No me es posible llegar hasta allí, porque la bodega está cerrada...; pero lo sé, y a cada momento, cuando aquí tocan valsos y tangos... Es estúpido, sí; el mar oculta millones de cadáveres y en la tierra, bajo cada paso que damos, se pudre uno... Pero resulta insoportable cuando aquí dan bailes y la gente ríe con esa risa aguda... Esta muerte, la siento y sé lo que quiere de mí... Sé que todavía tengo un deber que cumplir...; aún no se ha terminado todo... Todavía no está del todo en salvo su secreto... Todavía ella no me concede la libertad..."

\* \* \*

Desde el medio del buque llegó el ruido de unos pasos pesados y algunos murmullos: los marineros daban comienzo a la limpieza del puente. Mi interlocutor se estremeció como un hombre que ha sido víctima de una desagradable sorpresa; los rasgos de su rostro se habían contraído temerosamente. Se levantó y dijo en voz baja: "Me voy ya, me voy ya".

Era un tormento el verle con su mirada desolada, sus ojos hinchados, rojos de tanto beber o de tanto llo-

rar. Quería evitar mi compasión; comprendí que, tímido de carácter, sentía vergüenza, una extremada vergüenza de haber traicionado sus sentimientos aquella noche. Le dije impremeditadamente:

—¿Usted me permitirá que le visite en su camarote esta tarde?...

Se me quedó mirando. Sus labios dibujaron un rasgo irónico, duro y cínico.

\* \* \*

“¡Ah!... — dijo — su famoso deber de ayudar... ¡Ah!..., con esa máxima ha logrado usted hacerme hablar... No, no señor, se lo agradezco. No piense usted que me siento más aliviado ahora por haber abierto ante usted mis intestinos y haberle enseñado hasta los excrementos. Nadie podrá reconstruir mi vida deshecha... He estado sirviendo al honorable Gobierno holandés, por nada..., he perdido todo mi dinero y llego a Europa como un pobre perro, como un perro gimiendo detrás de un ataúd. Pero, de todos modos, no se corre impunemente el “amok” tanto tiempo, y espero que todo acabará dentro de poco... No, no, señor; agradezco su visita..., en el camarote tengo compañía... algunas botellas de buen “whisky” viejo, y mi antigua amiga, a la que, por desdicha, no he acudido a tiempo, mi buena “browning”... Ella me ayudará mejor que todas las charlas... Le ruego que no se moleste... El último derecho que le queda al hombre es el de morir a gusto, cuando le dé la gana..., sin ser molestado por el auxilio ajeno”.

Me miró de nuevo cínicamente..., sí, pero yo comprendía que lo que había en él era una vergüenza, una vergüenza sin límites. Se encogió de hombros, dió media vuelta y — sin saludar — avanzó con pasos vacilantes a través del puente, ya bañado de luz, hacia los camarotes. No le vi más. En vano le busqué a la noche siguiente en el sitio de costumbre. Había desaparecido, y hubiera podido pensar que todo había sido un sueño o una aparición fantástica de no haber observado en-

tre los pasajeros a un hombre con un brazalete de crespón negro, un gran comerciante holandés que, según oí, acababa de perder a su esposa, víctima de una enfermedad tropical. Le vi pasear por el buque, alejado de todos, muy serio y con cara de sufrimiento; y pensando que yo sabía cuáles eran sus pensamientos íntimos, me llenaba de timidez en su presencia.

\* \* \*

En el puerto de Nápoles ocurrió ese extraño accidente a que he hecho alusión al principio y cuya explicación creo poder hallar en el relato del desconocido extranjero. Aquella noche, la mayor parte de los pasajeros habíamos abandonado el buque, y yo estuve primero en la Opera y después en un gran café de la Vía Roma. Al volver a bordo en una lancha, me sorprendió mucho ver que unos botes, con antorchas y lámparas de acetileno, rodeaban el buque, buscando algo, y también me dí cuenta de que a bordo había un cierto misterioso movimiento, un ir y venir de carabineros y de policías. Pregunté a un marinero qué había sucedido, y con la vaguedad de su contestación me dió a entender que tenía orden de callarse. Tampoco al día siguiente, cuando el buque prosiguió pacíficamente su ruta, sin dejar rastro alguno del misterioso suceso, se pudo averiguar allí nada. Únicamente en los periódicos italianos pudieron leerse informaciones del accidente ocurrido en Nápoles, con detalles románticos. Decían lo siguiente:

“Aquella noche, a una hora de poco movimiento, con objeto de no alarmar a los viajeros, se había intentado transbordar el féretro de una señora distinguida de las colonias holandesas. En el momento en que en presencia del marido de la difunta se estaba descolgando el ataúd hasta un bote algo muy pesado cayó desde cubierta, arrastrando en su caída a dicho ataúd, a quienes lo sostenían y al marido. Un periódico afirmaba que se trataba de un loco que se había arrojado desde el buque sobre el féretro, y otro decía que el enorme peso

de éste había roto los cables con que lo descolgaban. Fuera lo que fuese, la Compañía de Navegación trataba de ocultar el asunto. No sin trabajo se pudo salvar a los que habían estado transportando el ataúd, y al marido; pero la caja de plomo se había ido al fondo y no pudo rescatarse”.

El público no dió importancia a una noticia breve que los diarios publicaron, en que se informaba que el cadáver de un hombre, de unos cuarenta años, había aparecido en el puerto de Nápoles, sin que el hallazgo pareciese tener ninguna relación con el misterioso suceso. Pero cuando yo leí dicha noticia, me pareció que de las páginas del periódico surgía, como un fantasma, a la pálida luz de la luna, un rostro macilento tras los cristales de unas gafas.

## CARTA DE UNA DESCONOCIDA

Tras una excursión de tres días por la montaña, el famoso novelista R. volvió a Viena por la mañana temprano, compró un diario en la estación y al hojearlo se dió cuenta de que era el día de su cumpleaños. Cuarenta y un años, pensó, y la cosa no le dió ni frío ni calor. Volvió a hojear ligeramente el diario, y en un taxi se dirigió a su casa. El criado le informó de las visitas que había tenido durante su ausencia, así como de las llamadas telefónicas, y le entregó la correspondencia sobre una bandeja. El la miró distraído, abrió algunos sobres, cuyos remitentes le interesaban, y dejó a un lado uno de letra desconocida, que le pareció muy voluminoso. Entretanto le habían servido el té, y sentado cómodamente en una butaca, hojeó nuevamente el diario y curioseó entre los sobres: encendió un cigarrillo y tomó otra vez la carta que había apartado. La formaban, aproximadamente, dos docenas de líneas llenas de una escritura muy estrecha, de letra femenina, desconocida y trazada con alguna agitación; más bien parecía un original de imprenta que una carta. Casi inconscientemente apretó el sobre entre sus dedos sospechando que dentro había quedado alguna carta adjunta. Pero estaba vacío y carecía, lo mismo que la extensa epístola, de la dirección del remitente y de la firma. "Es curioso" — pensó, — y tomó nuevamente la



carta entre sus manos. Arriba, a manera de título, aparecía escrito: "A ti, que nunca me has conocido". Muy extrañado se detuvo. ¿Tratábase de una carta destinada efectivamente a él, o a una persona imaginaria? De pronto, saciando su curiosidad, comenzó a leer:

"Mi hijo ha muerto ayer. Durante tres días y tres noches he estado luchando con la muerte, queriendo salvar esta pequeña y tierna vida, y durante cuarenta horas he permanecido sentada junto a su cama, mientras la gripe agitaba su pobre cuerpo, ardiente de fiebre día y noche. A la tercera noche he caído desplomada. Mis ojos no podían ya más y se me cerraban sin que yo me diera cuenta. He dormido durante tres o cuatro horas en la dura silla, y mientras he estado dormida se lo ha llevado la muerte. Ahora está allí ese pobre, ese querido niño, en su estrecha camita, tal como murió: únicamente le han cerrado los ojos, aquellos ojos suyos, oscuros e inteligentes; le han cruzado las manos sobre la camisa blanca, y cuatro velas arden a los cuatro lados de la cama. No me atrevo a mirarle; no tengo valor para moverme, pues cuando tiemblan las llamas de las bujías, las sombras se deslizan sobre su cara y sobré su boca cerrada, dando la impresión de que sus rasgos se mueven, con lo cual podría yo pensar un momento que no había muerto, que podía aún despertar para decirme con su voz clara alguna palabra llena de cariño infantil. Pero sé que está muerto y no quiero mirarle, para no volver a abrigar una vana esperanza y verme de nuevo desilusionada. Lo sé, lo sé; mi hijo ha muerto ayer, y ahora no me queda en el mundo entero nadie más que tú; tú, que no sabes nada de mí; tú, que entretanto te distraes con tus asuntos o con otros hombres. Sólo te tengo a tí, que no me has conocido nunca, y a quien yo siempre he querido.

"He tomado una quinta bujía y la he colocado en la mesa, sobre la cual te escribo. Hago esto porque no puedo estar sola con mi hijo muerto sin gritar lo que pesa sobre mi alma. ¿y a quién podría yo hablar en

esta hora terrible sino a ti, que has sido y aún lo eres todo para mí? Quizá no pueda explicarme claramente, quizá no me comprendas; tengo pesada la cabeza, siento un latido en mis sienes y me duelen todos los miembros. Creo que tengo fiebre; tal vez la gripe, que anda ahora de puerta en puerta, y esto último sería lo mejor, pues así me iría con mi hijo sin necesidad de hacer nada contra mí misma. De vez en cuando, algo oscuro se me pone delante de los ojos, y acaso no pueda acabar esta carta; pero quiero reunir todas mis fuerzas para hablar contigo esta sola vez, contigo, mi amor. que no me has conocido nunca.

“Sólo a ti quiero hablarte, decírtelo todo por primera vez; debes conocer toda mi vida, que ha sido siempre tuya, y de la que nada has sabido jamás. Pero este secreto mío deberás conocerlo sólo después de mi muerte, cuando ya no necesites contestarme, cuando esto que sacude mis miembros, este escalofrío, signifique realmente el fin. Si he de continuar viviendo haré pedazos esta carta y continuaré callando, como he callado siempre. Cuando la tengas en tus manos será una muerta la que te cuente su vida, su vida, que fué tuya desde su primera hasta su última hora. No debes temer mis palabras: una muerta no quiere ya nada: ni amor, ni compasión, ni consuelo. Sólo deseo una cosa de ti, y es que creas todo lo que mi dolor, que en ti se refugia, te dice. Créeme todo; sólo ese es mi ruego; no se miente a la hora de la muerte de un hijo único.

“Quiero contarte toda mi vida, esta vida mía, que en realidad comenzó el día en que te conocí. Antes no hubo en ella sino algo turbio, y fué como un rincón cualquiera lleno de cosas y hombres torpes, cubiertos de polvo y telarañas, de los cuales mi corazón no sabe nada. Cuando tú llegaste, yo tenía trece años y vivía en la misma casa que habitas tú ahora, en la misma casa en la que tienes tú ahora esta carta en las manos, como el último aliento de mi vida; vivía en el mismo pasillo, justamente enfrente de tu cuarto. Seguramente, ya no te acuerdas de nosotras, de la pobre

viuda de un empleado (siempre iba vestida de luto) y de su delgada niña. Vivíamos tranquilamente, casi sumergidas en nuestra pobreza de pequeñas burguesas. Tal vez nunca hayas oído nuestros nombres, pues no teníamos ninguna chapa en la puerta, y nadie nos visitaba ni preguntaba por nosotros. Es verdad también que hace ya mucho tiempo de ello: quince, dieciséis años; no, seguramente tú ya no lo recuerdas, querido mío; pero yo, yo me acuerdo apasionadamente de cada detalle y tengo presente como si fuese hoy, el día, mejor dicho la hora, en que oí hablar de ti por primera vez y en que por primera vez te vi; ¡y cómo no recordarlo, si entonces empezó para mí la vida! Consiente, querido, que te lo cuente todo, todo, desde el principio, te lo suplico y no te fastidies de oír cosas mías durante un cuarto de hora pues yo no me he cansado de quererte durante toda mi vida.

“Antes de que tú entrases en esa casa vivía en tu cuarto gente mala y comprometedor. Por ser pobres, lo que más odiaban era la pobreza de los vecinos, la nuestra, ya que no queríamos tener nada de común con su baja brutalidad. El esposo era un borracho y golpeaba a su mujer; a veces nos despertaban durante la noche ruidos de sillas derribadas y de platos rotos; una vez, ella corrió, ensangrentada y con el cabello revuelto, por la escalera, y en su persecución salió el hombre, hasta que los vecinos se asomaron a las puertas y le amenazaron con llamar a la policía. Desde el primer día mi madre quiso evitar toda relación con ellos, y me tenía prohibido hablar con sus niños, los cuales se vengaban de mi orgullo siempre que se les presentaba alguna ocasión. Cuando me encontraban en la calle me dirigían palabras obscenas, y una vez me pegaron con pedazos de nieve endurecida, de tal modo que la sangre corrió sobre mi frente. Por instinto, todos los demás vecinos de la casa odiaban a aquella familia, y cuando les sucedió algo... — creo que el marido fué encarcelado por robo — y tuvieron que mudarse de casa, respiramos todos a nuestra satisfacción. Durante algunos días estuvo colocado en la

puerta el papel que indicaba un cuarto desocupado, y luego lo quitó el portero, por quien se supo en seguida alquilado. Fué entonces cuando oí tu nombre por primera vez. A los pocos días llegaron los pintores y empapeladores para limpiar y decorar el cuarto sucio y se pasaban todo el día martillando; pero mi madre estaba muy contenta de que aquella gente sucia y escandalosa se hubiera mudado. A ti, en persona, no te vi entonces, ni durante la mudanza, pues el traslado de muebles fué vigilado por tu sirviente, aquel pequeño y serio, de pelo gris, que dirigía todo de una manera silenciosa y práctica. El hombre nos infundía respeto; en primer lugar, porque un sirviente era algo nuevo en nuestro barrio, y luego, por la cortesía con que trataba a todos, sin dar confianza ni establecer familiaridad con las sirvientas. Desde el primer día saludó a mi madre con respeto, como si se tratase de una gran dama, e incluso para nosotros, los chicos, era siempre serio y cortés. Cuando pronunciaba tu nombre lo hacía también muy respetuosamente, y al punto se echaba de ver que su afecto hacia ti era más que el corriente en un sirviente vulgar. Por eso quería a aquel buen viejo Juan, a pesar de envidiarle el que pudiera estar cerca de ti y servirte.

“Te cuento toda esta historia, querido mío, para darte a entender cómo desde el principio ejerciste una poderosa influencia sobre aquella tímida niña que era yo. Antes de que tú mismo te hicieras presente en mi vida, había ya un nimbo alrededor de ti, una aureola de riqueza, de ser especial y misterioso. Todos, en aquella casa del barrio bajo — quienes llevan una vida estrecha sienten curiosidad hacia el recién llegado — esperábamos con impaciencia tu entrada. Y esta curiosidad aumentó en mí cuando una tarde, al volver del colegio, vi el carro de mudanzas delante de la puerta para poder admirarlo todo, pues tus cosas eran tan diferentes de las nuestras, que no las había visto nunca. Había ídolos indios, esculturas italianas, grandes cuadros de vivos colores, y al final venían los libros, tantos y tan lindos como nunca había podido imaginarme,

Los colocaron en la puerta, y allí mismo el sirviente les fué quitando el polvo uno por uno. Me acerqué curiosa y disimuladamente al montón que seguía creciendo; él no me despachó de allí, pero tampoco me animó, y en tal situación no me atreví a tocarlos, aunque me daban ganas de pasar los dedos por las encuadernaciones de blanco cuero. Me limité a mirar tímidamente los títulos: eran libros franceses e ingleses y de algunos no conocía el idioma. Me hubiera quedado mirándolos horas enteras, pero me llamó mi madre.

“ Toda la tarde me la pasé pensando en ti, aun sin conocerte todavía. Yo no tenía más que una docena de libros baratos, encuadernados en cartón, usados y rotos, y los quería mucho y los leía muchas veces. Y entonces me preguntaba cómo sería el hombre dueño de todos aquellos libros soberbios, que los había leído todos, que comprendía todos aquellos idiomas y que era, al mismo tiempo que rico, tan instruído. Recordando aquel montón de libros sentía hacia su dueño una especie de respeto sobrenatural. Trataba a solas de imaginarme tu figura: tú eras un viejo de gafas y larga barba blanca, parecido a nuestro profesor de geografía, sólo que más bondadoso, más lindo y de más suave trato, pues no sé por qué ya entonces se me había metido en la cabeza que debías de ser buen mozo a pesar de tomarte por un viejo. Aquella noche, sin conocerte, soñé contigo por primera vez.

“ Al día siguiente comenzaste a habitar tu nuevo cuarto; pero aunque yo andaba espiándote no te pude ver, lo cual aumentó mi curiosidad. Por fin, al tercer día te vi, y la sorpresa me emocionó, pues eras completamente distinto de la idea que de ti me había hecho. Yo había soñado con un viejo de barbas, bondadoso, y te me aparecías — tal como hoy todavía eres — tú, el invariable, en quien el tiempo no cambia. Llevabas un encantador traje gris de deporte y subías las escaleras de prisa y con los modales de un chico, saltando de dos en dos los escalones. Llevabas el sombrero en la mano, y esto me permitió ver bien tu cara llena de viveza, tu rostro rubio y tu pelo tan de joven; en realidad,

quedé impresionada de admiración al comprobar hasta qué punto eras buen mozo, ágil y elegante. Y — ¿no es eso extraño? — desde aquel primer instante percibí claramente que había en ti dos hombres: uno joven, ligero, ardiente, aficionado al juego y a la aventura, y otro serio hasta el extremo, devoto de su arte, infinitamente instruído. Sentí, sin darme cuenta, lo que todos sienten ante tí: que tienes una doble vida, una vida de superficie clara y visible para todo el mundo, y otra oculta que tú sólo conoces. Y tal dualidad, tal secreto de tu vida, me atrajo — yo tenía trece años — de manera profunda.

“Comprenderás, querido, ¡qué milagro, qué enigma lleno de interés significaba para mí, todavía una niña! ¡Ver a un hombre por el cual sentí respeto, que escribía libros, que era célebre en un mundo extraño al mío, y presentarse este hombre en la figura de un joven de veinticinco años, elegante y alegre! Debo decirte que desde aquel momento nada de la casa ni de mi pequeño mundo infantil me interesó más que tú, que con la firme tenacidad de una chica de trece años sólo me ocupé de tu existencia. Vigilaba tu persona y observaba todas tus costumbres, examinaba a los hombres que te visitaban, y todo ello, lejos de disminuir mi curiosidad, no hacía sino acrecentarla, ya que la dualidad de tu vida se hacía cada vez más evidente en lo diversos que eran tus visitantes. Llegaban jóvenes amigos tuyos en cuya compañía te reías con satisfacción; llegaban estudiantes pobres o señores en automóvil, y una vez llegó el director de la Opera, el gran director de orquesta, a quien yo, con mucho respeto, había visto desde lejos ante su atril; otras veces eran chicas jóvenes que todavía iban a la escuela de comercio, y entraban en tu casa furtivamente y llenas de timidez; de una o de otra clase, eran muchas las mujeres que te visitaban. Yo no me figuraba nada de particular, ni siquiera cuando una mañana en que me dirigía al colegio, vi salir de tu cuarto a una señora con un espeso velo — pues sólo contaba trece años — y no me daba cuenta de que la misma apasionada curio-

sidad con que me dedicaba a seguirte era ya amor.

“Pero recuerdo, querido mío, el día y la hora en que quedé para siempre enamorada de ti. Acababa de dar un paseo con una amiga del colegio y estábamos las dos charlando delante de la puerta. Llegó un auto y descendiste tú para entrar en tu cuarto. Algo dentro de mí me impulsó a abrir la puerta, y nos cruzamos el uno con el otro. Me lanzaste una suave, cálida y envolvente mirada, llena de ternura; me sonreíste — sí, no puedo decirlo de otra manera — afectuosamente, al mismo tiempo que decías en voz baja y casi familiar: —¡Muchas gracias, señorita!” Eso fué todo, querido, pero desde el instante en que sentí la suavidad y ternura de tu mirada quedé locamente enamorada de ti. Sólo más tarde he comprendido que esa mirada atrayente, y al mismo tiempo desnuda; esa mirada de seductor nato que diriges a cualquier mujer que se halle junto a ti, a la vendedora de una tienda o a la sirvienta que te abre la puerta; esa mirada no es en ti consciente ni significa ninguna especial inclinación, sino que tu ternura hacia todas las mujeres hace tu mirar siempre dulce y agradable. Pero yo, una niña de trece años, lo ignoraba: me hallaba como sumergida en fuego. Pensaba que aquella ternura estaba dedicada a mí solamente, y en aquel instante, en mi interior, en lo íntimo de aquella criatura todavía a medio formar, se despertó la mujer, una mujer enamorada de ti para siempre.

—“¿Quién es? — preguntó mi amiga.

“Al pronto no pude contenerme. Me resultaba imposible pronunciar tu nombre; desde aquel momento habíase convertido para mí en algo sagrado, en un secreto, y le contesté fríamente:

“—¡Uno de los tantos que viven aquí!

“—¿Y por qué — preguntó mi amiga en son de burla y con toda la malicia de una niña curiosa — te has puesto tan roja cuando te ha mirado?

“Yo sentí que sus burlas rozaban mi secreto y me puse aún más sofocada. La turbación me impulsó a la grosería:

“—¡Idiota! — le dije furiosamente.

“Me dieron ganas de matarla. Pero ella se echó a reír más burlescamente todavía, y yo sentí que lágrimas de ira impotente se me agolpaban a los ojos. Me separé de ella y subí las escaleras.

“Te quiero desde aquella hora. Sé que muchas mujeres te han dicho esto mismo y que estás acostumbrado a manjares deliciosos. Pero cree que nadie te ha amado con un amor tan de esclava, tan desinteresado, como aquella niña que yo era y que siempre he seguido siendo para ti, pues nada en el mundo se parece al amor, desapercibido para todos, de una chiquilla oscura; amor sin esperanza, y tan servil, tan modesto, tan vigilante y apasionado como jamás puede llegar a ser el de una mujer ya hecha que, aun sin quererlo, está llena de deseos y exigencias. Únicamente los niños solitarios pueden ir acumulando todos sus amores; los demás van gastando sus sentimientos en charlas mundanas; los van perdiendo en confidencias mutuas, pues han oído y leído mucho acerca del amor como un juguete, y de él se jactan como los chicos de su primer cigarrillo. Pero yo no tenía a nadie a quien confiarme, nadie podía instruirme o guiarme: era una inexperta sin cuidado, y por lo mismo iba precipitada hacia mi destino. Todo cuanto en mi interior iba brotando aspiraba sólo a ti, como el ser más íntimo. Mi padre había muerto hacía muchos años; mi madre me parecía una extraña, siempre en sus eternos recuerdos de viuda pensionista; odiaba el trato con las amigas del colegio, que tomaban a broma lo que para mí era una pasión. Por lo mismo, todos mis sentimientos concentrados, no compartidos con nadie, eran para ti. Tú significabas para mí — ¡cómo podré explicarme, si cualquier comparación resulta pobre! — tú eras para mí mi única vida. Nada en mi existencia cobraba sentido sino refiriéndome a ti. Cambiaste toda mi existencia. Distraída y mediocre colegiala hasta entonces, pasé a ser la primera; por las noche leía y leía libros, pues sabía que a ti te gustaban, y un día, con gran asombro de mi madre, comencé mis ejercicios de piano, pensando que quizá te agradara la música. Yo misma ha-



ecía mis vestidos para presentarme con agradable aspecto, y un delantal del colegio (un antiguo vestido de mi madre), que tenía en el lado izquierdo un remiendo cuadrado, me resultaba odioso. Temía que lo vieses, y lo ocultaba bajo la bolsa de los libros, al subir la escalera. ¡Qué tontas precauciones, pues casi nunca me veías!

“A pesar de todo, yo no hacía otra cosa que esperarte y vigilarte. Había en nuestra puerta una ventana redonda por la cual veía yo la tuya. Aquella ventana — no sonrías, querido, que aun hoy mismo no siento vergüenza de aquellas horas — era el ojo del mundo para mí; en aquella antesala fría, con miedo de que mi madre lo sospechase, permanecía sentada, con un libro en las manos, tardes enteras, durante meses y años. Me hallaba siempre cerca de ti, esperándote o siguiéndote; pero tú no podías darte cuenta, no podías prestarme más atención que a la de la cuerda de tu reloj, que en la oscuridad de tu bolsillo va contando pacientemente las horas, que te acompaña a todas partes con sus imperceptibles latidos, semejantes a los del corazón, y al que sólo, muy de cuando en cuando, lanzas una ojeada entre millones de segundos. Sabía cuanto a ti se refería; conocía todas tus costumbres. cada una de tus corbatas, cada uno de tus trajes; distinguía a cada uno de tus muchos conocidos y los iba clasificando en dos grupos: los que me eran simpáticos y los que no me agradaban. Desde mis trece hasta mis dieciséis años, todas las horas de mi vida han sido para ti. ¡Ah, qué tonterías hacía! Besaba el pestillo que tu mano había tocado, levantaba la colilla de un cigarro tuyo como cosa sagrada, porque había estado en tus labios. Cien veces cada tarde corría, con un pretexto cualquiera, a la calle, para ver en cuál de tus habitaciones había luz y sentir mejor tu presencia invisible. Durante las semanas en que andabas viajando — se me paraba el corazón cada vez que veía al buen Juan con tu saco de viaje amarillo — durante aquellas semanas, mi vida no tenía sentido y era como si estuviese muerta... Me volvía hosca, me aburría y enfermaba,

esforzándome al mismo tiempo porque mi madre no notase mi desesperación ni mis ojos irritados, deshechos de llorar.

“Sé que todo esto son excesos, que son tonterías infantiles todas las que te cuento. Debía de darme vergüenza; pero no me da porque nunca mi amor por ti ha sido más puro y más apasionado que en aquellos excesos de niña. Muchas horas y muchos días podría estar contándote de qué manera viví junto a ti en aquella época, sin que tú me vieres; pues cuando te encontraba en la escalera y no podía huir a tiempo, el miedo a tu ardiente mirada me hacía bajar los ojos como quien se arroja al agua para no ser abrasado por una llama. Muchas horas y muchos días podría pasar contándote la historia de aquellos años, repitiendo todo el calendario de tu vida; pero no quiero aburrirte ni atormentarte. Sólo te voy a contar el más lindo momento de mi infancia, pidiéndote antes que no te rías de su pequeñez, pues para mí, tan niña, significó algo infinito. Me parece que era domingo. Tu estabas de viaje y tu sirviente estaba arrastrando unas pesadas alfombras que acababa de limpiar en la puerta, abierta, de tu cuarto. El pobre se fatigaba en su trabajo, y en un momento de audacia me acerqué a él y le pregunté si me permitía ayudarle. Me miró asombrado, pero me lo aceptó, y así pude ver — imposible expresarte con qué respeto y hasta con qué piadosa veneración — el interior de tu cuarto, tu mundo, el “secretaire” ante el cual solías sentarte y sobre el cual había una jarra de cristal azul con flores; tus armarios, tu libros, tus cuadros. No pasó de ser una fugaz ojeada a tu vida, pues tu fiel Juan no me hubiese permitido seguramente un examen minucioso; pero con aquel rápido mirar aspiré toda la atmósfera tuya que necesitaba para respirar y alimentar mis sueños durante día y noche.

“Ese instante fugaz fué el más feliz de mi niñez. Deseaba contártelo, para que comprendas cómo se perdió una vida que de ti dependía. También quiero relatarte lo que pasó en otro momento, poco después del anterior. Por tu causa — como ya lo he dicho — lo había

olvidado todo, incluso a mi madre, y nada ni nadie me interesaba fuera de tu persona. No prestaba la menor atención a un señor de cierta edad, un comerciante de Innsbruck, algo pariente de mi madre, que venía a casa frecuentemente y en ocasiones se quedaba bastante tiempo. Mejor dicho, me alegraba que viniese, pues a veces llevaba al teatro a mi madre, y así me quedaba yo sola, libre para pensar en ti y observarte, lo cual constituía para mí la única felicidad. Un día me llamó mi madre con cierto modo enojoso; tenía que hablarme. Palidecí y comencé a sentir los latidos de mi corazón: ¿había sospechado o adivinado algo? Mi primer pensamiento fuiste tú, el secreto que me unía al mundo. Pero mi madre, un poco turbada ella misma, me besó — cosa que nunca hacía, — me sentó en el sofá y empezó, con vacilaciones y con cierta vergüenza, a decirme que su pariente, que era viudo, había pedido su mano. Ella había decidido casarse sobre todo por mí. Toda la sangre se me subió a la cabeza; sólo pensaba en ti.

“—¿Pero — le pregunté, — nos quedaremos aquí?”

“—No: iremos a Innsbruck. ;Fernando tiene allí un chalet muy bonito!”

“No oí más. Algo muy oscuro se me puso delante de los ojos. Más tarde supe que sufrí un desmayo, y que mi madre le había contado a mi padrastro — quien aguardaba detrás de la puerta — que me había dado un ataque, que empecé a retorcerme con los dedos muy separados, y que al fin caí desplomada sin conocimiento. Me es imposible expresarte lo que pasó los días siguientes; cómo me debatí contra una voluntad superior. Aun hoy, al recordarlo, me tiembla la mano. Como no podía revelar el secreto, mi resistencia parecía únicamente terquedad, malévolas obstinación. Ya nadie me dió cuenta de nada; todo sucedió a espaldas mías. Aprovechando las horas en que yo estaba en el colegio para ir haciendo la mudanza, y cada vez que regresaba a casa, todos los muebles de ésta o la otra pieza habían sido trasladados o vendidos. Vi cómo nuestro cuarto y con él mi vida, iba quedándose vacío, hasta que

un día los encargados del traslado, sacaron lo último. En las habitaciones, vacías, sólo había ya baúles y dos camas plegables, para pasar la última noche, pues al siguiente día sería la partida.

“Este último día sentí, sin tener que pensarlo, que ya no podría vivir sino próxima a ti. Tú solo eras mi salvación. No podré decir exactamente lo que pensaba en aquellas horas de desesperación; pero sí que de pronto — mi madre había salido — me levanté tal como estaba, con mi vestido de colegio, y fui hasta tu puerta. No, no es que fui por mi voluntad; algo empujó a mis piernas, que parecían sin movimiento, con las rodillas temblorosas hasta tu puerta como hasta un imán. Ya te he dicho que no sabía exactamente lo que quería: tal vez caer a tus pies y pedirte que me tuvieras junto a ti, como criada, como esclava. Temo que te rías de este inocente cariño de una chiquilla de quince años; pero no reirías, querido, si te dices cuenta de cómo crucé el pasillo helado, con un miedo que me impedía andar, y sin embargo, sintiéndome empujada por una fuerza inexplicable; cómo mi brazo tiraba casi de mi cuerpo inerte, cómo lo levanté temblando y — fué una lucha en una eternidad de terribles segundos — apreté el botón del timbre. Todavía hoy tengo en mis oídos su agudo sonido, y recuerdo también el silencio que siguió, y durante el cual se paró mi corazón y toda mi sangre, como aguardando tu llegada. Pero no viniste; no acudió nadie. Probablemente tú habías salido y Juan estaba haciendo algunos recados; entonces, a tientas vibrando aún en mi oídos el sonido del timbre, me volví a nuestro cuarto vacío, y me dejé caer sobre un baúl, tan abatida de los cuatro pasos que había dado, como si hubiese andado por la nieve durante varias horas. Pero bajo aquella extenuación ardía aún la decisión de verte, de hablarte antes de que me separasen de ti. Te juro que no había en mí ni un solo pensamiento voluptuoso; era todavía inocente, precisamente porque sólo pensaba en ti; lo único que quería era verte por última vez, asirme a ti. Toda la noche, toda aquella noche terrible te esperé, querido mío. Apenas

se hubo acostado y dormido mi madre, caminé hasta la antesala para oírte regresar. Estuve aguardando toda la noche, una noche helada de enero. Me sentía cansada, me dolían los miembros y no había una silla para sentarme; entonces me acosté en el suelo frío. Tenía puesto un vestido muy fino y no había querido llevar allí ni una manta, temerosa de dormirme y dejar de oír tus pasos. Me encogía los pies y brazos temblando; a cada instante tenía que levantarme, tal era el frío que hacía en aquella oscuridad terrible. Pero te esperaba como a mi destino.

“Al fin — serían las dos o las tres de la madrugada — oí que se abría la puerta, y momentos después pasos en la escalera. Dejé de sentir frío; cierto calor me invadió el cuerpo, y silenciosamente abrí la puerta dispuesta a salirte al encuentro y caer a tus pies... No sé, tan niña como era, lo que hubiese hecho en aquel instante. Los pasos se aproximaban y la luz de una bujía temblaba. Agarraba el pestillo con mis manos, también temblorosas. ¿Eras tú el que venías? Sí, tú eras, querido mío; pero no venías solo. Oí una risa contenida y alegre, el fru-fru de un vestido de seda, y a ti, que hablabas en voz baja. Volvías a casa con una mujer...

“No sé cómo he podido sobrevivir a aquella noche. A la mañana siguiente, a las ocho me arrastraron hacia Innsbruck; ya no tenía fuerzas para resistir.

\* \* \*

“Mi hijo murió anoche; ahora me quedaré sola nuevamente. Mañana vendrán unos hombres vestidos de negro, extraños y toscos, trayendo un ataúd, y dentro de él colocarán a mi pobre, mi único hijo. Quizá lleguen también algunos amigos para ponerle encima algunas flores. Pero ¿qué significan las flores en un ataúd? Intentarán consolarme con palabras, palabras y palabras. Pero ¿de qué sirven las palabras? Sé que he de quedarme otra vez sola, y nada hay más terrible que la soledad entre la gente. Bien lo he experimentado en

los dos años que he pasado en Innsbruck, desde mis dieciséis hasta mis dieciocho años, en que he vivido como una desterrada en el seno de mi familia. Mi padrastro, hombre serio y de pocas palabras, era bueno para mí y en cuanto a mi madre, accedía, como si quisiera reparar una injusticia, a todos mis deseos. Se me acercaban algunos jóvenes, pero los despreciaba a todos con terquedad apasionada. Lejos de ti no quería vivir feliz y contenta, y voluntariamente me enterraba en un mundo oscuro, de tormento y de soledad. Me negaba a estrenar vestidos de colores diversos, así como a ir al teatro, a los conciertos o de excursión en alegre compañía. Apenas salía a la calle y, ¿puedes creerme, querido mío, que viviendo en una pequeña ciudad durante dos años, no llegué a conocer de ella más que unas diez calles? Deseaba estar triste, y lo estaba; me castigaba con privaciones que yo mismo me imponía. No quería distraerme de mi pasión y mi único deseo era pensar en ti. Permanecía sola en casa durante horas y días, sin más que hacer que pensar, renovando siempre mil pequeños recuerdos: cada uno de nuestros encuentros, cada una de mis esperas, pasando revista a todos ellos, como en un teatro. Y así, de repetir a cada instante mil y mil veces cada uno de ellos, se me ha quedado en la memoria toda mi infancia y puedo sentir ardientemente todos los minutos de mi pasado, como si ayer mismo hubiesen ocurrido.

“Sólo en ti viví entonces. Compré todos tus libros; el día que tu nombre aparecía en un periódico, era para mí día festivo. ¿Quieres creerme que sé de memoria, línea a línea tus obras? Si alguien me despertase una noche y me señalase una línea cualquiera, hoy, después de trece años, sabría continuar yo como en sueños: te digo que cada una de tus palabras ha sido para mí un evangelio y una oración. El mundo entero no existía sino en cuanto se refería a ti: leía en los diarios de Viena las reseñas de los conciertos y obras de teatro pensando únicamente cuáles te interesarían, y al llegar la noche, mis pensamientos te acompañaban; ahora, — me decía — entra en la sala; ahora se sienta. Lo

imaginaba mil veces, porque te había visto una sola vez en un concierto.

“Pero ¿a qué relatarte este frenético cariño trágico y desesperado de una niña abandonada? ¿A qué contarse a quien nunca se lo imaginó? Pero, realmente, ¿era yo entonces una niña? Tenía diecisiete, dieciocho años, y los jóvenes comenzaban a mirarme al pasar por la calle, lo cual me disgustaba, pues un sentimiento de amor hacia otro que no fueras tú me parecía tan inconcebible, tan absurdo, que la sola idea se me figuraba un crimen. Mi pasión por ti era la misma que años atrás, con la sola diferencia de que al pasar el tiempo se había hecho más ardiente, más física, más femenina, y aquello que no podía presentir la criatura que apretó el timbre de tu puerta, llegó a ser mi pensamiento fijo: entregarme vivamente a ti.

“Los que me rodeaban me juzgaban tímida — pues guardaba mi secreto apretando los dientes. — Pero se iba desarrollando en mí una voluntad de hierro. Todos mis pensamientos y propósitos se dirigían a lo mismo: volver a Viena, volver junto a ti. Y conseguí que mi voluntad prevaleciera, cosa que debió parecer absurda e incomprensible a los demás. Mi padrastro era rico y me consideraba como a una hija propia. Pero yo insistía tenazmente en ganarme la vida, y al fin obtuve su permiso para marchar a Viena, empleada en una casa de confección, cuyo dueño era un pariente nuestro.

“¿Tendré que decirte hacia dónde dirigí mis primeros pasos al llegar a Viena? Dejé los baúles en la estación, subí precipitadamente a un tranvía — se me figuraba que andaba muy despacio y me irritaba cada una de sus paradas — y corrí hasta ponerme delante de tu casa. Tus ventanas estaban iluminadas, y mi corazón se puso a cantar. Sólo en este momento vivía la ciudad y vivía yo, pues estaba cerca de ti, tú, mi sueño eterno. No podía imaginarme que, en realidad, tan lejos de ti estaba en aquel instante, como antes, cuando nos separaban ríos y montañas, no obstante ser un cristal delgado lo que se interponía entre tu persona y mi brillante mirada. Me limitaba a mirar hacia arriba:

allí estaba la luz, estaba la casa, estabas tú, estaba mi vida. Durante dos años había soñado aquella hora que estaba viviendo. Permanecí allí toda la tarde, toda una larga tarde dulce y difuminada, hasta que la luz se apagó; entonces fuí a mi habitación.

“Así me pasaba todas las tardes delante de tu casa. Trabajaba en la tienda hasta las seis; el trabajo era duro y penoso, pero me gustaba porque la inquietud del negocio me impedía sentir demasiado dolorosamente la mía. Y cuando, al llegar la hora, se cerraban ruidosamente las persianas, corría hacia mi amado puesto de observación. Mi único deseo era verte, encontrarte siquiera una vez, distinguir tu cara una vez desde lejos. Pasada una semana, poco más o menos, te encontré precisamente en un momento inesperado: cuando estaba mirando a tu ventana cruzaste tú la calle. Y de repente yo me convertí en la niña de trece años, sentí que la sangre me afluía a las mejillas, involuntariamente bajé la vista, a pesar de mi vivo deseo de contemplar tu rostro, de sentir tu mirada y pasé por tu lado apurada. Luego me sentí avergonzada de aquella audacia infantil, pues me daba perfecta cuenta de mi propósito: quería encontrarte, te buscaba, quería ser reconocida por ti después de tantos años de ardiente anhelo; quería llamar tu atención, quería ser tu amada.

“Pero durante mucho tiempo no te apercibiste de mi persona, a pesar de acudir todas las tardes a tu calle desafiando a veces remolinos de nieve y horas sin helado de Viena. Algunos días esperé varias horas sin resultado; otros, salías acompañado por algún conocido; también te vi dos veces en compañía de una mujer, y entonces sentí algo nuevo dentro de mí: un sentimiento, hasta entonces desconocido, que se manifestaba en saltos bruscos del corazón; se me destrozaba el alma viéndote pasar tan seguro de ti del brazo de una mujer extraña. No es que me sorprendiera, pues conocía desde mi infancia tus eternas visitantes; pero entonces sentía un dolor físico, nacía en mí algo nuevo: mezcla de hostilidad y de deseo, presenciando tu intimidad con otra. Un día, llena de un orgullo que todavía ten-



go, no fuí a tu casa. ¡Pero qué horrible fué aquella tarde! ¡Al día siguiente me encontraba otra vez humildemente delante de tu puerta esperando, esperando, como lo he hecho siempre ante tu vida oculta para mí!

“Al fin llegó una tarde en que te apercibiste de mi presencia. Te había yo visto desde lejos y hacía esfuerzos de voluntad para no apartarme de tu camino. Quiso la fortuna que un carro que estaba descargando obstruyese parte de la calle, obligándote a pasar cerca de mí. Involuntaria y distraídamente, me miraste, notaste mi intención, y al punto — aun me asusta el recuerdo — tu mirada fué esa que dedicas a todas las mujeres, esa mirada tierna, envolvente que desnuda, la misma mirada fija y larga que me había transformado de niña en mujer, en amante. Durante uno, dos, tres segundos, tu mirada se cruzó con la mía, que yo no podía apartar de tu persona, y desapareciste. Me palpitaba el corazón; inconscientemente debí retardar mi paso, y al volver la cabeza, presa de invencible curiosidad, te vi parado, siguiéndome con tu mirada. Y por la manera de fijarte, con curiosidad e interés, comprendí que no me reconocías.

“Ni me reconociste entonces ni me has reconocido nunca. ¿Cómo podré, amor mío, describirte mi desilusión de aquel momento, de aquella primera vez en que sentí mi sino de no ser reconocida; este destino que acompaña toda mi vida, con el que muero al fin, de ser desconocida, siempre desconocida para ti? ¿Cómo podré expresarte tal desilusión? Porque has de saber que, durante los dos años pasados en Innsbruck, donde pensaba en ti a todas horas, siempre que me imaginaba el instante de volver a verte, me lo pintaba de distintas maneras: una veces horrible y otras feliz, según mi estado de ánimo. Soñaba todas las posibilidades; en los peores momentos me figuraba que tú no me aceptarías por demasiado insignificante, por demasiado fea, por demasiado pretenciosa; como una visionaria apasionada me había representado todas las formas de tu frialdad y de tu indiferencia; pero sólo una cosa no

había entrado en mis cálculos, ni siquiera en las horas de mayor pesimismo: que ni te dieras cuenta de mi existencia. Sí, hoy lo comprendo — tú en cambio, no has logrado comprenderme; — el rostro de una niña, de una mujer, tiene que ser forzosamente, para un hombre, algo extremadamente variable; a menudo no pasa de ser un espejo, bien sea de pasión, de ingenuidad o de cansancio, cuya expresión se borra pronto, como sucede con todas las imágenes de los espejos que a un hombre se le puede ir de la memoria fácilmente la cara de una mujer, tanto más cuanto que la edad hace cambiar las luces y las sombras, y cada nuevo vestido es un marco diferente. Las que se resignan son las verdaderamente iniciadas en el secreto de la vida. Pero yo, la mujer que yo era en aquella época no alcanzaba a comprender tu falta de memoria, y a fuerza de ocuparme de ti había llegado a creer que tú también debías ocuparte de mí, pensar en mí y esperarme. ¡Cómo hubiese podido vivir con la verdad de que no significaba nada para ti; de que en tu memoria no había el menor recuerdo mío! Y aquel despertar ante tu mirada que me indicaba tu olvido, que me decía que ningún hilo de recuerdo, siquiera fuera sutil como el de una telaraña, ligaba tu vida a la mía, fué mi primera caída en la realidad: el primer paso de mi destino.

“Entonces no me reconociste; y cuando dos días más tarde tu mirada se posó sobre mí con cierta familiaridad, tampoco viste en mí la muchacha que te había amado y a la que tú habías despertado, sino la bonita muchacha de dieciocho años que hacía un par de días habías visto en el mismo lugar. Me miraste agradablemente sorprendido, y una leve sonrisa anduvo jugando por tus labios. Cruzaste y acertaste el paso; yo temblé, y en mi interior hubo gritos de júbilo; recé, para que me dirigieses la palabra. Sentí que por primera vez era para ti una mujer viva; retardé por mi parte el paso y en seguida te sentí a mis espaldas. Sin volverme, tuve la certidumbre de que por primera vez iba a oír tu voz tan querida. Esta esperanza me paralizó y empecé a temer que iba a parar sin remedio, cuando

tú te pusiste ya a mi lado. Me dirigiste la palabra de un modo ligero y alegre, tal como si fuésemos amigos de años atrás. — ¡Ah, tú no sabías ni has sabido nunca nada de mi vida! — Me hablaste de una manera tan admirablemente limpia de reservas, que yo podía contestar fácilmente. Pasamos juntos toda la calle y me preguntaste si me gustaría que comiésemos juntos, cosa que yo acepté. ¿Cómo hubiese podido negarte nada?

“Cominos en un pequeño restaurante. ¿Sabes dónde? ¡Ah, no; en tu memoria aquella tarde no se diferencia de otras muchas! Pues ¿qué significaba yo para ti? Una entre ciento, una aventura más en una cadena de aventuras. Y por otra parte, ¿qué recuerdo pude dejar en ti? Hablé poco, porque era demasiado feliz sintiéndome junto a ti, oyéndote hablar. No quería perder una sola palabra tuya con ninguna pregunta, con cualquier palabra tonta. Jamás olvidaré aquella hora deliciosa, en que me colmabas de apasionado respeto, mostrándote tan delicado, tan desenvuelto, y con tal tino, lejos de toda vulgar ternura, y tan lleno de segura y amistosa familiaridad, que hubiese ganado toda mi voluntad de no haber sido tuya de antemano. No puedes calcular lo feliz que me hacías no echando por tierra los cinco años de mi ilusionada espera infantil. Era tarde cuando salimos. A la puerta del restaurante me preguntaste si tenía prisa o disponía todavía de tiempo. ¿Cómo podía yo ocultarte que estaba a tu disposición? Te respondí que tenía tiempo todavía, y entonces me preguntaste, tras una ligera vacilación, si quería acompañarte hasta tu casa, para conversar allí un poco. “Con mucho gusto” — dije delatando mis sentimientos, — y pude notar que mi rápida aceptación te sorprendía, no sé si penosa o agradablemente; de cualquier modo, te vi algo sorprendido. Hoy comprendo bien tu sorpresa; hoy sé que entre las mujeres es costumbre incluso cuando sienten un ardiente deseo, comenzar por negar, fingir temor o indignación; dejarse convencer por medio de súplicas conmovedoras, de mentiras, de juramentos y promesas. Hoy sé que acaso únicamente

las profesionales del amor, las prostitutas, aceptan sin dudar, alegremente, tales invitaciones, y quizá también las niñas cándidas, las ingenuas adolescentes. Pero en mí — ¿cómo podías dudar de ello? — era únicamente la voluntad reconociéndose a sí misma, el deseo ardiente y contenido durante miles de días, que se manifestaban en un solo instante. El caso es que tú estabas sorprendido, y que yo empezaba a interesarte. Yendo a tu lado me di cuenta de que mirabas con curiosidad. Tu intuición, tan segura para todo lo humano, te decía que estabas ante algo excepcional, que algún secreto había en aquella linda jovencita. Desperté tu curiosidad y me di cuenta de ello por tu manera de preguntar, por aquella forma envolvente, hecha para adivinar mi secreto. Llegamos a tu cuarto. Perdona, querido, si te digo que tú no puedes comprender lo que fué primero aquel paseo y luego aquella escalera para mí: un vértigo, una confusión, una frenética felicidad, una dicha deliciosa que casi me mataba. Todavía hoy me es imposible recordarlo sin lágrimas a pesar de que ya no me queda más para llorar.

“Pero yo me defendía y me ocultaba; prefería parecer una tonta, a sacrificar mi secreto.

“Imagínate que todo cuanto veía se hallaba impregnado de mi pasión, y cada cosa se me aparecía como un símbolo de mi infancia, de mi anhelo; la puerta donde te había aguardado miles de veces, la escalera en la que resonaban tus pasos y en la que te vi por primera vez, la ventana a través de la cual toda mi alma te había estado espiando, la estera de delante de tu puerta, sobre la cual, en una ocasión, me había arrodillado; el ruido de la llave que me había despertado, toda mi infancia, toda mi pasión animada en aquellos pocos metros; allí estaba toda mi vida y toda ella caía sobre mí como una tempestad en aquel instante, en que todo lo soñado se realizaba, porque iba ya contigo, ¡contigo a tu casa, a nuestra casa! Considera — parece una simpleza, pero no puedo explicarme de otro modo — que para mí, la realidad, el mundo, se me habían aparecido cosas tan torpes y banales durante toda la vi-

da, hasta llegar a tu puerta y que traspasado aquel umbral comenzaba el país encantado de los niños, el reino de Aladino; considera que miles de veces había mirado con ardientes miradas aquella puerta, por la que entraba entonces vacilante. Tú puedes presentir — pero nada más que presentir, pues nunca lo sabrás del todo querido — las horas de mi vida que palpitaban en aquel brevísimo instante. Pasé contigo toda la noche. No te diste cuenta de que ningún hombre antes que tú había contemplado y tocado mi cuerpo jamás. ¡Cómo hubieras podido sospecharlo, amor mío, si yo no te oponía ninguna resistencia, si reprimía toda pudorosa indecisión, con el sólo propósito de que no adivinases el secreto de mi amor, que te hubiera asustado seguramente? Porque tú no concibes el amor sino como una cosa ligera y juguetona, sin ninguna importancia; temes mezclarte en el destino de una extraña; quieres gustar sin medida todas las alegrías del mundo, pero rehuyes el sacrificio. ¡Amado mío, si ahora te declaro que era pura y virgen cuando me entregué a ti no tomes en mal sentido mis palabras! No te acuso de nada, puesto que no me sedujiste, no me mentiste; fuí yo misma la que me ofrecí, la que me lancé a tu pecho, la que me arrojé a mi destino. No te acusaré nunca, no; por el contrario, te lo agradeceré siempre, pues aquella noche fué para mí infinitamente linda y resplandeciente de alegría y me encontraba como sumergida en felicidad. Al abrir los ojos en la oscuridad y sentirte a mi lado, me pareció extraño no ver arriba estrellas, pues sentía tan cerca el cielo; no, mi adorado, nunca, nunca me he arrepentido de aquella hora. Todavía recuerdo que, mientras tú dormías y sentía yo tu aliento y me veía tan cerca de ti en la oscuridad, lloraba de alegría.

“Me fuí por la mañana temprano. Tenía que ir a la tienda, y además quería salir antes de que entrase el sirviente. Una vez vestida ante ti, me abrazaste y te quedaste mirando fijamente durante mucho tiempo; ¡era, quizá, que pasaba por tu memoria algún borroso recuerdo, o únicamente que yo te parecía linda y feliz?

En seguida me besaste en la boca. Yo me alejé y quise irme. Entonces me preguntaste: “¿No quieres llevarte algunas flores?” — Dije que sí. Tomaste cuatro rosas blancas de la jarra de cristal azul, que estaba sobre tu “secretaire” — ¡ah, la conocía bien desde aquella única ojeada furtiva que, siendo niña, pude lanzar a tu cuarto! — y me las diste. Las estuve besando durante varios días.

“Antes de separarnos habíamos convenido en reunirnos otra tarde. Volví a tu casa y todo volvió a parecerme delicioso. Todavía me concediste una tercera noche, y después me dijiste que tenías que ausentarte — ¡oh, cómo odiaba tales viajes desde mi infancia! — y me prometiste avisarme a tu regreso. Te di una dirección en la lista de Correos, pues no quería decirte mi verdadero nombre. Guardaba mi secreto. De nuevo al despedirnos me diste algunas rosas.

“Día por día, durante dos meses, iba yo a preguntar...; pero no, ¿para qué pintarte aquel tormento infernal, aquella espera desesperada? No creas que te acuso: te quiero tal como eres, ardiente y olvidadizo, generoso e infiel; te quiero sólo así, como eras y como eres todavía. Habrías regresado hacía mucho tiempo, pues me lo decían tus ventanas iluminadas, y no me escribías. No tengo una sola palabra escrita por ti, ni una sola palabra en esta mi última hora, ni una palabra de ti, a quien he dedicado toda mi vida. No he hecho más que esperar, esperar y no conseguir nada. Pero ni me has llamado, ni me has escrito una sola palabra..., una sola palabra...

\* \* \*

“Mi hijo ha muerto ayer...; era también tuyo. Era tu hijo también, querido mío; hijo de una de aquellas tres noches; te lo juro, y nadie miente a la sombra de la muerte. Era hijo nuestro, pues ningún hombre me tocó desde aquella en que me entregué a ti, hasta aquella en que salió de mi vientre. Consideraba a mi cuerpo como sagrado por el contacto tuyo. ¿Cómo hubiera podido dividir mi persona entre tú, que lo eras

todo para mí, y los demás que pasaban junto a mí banalmente? Era hijo nuestro, adorado niño, fruto de mi amor consciente y de tu inconsciente y disipada ternura; hijo nuestro, nuestro único hijo. Tú te preguntarás — tal vez asustado, sólo asombrado — por qué te he ocultado la existencia de ese niño, mientras en efecto existía, y por qué sólo hoy te hablo de él, hoy, cuando está ya en la inmensidad, durmiendo, durmiendo para siempre, pronto a marcharse para no volver más, ¡nunca más! Nunca me hubieras creído, nunca hubieras creído a la mujer extraña que se te había entregado sin reparo, sin resistencia alguna durante tres noches; nunca hubieras creído a aquella anónima capaz de tanta fidelidad hacia ti, que eras tan infiel, y jamás le hubieses reconocido, sin desconfianza, como hijo tuyo.

“Ni aun en el caso de que mi afirmación te hubiese parecido sincera, jamás hubieras podido desechar la secreta sospecha de que se tratara de un intento de suplantar el hijo de un cualquiera por el de un hombre rico. Hubieses tenido la sospecha, y una sombra, una ligera sombra de desconfianza hubiérase interpuesto entre tú y yo. En cuyo caso — yo te conozco, te conozco mejor que tú mismo — sé que hubiera significado un peso en tu amor, pues sólo quieres lo alegre y descuidado, el pensamiento de ser padre y de sentirte responsable de la suerte de otro ser. Tú, que no has conocido más que la libertad, te hubieses sentido ligado a mí. Y me hubieras — sí, contra tu voluntad — odiado por esa misma ligadura. Quizá durante algunas horas, quizá durante algunos minutos me maldecirías, y eso no podía aceptarlo mi orgullo; yo quería que tú pensases en mí durante toda la vida, sin una sola nube que ensombreciese el recuerdo. He preferido echarlo todo sobre mí, antes que convertirme en una carga para ti y ser la única, entre todas las mujeres que has conocido, en la que puedas pensar con amor y gratitud. Pero nunca has pensado en mí; me has olvidado.

“No te acuso, querido mío, no te acuso. Perdona ¡i de vez en cuando una herida hacia tu corazón se desliza en mi pluma, perdóname; mi hijo, nuestro hijo, es-

tá muerto bajo la luz vacilante de las cuatro velas; he amenazado con mis puños a Dios y le he llamado asesino, pues tengo mis sentidos locos y turbados. ¡Perdóname la queja! Sé que en el fondo eres bondadoso y compasivo y que ayudas a cuantos reclaman tu auxilio, incluso al más desconocido, pero tu bondad es muy curiosa; es una bondad que, en efecto, está abierta para todos y al alcance de la que cada uno puede tomar, pues ella es infinita, pero al mismo tiempo es indolente. Quiere que vayan hasta ella a tomarla. Tú ayudas cuando se te requiere, cuando se te pide; concedes tu auxilio por pudor, por debilidad, no por la alegría que da el hacerlo. Más amor sientes — te lo digo francamente — por el hombre feliz que por el atormentado.

“Y a los hombres como tú, incluso a los mejores entre ellos, resulta muy difícil pedirles nada. Una vez, siendo yo niña, vi a través del vidrio de mi puerta cómo le dabas limosna a un mendigo. Se la diste apresuradamente, mucho antes de que el mendigo te hubiera pedido nada. Se la diste con cierta precipitación temerosa, como si huyeras de ver sus ojos. No he podido olvidar aquella manera inquieta y a la vez tímida de dar limosna, huyendo de la gratitud. Por eso nunca me he dirigido a tí. Tengo la seguridad de que me hubieras ayudado en aquella época, aun no teniendo la seguridad de que se trataba de tu hijo; me hubieras consolado, me hubieras dado dinero... mucho dinero; pero siempre con el inquieto afán de apartar de ti lo desagradable. Sí; creo que habrías llegado a persuadirme de que me separase de mi hijo, y yo lo hubiese hecho, porque, ¿qué podría negarte? Pero este hijo lo era todo para mí por ser tuyo; eres tú mismo, pero no tú el feliz, el despreocupado que podría escapárseme a cada momento, sino el dedicado — así lo creía — para siempre a mí, el ligado de por vida a mí. En él podía sentir crecer tu vida en mis venas, podía alimentarte, darte de beber, hacerte caricias, besarte cuando en mi alma ardiera tal deseo. Ya ves, querido; por todo eso me sentía tan dichosa al saber que iba a tener un hijo tuyo, y por eso lo callaba; así ya no te me podrías escapar.



“Si he de decirte la verdad, no todo fué felicidad durante algunos meses, como antes lo había imaginado. Pasé también tormentos, y me llené de ascos ante la bajeza de los hombres. No era nada fácil la vida para mí. Durante el último período de mi embarazo tuve que dejar de ir a la tienda para no llamar la atención de mis parientes que podían avisar a mi familia. No quería pedir dinero a mi madre, y viví, hasta dar a luz, vendiendo algunas alhajas. Una semana antes del parto, la lavandera me robó del armario las últimas y pocas coronas que me quedaban, y me vi precisada a entrar en una clínica pública. Allí, hasta donde se arrastran las más pobres, las reprobadas, las olvidadas, allí, en medio de la miseria, nació el niño, tu hijo. Aquello era para morirse; todo era extraño, extraño todo; cuantas estábamos allí, extrañas entre nosotras; todas solitarias y llenas de odio las unas contra las otras, sin que nos uniera más que la común miseria y el tormento, hacinadas en aquella sala de cloroformo y de sangre, de gritos y de quejidos. Todas las humillaciones y vergüenzas físicas y morales que tiene que sufrir la pobreza, las sufrí yo, mezclada con mujeres de la vida y enfermas en comunidad de suerte. Sufrí a aquellos médicos, jóvenes y desvergonzados y que levantaban sonriendo sarcásticamente las sábanas de las mujeres indefensas para tentarlas bajo pretexto de una falsa ciencia; sufrí la avaricia de las enfermeras. ¡Oh, allí el pudor humano es crucificado por las miradas y amenazado por las palabras! Allí no éramos más que rótulos en que se leía nuestros nombres, pues lo que quedaba en la cama se reducía a un trozo de carne contraído de convulsiones, manoseado por los curiosos, objeto de exhibición y de estudio. ¡Ah, las mujeres que en sus propias casas dan hijos a sus maridos que aguardan con impaciente ternura, no saben lo que significa dar a luz sola, indefensa y como sobre una mesa de experimentos! Todavía hoy, cuando leo en algún libro la palabra “infierno”, no puedo menos de pensar inmediatamente, y bien a mi pesar, en aquella sala llena

de gemidos, de risas y de gritos sangrientos en que sufrí como en un matadero del pudor.

“Perdóname que hable de esto. Pero es sólo esta vez, nunca más, nunca más. He callado durante once años, y dentro de poco estaré muda para toda una eternidad. Tenía que gritar una vez, gritar una vez lo caro que me ha costado ese hijo de mi dicha y que ahora está ahí sin aliento. Había olvidado hacía mucho tiempo aquellas horas de tortura por la sonrisa, por la voz de mi hijo, por la felicidad; pero ahora, muerto él, revive el tormento y tengo que gritarlo siquiera esta única vez. Pero no te acuso a tí; no acuso más que a Dios, sólo a Dios, que ha permitido este suplicio sin sentido. No te acuso a ti, te lo juro; jamás, ni en momentos de ira, me he rebelado contra ti. Ni en aquella hora en que mi cuerpo se retorció de dolores y ardía de vergüenza bajo las miradas de los estudiantes de la clínica, ni en aquel segundo en que el dolor desgarró mi alma, te acusé ante Dios; nunca me he arrepentido de nuestras noches de amor; siempre he bendecido la hora en que te cruzaste en mi camino; jamás he tenido un reproche para mi amor por ti, y te he amado siempre. . . Y si por ser tuya nuevamente tuviese que volver a pasar por este infierno, iría a ti otra vez, aun sabiendo de antemano lo que me esperaba; ¡iría a ti otra vez, mi adorado, otra y mil veces más!

\* \* \*

“Mi hijo ha muerto ayer. . . Tú no le has conocido. Nunca ni en el casual y fugaz encuentro nuestro, se ha posado tu mirada sobre este pequeño ser en que tu ser florecía. Durante mucho tiempo, mientras tenía un hijo tuyo, me escondía de ti; mi anhelo era menos doloroso, y llegó a parecerme que te amaba con menos pasión; al menos mi amor no me hacía sufrir tanto desde el instante en que tuve tu hijo. No quería dividirme entre tú y él, y por eso me consagré no a ti, al hombre feliz y que vivía lejos de mí, sino a la criatura a la que debía alimentar; a la que debía besar y abra-

zar. Me parecía como si me encontrara a salvo de mis pasadas inquietudes de mi terrible destino, salvada por este segundo tú, que era, en realidad, el mío; raras veces mis sentimientos me empujaban humildemente junto a tu casa. Sólo hacía una cosa: siempre al llegar tu cumpleaños te enviaba un ramo de rosas blancas exactamente iguales a las que me diste después de nuestra primera noche de amor. En estos diez u once años transcurridos, ¿te has preguntado alguna vez quién te las enviaba? ¿Has recordado alguna vez a aquella a quien diste unas rosas iguales? Ni lo sé ni lo sabré jamás. Enviártelas desde un oscuro anonimato, hacer revivir aquella hora una vez cada año, era para mí lo suficiente.

“No has llegado a conocer a nuestro pobre hijo; hoy me acuso de habértelo ocultado, pues lo hubieses querido. No le has llegado a conocer, y no le has podido ver sonreír, cuando abriendo sus párpados dejando ver sus ojos negros e inteligentes — tus ojos, — lanzaba una luz alegre sobre mí y sobre el mundo entero. ¡Ah, era tan alegre, tan encantador! Toda la gracia ligera de tu carácter renovábase en él de manera infantil y en él se hallaba también toda tu vida y ágil fantasía; durante horas enteras podía estar jugando, como un enamorado, con un objeto cualquiera, como tú has jugado siempre con la vida, y luego se le podía ver sentado ante sus libros en actitud seria, con las cejas fruncidas; cada día se parecía más a ti; incluso comenzaba a desarrollarse en él esa dualidad de carácter propicia a la labor seria y al juego que tú tienes, y cuando más se te parecía, más lo quería. Aprendía con rapidez y charlaba en francés como una cotorrita; sus cuadernos eran los más limpios de la clase, ¡y estaba tan mono y tan elegante con su traje de terciopelo negro, o con el otro, blanco, de marinero! Por todas partes donde íbamos resultaba siempre el más distinguido. En Grado, cuando paseábamos por la playa, todas las señoras se paraban y acariciaban sus largos cabellos rubios, y en el Sennering, cuando iba en trineo, todo el mundo se paraba para admirarle. ¡Era tan lin-

do, tan suave, tan cortés! Cuando el año último entró como interno en el Theresianum, llevaba su uniforme y su espada como un soldadito del siglo XVIII; ahora el pobre no tiene más que su camisa, y está allí con los labios pálidos y las manos cruzadas.

“Pero tal vez te preguntes cómo he podido criar a mi hijo con tanto lujo, cómo he podido darle esa vida alegre de los niños ricos. Querido mío, te hablo desde la oscuridad y no me avergüenzo de decírtelo; pero no te asustes: querido mío, me he vendido. No he llegado a ser eso que se llama una chica del arroyo, una mundana, pero me he vendido. Tenía amigos ricos y galantes. Primeramente los busqué yo, y después me buscaron ellos, porque yo era — ¿no lo habías notado? — una mujer muy bonita. Cada uno de aquellos a quienes me entregaba me tomaba cariño; todos se quedaban enamorados, todos se mostraban adictos y me querían, todos, excepto tú, amor mío.

“¿Me desprecias desde que te he dicho que me he vendido? No; sé que no me desprecias, sé que eres comprensivo, y entenderás también que lo he hecho solamente por ti, por tu otro yo, por tu hijo. Desde que estuve en la clínica probé el tormento que significa la miseria, me di cuenta de que en este mundo el pobre será siempre el maltratado, el humillado, la eterna víctima, y no quise, me costara lo que me costara, que tu hijo, radiante de belleza, creciese en los bajos fondos de los patios humildes; su tierna boca no debía emplear el lenguaje del arroyo, ni su cuerpo tan blanco ponerse esa triste ropa enmohecida de los pobres. Tu hijo debía tenerlo todo: riqueza, facilidades para elevarse hasta ti, hasta tu esfera de vida.

“Por eso, y sólo por eso, querido mío, me vendí. No era ello ningún sacrificio para mí, pues lo que se llama honor y vergüenza me parecían cosas sin importancia. No me querías tú, tú a quien debía pertenecer mi cuerpo, y, por lo tanto, me era indiferente lo que se hiciera de él. Las caricias de los hombres y hasta sus más profundas pasiones no alcanzaban a rozar mi corazón aunque llegase a estimar a algunos y su amor no co-

rrespondido me conmoviese pensando en mi propio caso. Todos eran buenos para mí. Todos me mimaban y todos me respetaban. Especialmente uno, un viudo, un marqués, se pasó las horas a las puertas del Theresianum para conseguir la admisión de mi hijo sin padre, de tu hijo; como a una hija me quería por su parte. Tres o cuatro veces me ofreció su mano; hoy podría yo ser marquesa, dueña de un castillo encantador en el Tirol; podría vivir sin inquietudes; mi hijo hubiera tenido un padre cariñoso, capaz de adorarle, y yo un marido bondadoso y distinguido; pero no acepté sus proposiciones, no obstante habérmelas reiterado muchas veces y a pesar de que negarle lo que me pedía me dolía a mí misma. Quizá fué una locura, pues de otro modo hubiera vivido tranquilamente y mi hijo junto a mí; pero — ¿por qué no confesarlo? — no quería ligarme a nadie: quería conservarme libre para ti en todo momento. Vivía aún dentro de mí el sueño de mi infancia; acaso alguna vez me llamasas, aunque sólo fuese por una hora. Y por esa posible hora rehusé todo, con objeto de encontrarme en libertad de acudir a tu primera llamada. ¡Todo mi vida no ha sido otra cosa que una especie de tu voluntad!

“Y esa hora soñada llegó en realidad. ¡Pero tú no lo sabes ni puedes sospecharlo, querido mío! Tampoco entonces me conociste; nunca, nunca me has conocido. Ya antes te había encontrado a menudo en teatros, en conciertos, en el Prater, en la calle; cada vez que te veía me palpitaba fuertemente el corazón; pero tú pasabas desapercibido. Es cierto que en lo exterior resultaba muy otra; la niña tímida de los primeros tiempos habíase convertido en una mujer bonita, como decían mis amigos, cubierta de magníficas “toilettes” y rodeada de admiradores. ¿Cómo podrías reconocer en mí aquella tímida muchacha que habías contemplado a la luz crepuscular de tu pieza? A veces, alguno de mis acompañantes te saludaba, y tú, al contestarle, me mirabas; pero tu mirada era la de un extraño: una mirada cortés y admirativa, pero sin reconocerme jamás. En cierta ocasión, me acuerdo muy bien, ese olvi-

do de mi persona fué para mí un ardiente suplicio. Estaba yo en un palco de la Opera con algunos amigos, y tú te encontrabas en el palco vecino. Se apagaron las luces y ya no pude ver más tu cara, pero sentía tu aliento como en aquella otra noche, y sobre el terciopelo de la barandilla descansaba tu mano; tu mano fina y elegante. Se apoderó de mí el vivo deseo de inclinarme sobre ella y besarla humildemente. La misma música no hacía sino excitarme, mi anhelo era cada vez más intenso, y tuve que hacer terribles esfuerzos para contenerme: tan poderosamente atraía a mis labios aquella mano adorada. Terminado el primer acto le pedí a mi amigo que saliésemos. No podía sopórtar más tenerte junto a mí en la oscuridad, tan cerca y tan lejano.

“Pero llegó la hora, llegó una vez, la última vez en mi pobre vida. Hace un año, justamente, en el día de tu cumpleaños. Es curioso: había estado pensando en ti todo el día, pues festejaba el aniversario de tu nacimiento como una gran fiesta. Por la mañana temprano había salido a comprar las rosas blancas que todos los años te enviaba en memoria de aquella hora olvidada por ti. Por la tarde salí con mi hijo, fuí al teatro, pues quería que no dejase él de festejar el día, aunque no conociera su motivo. El día siguiente lo pasé con un joven y rico fabricante de Bruenn, con quien vivía desde hacía dos años, hombre que me adoraba y deseaba casarse conmigo, como los otros, y cuyas proposiciones rechazaba yo, en apariencia sin razón, como las de los otros; nos colmaba de mimos a mí y a mi hijo, sin regatear nada, y era digno de ser amado por su bondad, un poco torpe y servil. Fuimos a un concierto donde encontramos gente muy alegre, cenamos en un restaurante de la Ringstrasse, y en medio de las risas y de la charla general le propuse ir a un “dancing”, el Tabarín.

“Esos salones de baile con su alegría artificial y alcohólica, no me gustan nada, y siempre que se me proponía acudir a uno de ellos me negaba; pero esta vez — era como un poder mágico el que me impulsaba a proponerlo yo — sentía un inexplicable deseo, como si

algo extraordinario me aguardase allí. Acostumbrados a complacerme, todos los amigos se levantaron en seguida; fuimos al "dancing", donde comenzamos a beber champán, y de repente se apoderó de mí una furiosa, casi dolorosa alegría, como no había sentido nunca. Bebía y bebía, acompañando las canciones frívolas de los demás, y sentía un ardiente deseo de bailar o de dar gritos de júbilo Pero de pronto — fué como si algo frío o caliente se posase sobre mi corazón — tuve un sobresalto, como si recibiese un golpe: en la mesa vecina estabas tú sentado con algunos amigos y me dirigías una mirada admirativa y deseosa, esa mirada que siempre me ha estremecido hasta el fondo del alma. Por primera vez desde hacía diez años me mirabas de nuevo con esa fuerza inconsciente, apasionada de tu ser. Temblé; casi se me cayó el vaso de la mano. Por fortuna mis compañeros no notaron mi turbación, que se perdió entre la risa general y la música. Tu mirada se hizo más ardiente y me sumergió en fuego. Yo no sabía si al fin me habías reconocido o si me deseabas simplemente como a una mujer desconocida para ti, como a cualquiera otra, como a una completamente extraña. Se me agolpó la sangre en la cabeza y empecé a contestar distraídamente a mis amigos. Indudablemente tú te habías dado cuenta de la turbación que me producía tu mirada. Sin que los otros lo notasen, me hiciste una seña para que te siguiera al vestíbulo. En seguida pagaste muy gentilmente y te despediste de tus camaradas, no sin indicarme nuevamente que me esperabas fuera. Yo temblaba como si tuviese fiebre, y ya no podía contestar a derechas ni dominar la excitación de mi sangre. Quiso la fortuna que una pareja de negros comenzara a bailar taconeando ruidosamente y lanzando gritos agudos. Todos se volvieron a mirarlos, y yo aproveché aquel instante. Me levanté, dije a mi amigo que volvería al poco tiempo y te seguí.

“Estabas esperándome, en la entesala. Cuando llegué se aclaró tu mirada y viniste a mi encuentro con una sonrisa. Noté en seguida que no me reconocías, que no reconocías ni a la niña, ni a la mujer; me deseabas

otra vez como una nueva para ti, como una desconocida.

“—¿También para mí puede usted disponer de una hora? — me preguntaste con familiaridad. Y por el tono seguro en que me hablabas, comprendí que me tomabas por una de tantas mujeres vulgares.

“—Sí — respondí.

“Era el mismo “sí” de temblorosa complacencia con que te había respondido en la calle, hacía diez años a la luz del crepúsculo, la muchacha que había sido yo.

“—¿Y cuándo podríamos vernos? — me preguntaste.

“—Cuando te parezca — contesté sin ninguna clase de rubor ante ti.

“Me miraste un poco extrañado, con el mismo desconfiado asombro y la misma curiosidad que en la ocasión pasada, cuando te sorprendió mi precipitación en aceptar tu pedido.

“—¿Podría ser ahora? — me preguntaste con un tono de duda.

“—¡Sí — contesté, — vamos!

“Quise ir al guardarropa para buscar mi abrigo. Me acordé que mi amigo se había quedado con el número correspondiente a los abrigos de todo el grupo. No me era posible pedírselo sin darle explicaciones detalladas, y por otra parte, no quería desaprovechar aquella hora que desde hacía años había deseado con tanto ardor. No dudé ni un segundo: me puse el echarpe y salí en aquella noche húmeda y brumosa, sin preocuparme del abrigo, sin preocuparme de aquel hombre bueno y cariñoso con quien vivía desde hacía años: y a quien iba a poner en ridículo delante de sus amigos, abandonándole a la primera llamada de un desconocido. ¡Oh! razonaba perfectamente de la bajeza, de la ingratitud, de la infamia que cometía con aquel amigo sincero; sentía que mi acción era cobarde y que con mi locura desgarraba mi vida; pero, ¿qué significaba para mí la amistad, qué significaba la existencia al lado de la impaciencia de sentir nuevamente tus labios y de oír de nuevo la suavidad de tu palabra? Así te he amado; ahora puedo decírtelo, ahora que todo ha pasado ya y que todo se acaba. Y creo que si recibiera una llama-



da tuya en mi lecho de muerte, aún tendría fuerzas para levantarme y correr a tu lado.

“Había un coche a la puerta y en él fuimos a tu casa. Oí otra vez tu voz, sentí otra vez la ternura de tu proximidad y tuve el mismo aturdimiento e infantil confusión que en la ocasión pasada. Por primera vez desde hacía diez años volví a subir aquella escalera... No, no puedo expresarte cómo sentí todo dos veces en aquellos instantes; los tiempos pasados y los presentes, y sobre todo a ti y siempre a ti. Poco había cambiado en tu habitación: algunos nuevos cuadros, más libros, algunos muebles nuevos; pero todo me saludó familiarmente. En el “secretaire” estaba la jarra con las rosas, con mis rosas, con las que yo te había enviado la víspera, día de tu cumpleaños, como recuerdo de una a quien tú no recordabas, a quien no conocías ni siquiera en aquel momento en que tan cerca nos hallábamos, las manos en las manos, los labios sobre los labios. Pero me alegré de que cuidases mis flores: así, por lo menos, había cerca de ti un aliento de mi ser, un hálito de mi amor.

“Me tomaste en tus brazos. De nuevo pasé contigo toda una noche encantadora; pero tampoco en la desnudez de mi cuerpo me conociste. Me abandoné dichosa a tus caricias y pude comprobar que tu amorosa fogosidad no establecía ninguna diferencia entre una verdadera amada y una mujer cualquiera; comprobé que te brindabas con pródiga abundancia de tu ser. ¡Fuiste tan cariñoso, tan tierno para mí, a quien habías encontrado en un lugar de recreo nocturno; tan distinguido y al mismo tiempo tan sencillo! Otra vez, ciega de felicidad, sentí la dualidad de tu persona, tu pasión intelectual y sexual que desde niña me había amortiguado. Jamás he conocido en ningún hombre tanta ternura, una tan grande explosión de su intimidad, apagada, sin embargo, después de un olvido infinito y casi inhumano. Pero también yo me olvidé. ¿Quién era yo en la oscuridad, a tu lado? ¿Era la niña ardiente de otra época, era la madre de tu hijo, o una extraña?

¡Ah, todo me resultaba tan familiar, tan ya vivido y al mismo tiempo tan nuevo en aquella apasionada noche! Recé porque nunca terminase.

“Pero llegó la mañana; nos levantamos tarde y me convidaste a desayunar contigo. Tomamos el té que una mano invisible había servido en la antesala y conversamos. Y de nuevo hablaste con aquella franqueza tan tuya, evitando siempre toda indiscreción, sin curiosidad por conocer nada de mi vida. No preguntaste ni cuál era mi nombre ni dónde vivía: de nuevo era yo para ti una aventurera, un ser anónimo, una hora apasionada que se pierde en el humo del olvido sin dejar el menor rastro tras de sí. Me dijiste que te proponías ir al norte del Africa para pasar allí algunos meses; me eché a temblar en medio de mi felicidad, pues de nuevo volví a sentir en mis oídos: todo pasado, y olvidada. Me dieron ganas de arrojarme a tus pies gritando: “¡Llévame contigo, para que al fin me conozcas, después de tantos años!” Pero fui tan tímida, tan cobarde, tan esclava, tan débil delante de ti que me limité a decir:

“—¡Qué lástima!

“Me miraste sonriendo y dijiste:

“—¿De verdad te da pena?

“Entonces se apoderó de mí una especie de furia amorosa. Me levanté y me quedé mirándote fija y prolongadamente. En seguida te dije:

“—También el hombre que yo adoro anda siempre de viaje.

“Miré fijamente tus pupilas. Todo mi ser temblaba. “Ahora — me decía, — ahora me reconocerá”. Pero volviste a sonreír y me dijiste en tono de consuelo:

“—Se vuelve siempre.

“—Sí — contesté, — se vuelve; pero cuando ya se ha olvidado.

“Seguramente hubo algo extraño, algo apasionado en el tono con que lo dije, pues al oírme te levantaste y te pusiste a contemplarme asombrado y enternecido. Me pusiste las manos sobre los hombros y contestaste:

“—Lo que es bueno no se olvida nunca; yo nunca te olvidaré a ti.

“Al decirlo sumergías tu mirada en mis ojos, como si quisieras fijar dentro de ti para siempre mi imagen. Y al sentir cómo me penetraba aquella mirada que buscaba dentro de mí, que absorbía todo mi ser, creí que se había desgarrado el velo que te impedía ver. “¡Ahora me reconocerá, me reconocerá!”; toda mi alma temblaba en este pensamiento.

“Pero no me conociste. No, no me reconociste; nunca te había sido más extraña que en aquel momento, pues de otro modo... de otro modo no hubieses hecho lo que hiciste minutos después. Me habías besado, besado apasionadamente. Tuve que arreglarme el peinado, y mientras estaba delante del espejo vi — al verlo creí que me iba a desplomar de vergüenza y horror — vi cómo de una manera discreta metías algunos billetes de banco en mi manguito. No sé cómo pude reprimir un grito, contener el deseo de pegarte en aquel instante; ¡a mí, que te amaba desde la infancia; a mí, a la madre de tu hijo; a mí me querías pagar de aquella noche! Yo no era a tus ojos más que una mujer del Tabarín; ¡me habías pagado! ¡No era bastante ser olvidada de ti y encima me humillabas! Tomé mis cosas. Quise salir. Sentí un gran dolor. Tomé mi sombrero, que estaba sobre el “secretaire”, al lado de la jarra en que se hallaban las rosas blancas, mis rosas. Y entonces sentí el deseo irresistible de probar nuevamente despertar tus recuerdos.

“—¿No te molestaría darme una de esas rosas blancas?

“—Con mucho gusto — dijiste tomando algunas.

“—Pero quizá sean regalo de una mujer que te quiere — dije.

“—Tal vez — me contestaste; — no lo sé. Me las han enviado y no sé quién; por eso las quiero tanto.

“Me quedé mirándote:

“—¿No será de alguna que tú has olvidado?

“Me miraste sorprendido. Y yo te miré muy silenciosamente. “¡Que me reconozca, que me reconozca!”

gritaba mi mirada. Pero en tus ojos no había sino una especie de amable e inconsciente sonrisa. Me besaste otra vez. No me reconociste.

“Gané precipitadamente la puerta, pues sentía que las lágrimas se me agolpaban en los ojos y no quería que las vieras tú. En la antesala tropecé con tu sirviente, debido a mi apuro. Se apartó él rápidamente, abrió la puerta dejándome el paso libre, y entonces, en aquel único segundo, ¿entiendes?, en aquel único segundo, al mirar con mis ojos arrasados de lágrimas a aquel viejo, me reconoció, el hombre que no me había visto nunca desde mi infancia. Me dieron ganas de arrojarme a sus pies y besarle las manos. Saqué del manguito los billetes de banco que tú me habías metido y se los dí. Se asustó y tembló; sólo en aquel instante, quizá el viejo me comprendió mejor que tú en una vida entera. Todos, todos los hombres me han querido; todos han sido buenos para mí, menos tú, tú, que me has olvidado; sólo tú, ¡que nunca me has conocido!

\* \* \*

“Mi hijo, nuestro hijo, ha muerto; ahora no puedo querer a nadie en el mundo más que a ti. ¿Pero quién eres tú para mí, tú, que nunca me has conocido, que has pasado cerca de mí como se pasa a la orilla de un arroyo, o sobre una piedra a la cual se pisa; que siempre te vas lejôs y me abandonas en una espera eterna? Una vez pensé poder retenerte a ti, el siempre fugitivo, en tu hijo; pero era muy hijo tuyo: durante la noche me ha abandonado cruelmente para emprender un viaje; me ha olvidado y jamás volverá. Otra vez estoy sola, más sola que nunca; ya no tengo nada, nada de ti, ni el niño, ni una sola palabra, ni un solo recuerdo, y sé que si alguien pronunciase mi nombre en tu presencia no llamaría la atención. ¿Por qué no debo morir alegremente si estoy muerta ya? ¿Por qué no he de abandonarlo todo si tú me has dejado? No, querido, no me quejo, no quiero lanzar mi tormento sobre la alegría de tu casa. No temas que te moleste más; per-

dóname, pero siquiera una vez, en esta hora en que mi hijo está muerto y abandonado, tenía que gritar mi dolor. Era preciso que esta vez hablase contigo; pero en lo sucesivo vuelvo a ser muda, vuelvo a la oscuridad, como siempre, para ti. Pero este grito no llegarás a oírlo mientras esté viva todavía; sólo después de mi muerte recibirás este legado mío, el de una mujer que te ha amado más que nadie y a la que nunca has conocido, el de una que siempre te ha esperado y a la que no has amado nunca. Tal vez, me llames, oír mi grito, y yo te seré infiel por primera vez; no te oíré desde mi tumba; no te dejo ningún retrato, ningún recuerdo, como tampoco tú me lo has dejado; nunca me reconocerás, nunca. Ha sido mi destino en la vida y lo será en la muerte. No te quiero llamar en mi última hora; me marcho sin que sepas mi nombre ni conozcas mi rostro. Me muero en paz, pues, tú te hallas lejos y mi muerte no te hace sufrir. Si te doliese no podría morir.

“No puedo ya continuar escribiendo...; tengo la cabeza tan pesada...; me duele el cuerpo, y tengo fiebre...; creo que tendré que acostarme en seguida. Quizá todo ocurra muy pronto, quizá la muerte se muestre benigna y no me permita ver cómo se llevan al niño... Ya no puedo escribir más. Adiós, querido, adiós, te estoy agradecida... A pesar de todo, todo ha ocurrido bien... Te estoy agradecida hasta mi último aliento. Me siento mejor: te lo he dicho ya todo, lo sabes todo ya — ya no es sólo un pensamiento en ti, — sabes cómo te he amado y este amor no te deja ningún sufrimiento. No notarás mi falta; eso me consuela; nada cambiará en tu vida brillante y gozosa...; no te molesto con mi muerte... eso me consuela, querido mío. ¿Pero quién..., quién te mandará las rosas blancas en tu cumpleaños? ¡Ah, la jarra estará vacía, el tenue aliento de mi vida que allí estaba durante años, se habrá apagado! Oyeme, querido, te lo suplico... Es mi primero y último ruego...: hazme el favor de colocar rosas blancas en la jarra el día de tu cumpleaños. Hazlo, querido, como otros mandan decir una misa por

sus difuntos. Yo ya no creo en Dios y no quiero una misa; creo únicamente en ti, sólo te amo a ti, y sólo quiero continuar viviendo en ti... ¡Ah, sólo un día cada año y muy silenciosamente, como he vivido a tu lado!... Te ruego que lo hagas, querido...; es mi primero y último ruego...; te lo agradezco..., te quiero..., te adoro..., ¡adiós!”.

\* \* \*

Terminó la carta con manos temblorosas. Después reflexionó largamente. En su conciencia se clavó el recuerdo confuso de una niña de la vecindad, de una muchacha, de una mujer en un establecimiento nocturno; pero el recuerdo era indeciso y vago como una piedra que brilla y tiembla en el fondo del agua sin que pueda concretarse su forma. Sombras que van y vienen pero que no dibujan ninguna imagen. Sentía reflejos de antiguos sentimientos pero no recordaba. Era como si hubiese soñado algunas figuras, soñado muchas veces y profundamente; pero sólo en realidad. Su mirada cayó sobre la jarra azul puesta sobre el “secretaire”. Estaba vacía, vacía por primera vez en su cumpleaños. Se asustó. Fué como si alguien invisible hubiese abierto de repente la puerta y una fría corriente de otro mundo atravesara la habitación. Sintió cerca una muerte y un amor inmortal: algo se extendió por su alma, y se quedó pensando en la amante invisible, inmaterial y apasionada, como en una música lejána.

## UNA NOCHE FANTASTICA

Los apuntes siguientes constituían un pequeño paquete lacrado y fueron encontrados en la mesa de escribir del barón Federico Miguel de R... algún tiempo después de que éste, que era teniente de reserva en un regimiento de dragones, hubiera caído en la batalla de Rawaruska en el otoño de 1914. Su familia había examinado sin mayor atención estas hojas, y considerándolas como un ligero trabajo literario me las entregó para ver si valía la pena de publicarlo. Por mi parte, creo que estas hojas no contienen una historia inventada, sino un acontecimiento real y verdadero en todos sus detalles, sucedido al difunto y si bien suprimo el nombre, me propongo publicar su descubrimiento psíquico sin modificación o añadidura alguna.

\* \* \*

Aquella mañana quise, de pronto, apuntar el suceso de esa noche fantástica, para poder abarcar en una so'la mirada todos los sucesos por su orden natural. Y desde ese momento sentí un explicable impulso de traducir en palabras aquella aventura, a pesar de mis dudas de que pudiese, siquiera aproximadamente describir lo extraordinario de los sucesos en cuestión. Carezco de talento artístico, no tengo ninguna práctica literaria y excepto algunos trabajos de pura broma, he-

chos durante mi estada en el Theresianum, nunca he intentado realizar una obra literaria. No sé por ejemplo, si existe una técnica especial por la cual es posible poner orden en las cosas exteriores y al mismo tiempo en su reflejo en la conciencia, e ignoro si se puede hallar la palabra exacta para expresar cada sentimiento y obtener así ese equilibrio que de modo instintivo siento en las obras de los buenos autores. Pero escribo estas líneas únicamente para mí, y no están por eso destinadas a explicar a los demás lo que apenas puedo explicarme a mí mismo. Trátase únicamente de un intento de acabar una cosa que me atormenta, de poder examinarla por todos los lados.

Nunca he contado nada de esto a mis amigos, pues siempre tuve la sospecha de que no podría explicarles bien el asunto, y sentí también cierta vergüenza de revelar que ese asunto me preocupaba tan profundamente. Porque, en realidad, lo sucedido no tiene importancia. Pero apenas comienzo a escribir siento la gran dificultad de inexperto para elegir las palabras con el sentido exacto que deben tener. Al decir que lo ocurrido fué un pequeño suceso, me expreso de modo muy relativo, pues fué pequeño al lado de otros acontecimientos que perturbaban a pueblos enteros: fué relativamente pequeño, también, en un sentido cronológico, pues la tal aventura apenas si duró seis horas. Sin embargo, para mí esa aventura pequeña e insignificante es tan grande, que todavía hoy — cuatro meses después de aquella fantástica noche — me pone en un estado de ardor y tengo que usar de todas mis fuerzas intelectuales para guardarla en mi pecho. Diariamente y a todas horas me la repito en todos sus detalles, pues se ha convertido en el eje de mi existencia; cuanto hago y cuanto digo se encuentra involuntariamente bajo su influencia, y mi pensamiento no se ocupa en otra cosa sino en repetir lo sucedido. En este momento comprendo lo que hace diez minutos, cuando he comenzado a escribir, apenas presentía: que describo lo acaecido para tenerlo fijo delante de mis ojos y vivirlo de nuevo. Me he expresado mal al decir, hace unos



minutos, que deseaba acabar con ello. No, lo que quería y quiero es tenerlo a mi lado todavía de una manera más viva y caliente, para poder recomenzar siempre la aventura. No temo olvidarme ni un solo segundo de esa bochornosa tarde, de esa noche fantástica. No precisa mi memoria ningún aliciente para poder recorrerlo otra vez; lo mismo de día que de noche lo recorro como un sonámbulo, y puedo distinguir cada detalle con una claridad de que sólo es capaz el corazón, y no la débil memoria. Podría dibujar cada una de las hojas vistas en el paisaje de primavera, y ahora, en el otoño, siento aún el aroma tenue de las hojas de castaño. Si describo aquella hora, no lo hago por temor a que se me vaya de la memoria, sino por el placer de vivirla otra vez. Y cuando quiero imaginarme todo lo ocurrido aquella noche por su orden cronológico, tengo que hacer un verdadero esfuerzo, pues todas las imágenes se me agolpan como una borrachera multicolor. Siempre revivo con la misma pasión aquel día 7 de junio de 1913, en cuyo mediodía tomé un coche...

No; no debo detenerme nuevamente, pues la variedad de excepciones de algunas palabras me asusta. Ahora que tengo que contar algo con la debida coherencia, experimento la dificultad de encontrar la forma adecuada. Acabo de escribir la palabra "yo"; he dicho que "yo" había tomado un coche, pero yo no soy yo, en el día de hoy, aquel "yo" del 7 de junio aunque viva todavía en las habitaciones de aquel "yo" de otro tiempo y a pesar de hallarme sentado en su mesa escritorio y escribir con su pluma y con su mano. Por virtud de aquella aventura soy diferente del hombre que fui, del cual veo solamente su aspecto externo; lo veo muy fríamente, como a un desconocido, y puedo trazar sus rasgos como se trazan los de un camarada; es como un amigo de quien sé muchas cosas importantes, pero no soy yo. Podría hablar de él, censurarle o condenarle sin sentir que aquel hombre había sido yo. El hombre que fui en aquella noche difería exteriormente muy poco de todos los de su posición social, que en Viena se llama de la "buena sociedad", sin orgullo alguno,

sino como cosa natural. Tenía treinta y seis años. Mis padres habían fallecido y me habían dejado una fortuna que me dispensaba de elegir una carrera, cosa que ya me había inquietado. Acababa de terminar mis estudios de la Universidad y pensaba, valiéndome de las muchas relaciones de mi familia, entrar al servicio del Estado, cuando heredé la fortuna paterna que me aseguraba una independencia completa y me permitía satisfacer ciertos deseos de lujo. Nunca había sido ambicioso y resolví dejar pasar algunos años en espera de un campo de acción que me conviniese. Así pasaron los años, y como no quería nada extraordinario, y Viena es la ciudad en que mejor pueden matar el tiempo los ociosos, fui olvidando poco a poco mis deseos de buscar una ocupación. Tenía todo lo que podía satisfacer a un joven hidalgo, guapo, elegante y sin ambiciones: el juego, la caza, viajes y excursiones. Empecé gradualmente a dar importancia a tales descubrimientos y a desarrollarlos con cierto gusto artístico. Coleccionaba copas raras de cristal, guiado, a decir verdad, menos por una ínfima afición que por el placer de conquistar ciertos conocimientos de una manera cómoda; adornaba mis habitaciones con algunos grabados italianos y paisajes al estilo de Canaletto, que buscaba en los puestos de viejo y en las subastas públicas, lo cual me procuraba distracciones no peligrosas y llenas, sin embargo, de agradable emoción. Me dedicaba a muchas cosas, siempre con buen gusto; oía buena música y visitaba estudio de pintores. Tampoco me faltaba suerte con las mujeres, y en este terreno me sentía impulsado también por un sentimiento de coleccionista que me procuraba muchas horas hermosas, haciéndome pasar del disfrutar al conocer. Así transcurrían los días, sintiéndome dichoso en aquella tibia atmósfera, e incluso cosas verdaderamente nimias podían darme cierto placer. Por ejemplo, me alegraba una corbata bien elegida, y un buen libro, una excursión en automóvil o una hora pasada en compañía de una mujer, me hacían dichoso. Lo que más me gustaba era que no llamaba extraordinariamente la atención de los demás.

Me juzgaba como un hombre de agradable exterioridad, me querían y la mayor parte de mis conocidos me consideraban un hombre feliz.

No podré decir si aquel hombre se sentía plenamente satisfecho, pues hoy me resulta muy difícil ser imparcial; pero, puedo, en todo caso, afirmar que no me sentía infeliz en esos tiempos, ya que mis deseos se realizaban y la vida me daba lo que yo le exigía. Sin embargo, precisamente esa circunstancia de recibir de la vida cuanto ella quería y de no desear más de lo que ella podía concederme, produjo en mí cierta falta de excitación, y de una manera inconsciente sentía deseos, no de obtener algo de la vida, sino de desear, de desear algo más grande que la vida no pudiera darme, de vivir con mayor intensidad, o tal vez de sufrir. En mi existencia, merced a una razonable técnica, había eludido la resistencia, y la falta de ella debilitaba mi vitalidad. Sentía que disminuían mis deseos, que mis sentimientos empezaban a paralizarse, que — quizá sea esta la expresión más exacta — entraba en una cierta impotencia psíquica, en una incapacidad de tomar posesión de la vida apasionadamente. Me apercibía de ello por pequeños síntomas: faltaba a veces al teatro cuando se representaba una obra sensacional, compraba libros interesantes y no los leía, continuaba coleccionando vasos raros, pero ya sin clasificarlos y sin sentir mayor alegría con el hallazgo de una pieza rara.

Pero la prueba definitiva de mi decaimiento la tuve en una oportunidad de la que todavía me acuerdo muy bien. Habíame quedado durante el verano en Viena — y he aquí otra prueba de mi pereza, al no sentirme atraído por ninguna novedad — y recibí, enviada, una carta de una mujer desde el balneario. Desde hacía tres años estaba en relaciones íntimas con la remitente. En catorce páginas muy excitadas me comunicaba que había hallado un señor a quien quería mucho, que el próximo otoño se casaría con él, y que todo debía terminar entre ella y yo. Se acordaría sin arrepentimiento, antes bien con placer, de las horas que había-

mos pasado juntos, y mi recuerdo la acompañaría hasta el altar como el mejor de su vida. Esperaba que yo le perdonase su repentina decisión. Y decía más: que no debía enojarme con ella ni sufrir demasiado, que no intentara convencerla a cambiar de idea, y que no hiciese ninguna tontería. La carta se hacía más apasionada: yo podría hallar seguramente una mujer más digna que ella, y debía escribirle en seguida para saber ella cuál había sido mi acogida a su carta. Y al final una postdata escrita con lápiz: “¡No hagas ninguna tontería, comprende y perdóname!” Leída la carta quedé, al principio, sorprendido, después sentí cierta vergüenza, y por fin, llegué a asustarme: era el caso que ninguno de los sentimientos que mi antigua querida me atribuía se manifestaban en mi alma. Ni me sentía enojado con ella, ni su resolución me hacía sufrir nada, ni pensaba, en modo alguno en cometer ninguna tontería o intentar convencerla para que cambiase de idea. Y fué esa frialdad de mi ser la que me asustó. Se trataba de una mujer que había vivido algunos años conmigo, cuyo cálido cuerpo se había entregado al mío, cuyo aliento habíase mezclado con el mío durante largas noches; esta mujer me abandonaba y nada en mí se rebelaba, nada se defendía contra ese abandono; no sentía deseos de retenerla: nada de lo que aquella mujer con su puro instinto había supuesto me ocurría.

En este momento comprendía que el ya iniciado pasmo sentimental había hecho progresos, que aquella frialdad de sentimientos tenía algo de cadavérica, aun sin el olor de la putrefacción; pero que era ya ese pasmo helado y cruel que precede a la muerte. Desde ese momento empecé a observar la paralización de mis sentimientos como un enfermo observa su enfermedad. Cuando algo más tarde se murió un amigo, me puse a inspeccionarme junto al ataúd para ver si un sentimiento de tristeza se despertaba en mi interior, pensando en el difunto que me había sido familiar desde los primeros días de mi infancia. Pero no me conmovía nada, y me dió la impresión de estar hecho de cristal, a través del cual pasaban las cosas sin quedarse jamás

en su interior. A pesar de los esfuerzos que realizaba, nunca recibía de lo íntimo de mi ser una respuesta. Los hombres me abandonaban, venían y se me iban las mujeres, y yo me hallaba como quien contempla el resbalar de la lluvia por los cristales de las ventanas; entre yo y las cosas inmediatas se interponía un tabique de vidrio que yo no tenía suficiente fuerza para derrumbar.

Aunque percibía claramente mi estado, ello no me causaba ninguna inquietud, pues, como ya he dicho, aceptaba con toda indiferencia hasta las cosas que a mí se referían de manera inmediata. No tenía suficiente caudal sentimental para sufrir. Me bastaba con que aquel defecto psíquico no se manifestase al exterior, lo mismo que nadie quiere que la impotencia viril se manifieste en algunos segundos de intimidad, y a menudo dejaba de acudir a ciertas reuniones so pretexto de una falsa pasión o exagerando una inclinación espontánea, con el fin de ocultar mi intimidad indiferente y muerta. En lo externo continuaba viviendo como antes, sin ningún cambio de rumbo; iba pensando semanas y meses, convirtiéndose, finalmente, en años. Una mañana, hallándome delante del espejo, observé unos mechones grises en las sienes y comprendí que mi juventud quería irse a otro mundo. Pero lo que llamaban los demás juventud, para mí había pasado hacía ya mucho tiempo. No sentía, pues, despedirme de ella, ya que carecía de la suficiente fuerza espiritual para desear mi propia juventud. Mis sentimientos callaban tercamente aún delante de mí mismo. Debido a esta parálisis moral, los días se me iban haciendo uniformes a pesar de lo variado de mis ocupaciones y de los sucesos, e iban transecurriendo uno tras otros, marchitándose como las hojas de una flor. De esta manera monótona empezó el día 7 de junio. Me había levantado más tarde que de ordinario, me había bañado, leído el periódico, hojeado algunos libros y, alentado por el caluroso día estival que penetraba en mi habitación di un paseo atravesando, como de costumbre, el gran Granbenkorso; durante el paseo cambié algunos saludos

con gente conocida, o tuve una pequeña conversación con alguien, y almorcé en casa de unos amigos. No había aceptado ninguna invitación para la tarde, pues me gustaba disponer algunas horas libres durante el domingo para dejarme llevar por caprichos espontáneos. Cuando salí de casa de mis amigos y pasé por Ringstrasse, sentí con satisfacción la belleza de la ciudad llena de sol y me alegraron sus galas estivales. Los hombres me parecían también gozosos y enamorados del domingo; muchas cosas llamaron mi atención, y muy especialmente los árboles con su nuevo traje verde, erguidos sobre el asfalto de las calles. A pesar de que pasaba por allí casi diariamente, fué aquella la primera vez que noté tal movimiento dominical y, de repente, sentí el deseo de ver más de aquel verde, de aquella claridad y de aquella variedad de colores. Me acordé del Prater, en el que los robustos árboles estaban formados como lacayos a los lados de las grandes avenidas por las que pasaban majestuosamente los coches, árboles que ofrecían a los paseantes sus corazones blancos de flores. Acostumbrado a satisfacer en seguida todos mis deseos, llamé al primer coche que encontré, y le di la dirección del Prater. “A las carreras de caballos, señor barón, ¿verdad?, preguntó el cochero con un tono sencillo y servicial. Recordé entonces, que aquel día se celebraba una carrera muy elegante, una especie de prueba de “Derby”, donde toda la buena sociedad de Viena se reunía. “Es curioso, — pensé — hace pocos años no me hubiera sido posible olvidar este día”. Volví a sentir nuevamente la parálisis afectiva.

El paseo principal se hallaba casi vacío, pues la carrera debía haber comenzado, y faltaban especialmente los coches de lujo; sólo algunos vehículos de alquiler pasaban rápidamente, como queriendo alcanzar a alguien que de ir más despacio se les escaparía. El cochero me preguntó si debía ir más de prisa; le respondí que no, pues nada me importaba llegar tarde. Había presenciado demasiadas carreras y visto muchos hombres a los que no daba importancia, y prefería el

bamboleo del coche a través del aire azul, contemplando los grandes y bellos castaños que entregaban, a veces, algunas flores blancas al viento, que les hacía volar antes de dejarlas caer en el camino. Era muy agradable sentir así, con los ojos cerrados, la primavera: era agradable avanzar así sin esfuerzo, y me produjo un cierto malestar la parada del coche a la entrada del Freudenau. Sentí el capricho de seguir aquel paseo delicioso, pero ya era demasiado tarde: el coche se había detenido a la entrada del hipódromo. Oía el rumor como de un mar que partía desde atrás de las tribunas, sin alcanzar a ver la multitud que lo producía, y de un modo casi inconsciente me acordé de Ostende, cuando al subir del barrio bajo a la playa, se siente el viento salado y se oye un denso retumbar antes de que la mirada pueda apreciar la ancha superficie gris con sus tronantes alas. Precisamente en aquel momento me había detenido a la entrada del hipódromo. Oí el rumor como si los caballos estuviesen cruzando como relámpagos, y ante mi persona, se interponía una atmósfera zumbadora de espectadores y jugadores, que se agitaban como excitados por una tempestad interior. No podía ver el campo, pero me daba cuenta de cada fase de la carrera por el momento de la excitación en la muchedumbre. Seguramente los jinetes habían salido del "star" y debían ya de haberse separado, pues de la multitud salían gritos y nerviosas llamadas. La inclinación de las cabezas espectadoras me indicaba las curvas; como un solo cuello la masa se inclinaba tenosamente hacia un punto invisible para mí, y de ese cuello brotaban mil gritos dispersos en una rompiente cada vez más alta. Y esa rompiente se elevaba y aumentaba hasta llenar todo el espacio. Contemplé algunos rostros: aparecían desfigurados como por un calambre interior, los ojos fijos y brillantes, los labios apretados, la barba en un avance ávido, abiertas las aletas de la nariz. Me resultaba cómico y terrible ver aquellos ebrios que no tenían ningún dominio sobre sí mismos. A mi lado, en una butaca, se hallaba un señor elegantemente vestido que, en cualquier otro momento

normal, tendría seguramente una cara agradable; pero en ese instante se irritaba como poseído de mil demonios, agitaba en el aire su bastón, como si quisiera comunicar impulso a alguien, y todo su cuerpo — la cosa resultaba muy ridícula en un espectador — imitaba los movimientos de la carrera. Se balanceaba en la butaca como si estuviese sobre unos estribos, no cesaba de agitar el bastón y en su mano izquierda arrugaba nerviosamente un papel blanco. Por todas partes se veían papeles blancos semejantes, como si fuesen la espuma de aquel mar agitado. De repente, debieron de juntarse algunos caballos en una curva, pues el rumor del público se condensó en tres o cuatro nombres que partían de los distintos grupos. Esos nombres parecían ser válvulas del público y demoníaco delirio.

En medio de aquella furia colectiva permanecía yo frío como una roca en el mar retumbante, y todavía hoy puedo decir lo que sentía en esos momentos: en primer lugar, el ridículo en que se ponía aquella gente grotesca y un irónico desprecio de tan plebeya explosión; pero también otra cosa que no tenía más remedio que confesarme a mí mismo: envidia de esa excitación, envidia de los pechos en que se podían producir tales pasiones, de la vida que se encerraba en esa especie de fanatismo: ¿Qué tendría que suceder — pensaba yo — para excitarme a mí en tal forma, para producirme una fiebre así, para hacer que mi cuerpo ardiese y que de mi casa saliesen gritos semejantes? Por la posesión de ninguna suma de dinero podría excitarme de aquella manera, no existía mujer alguna que pudiera romper el hielo de mi alma; ante una pistola cargada, mi corazón no podría latir en forma tan salvaje como el de aquellos miles de personas por un puñado de dinero. Uno de los caballos debían estar muy cerca ya, pues millares de voces pronunciaron el mismo nombre, y, de pronto, se callaron. La música comenzó a tocar, y la multitud a dispersarse. Había terminado la primera carrera, la lucha estaba decidida, y la excitación se atenuaba y se hacía más rítmica. La multitud íbase dividiendo en pequeños gru-



pos que charlaban y reían, y en lugar de las carátulas crispadas podían verse rostros sosegados; del agitado caos se disgregaban grupos de la buena sociedad, gente que se conocía entre sí, se saludaba correctamente, se miraba y se criticaba. Las mujeres se examinaban las nuevas "toilettes"; de los ojos de los hombres partían ávidas miradas, y la curiosidad, que siempre es una ocupación de los ociosos, iba ganando adeptos; la gente se buscaba, cambiaba impresiones, observaba la elegancia de unos y otros, y no se sabía si era la carrera o aquella distracción del descanso lo que le había llevado hasta allí. Paseaba yo por en medio de todo aquel trajín, haciendo algunos saludos y respirando perfumes y elegancia — que eso era la atmósfera de mi vida — y sintiendo con deleite aún mayor la ligera brisa que llegaba del Prater, ese bosque caliente, cuyas ondas penetraban por entre la multitud, palpando voluptuosamente la muselina blanca de los vestidos femeninos. Algunos conocidos trataron de charlar un rato conmigo; Diana, una bella actriz, me saludó desde su palco, invitándome. Pero no fui, pues no me interesaba conversar con esa sociedad mundana; me irritaba ver en él, como en un espejo, mi propia cara; deseaba únicamente contemplar el espectáculo general y la agitación de la multitud, ya que para un hombre desinteresado es siempre interesante ver la excitación ajena. Pasaban algunas mujeres bonitas, y yo, insolentemente, clavaba mi vista en sus pechos y sonreía notando la turbación medio penosa, medio desagradable que les producía el verse tasadas así y mentalmente desnudas. Pero en verdad, ninguna me excitaba. A cada uno de sus pasos temblaban sus pechos bajo los finos tejidos. Me divertía este juego, pues ya se sabe que a quien se halla íntimamente frío le causa placer despertar en los demás sentimientos eróticos, ardor e inquietud. A mí me gustaba sentir únicamente la periferia del calor que crea la voluptuosidad alrededor de las mujeres, pero no el verdadero ardor; me agradaba la animación, pero no la excitación. Y así, en aquel paseo, aceptaba miradas que devolvía como pe-

lotas y palpaba con mis ojos a las mujeres, sin que realmente me impresionaran, deseando solamente sentir algún rayo de aquella voluptuosidad tomada a juego.

Pero, en seguida, me aburrí. Pasaban siempre las mismas personas, y al poco tiempo conocía ya de memoria todas las caras y todos los gestos. Cerca de mí había una butaca. Me senté y a mi alrededor comenzaron a agitarse nuevamente, a algunos grupos, las personas tropezaban unas con otras; probablemente iba a comenzar, una nueva carrera. No me importaba nada; me encontraba bien sentado mirando el humo de mi cigarrillo, que se elevaba hacia el cielo, volviéndose cada vez más transparente, hasta desaparecer como una pequeña nube de primavera. En ese instante empezó el extraordinario suceso, ese único suceso que todavía hoy ejerce influencia sobre mi vida. Puedo precisar perfectamente, el momento, pues en ese instante miraba mi reloj; las agujas se cruzaban y yo las seguía con la curiosa atención de la ociosidad.

Eran las tres y quince minutos de aquella tarde del 7 de junio de 1913. Con el cigarrillo entre los dedos, fijaba mi atención en el reloj, profundamente absorbido por aquella contemplación infantil. A mis espaldas, y muy cerca de mí, oí reír a una mujer. Era una risa aguda y excitada, como me gusta en labios de mujeres; esa risa que sale, caliente y asustada, del ardiente bosque de la voluptuosidad. Casi involuntariamente quise dar vuelta la cabeza para ver a aquella mujer, cuya risa había penetrado en mi contemplación con la insolencia de una piedra en un tanque sucio. Pero, en seguida, cambié de intención. Me detuve en espera del placer — muchas veces sentido — de un cierto juego o experimento psicológico. No quise ver a la mujer que reía sin antes figurármela en mi imaginación, sin representarme mentalmente su cara, su boca, su garganta, su nuca, su pecho; quería construir una mujer entera sobre aquella risa. Debía estar muy cerca de mí. La risa se había trocado en una conversación. Escuché atentamente. Hablaba de prisa y con un ligero

acento húngaro, pronunciando largamente las vocales, como en una canción. Me resultaba divertido unir aquella voz a una figura gruesa. La doté de cabello negro, ojos negros, labios gruesos y sensuales, dientes blancos y fuertes, y vibrátiles las alas de la nariz. Puse en una de sus manos una fusta, con la que daba golpecitos sobre una de sus piernas. Seguía hablando y a cada palabra mi fantasía le agregaba un detalle: pechos pequeños, de adolescente; vestido verde oscuro con un broche de diamantes, colocado oblicuamente; sombrero claro con una pluma blanca. Su imagen me parecía cada vez más clara, y la sentía en mi pupila como sobre una placa fotográfica impresionada. Pero todavía no quería volver el rostro, deseaba persistir en el juego, y cierta voluptuosidad se mezclaba en mis sueños; cerré los ojos con la convicción de que al abrirlos, vería a aquella mujer tal y como la había imaginado.

En este momento avanzó ella. En el acto abrí los ojos... y me disgusté. Era completamente distinta de lo que me figuraba. No llevaba vestido verde, sino blanco; era más fuerte que esbelta, y el cabello, lejos de ser negro, brillaba con un color bermejo. Ninguno de los rasgos que le había atribuído estaba de acuerdo con el original. Aquella mujer era hermosa, tenía una seductora belleza, a pesar de que yo, ofendido en mi amor propio de psicólogo, me negaba a reconocerlo así. La miré de manera casi hostil; pero aun resistiéndome, no podía menos de sentir el encanto que de ella emanaba, y su hechizo imperioso y animal. Volvió a reír alto, enseñando sus fuertes y blancos dientes, y tuve que reconocer que esa risa voluptuosa estaba de acuerdo con la exuberancia de toda su persona; todo en ella era ansiedad: su pecho, su pronunciado mentón, su mirada aguda, la nariz aguileña, la mano que sujetaba con firmeza la sombrilla. Ella era la personificación de la feminidad, una fuerza elemental, una encarnación de la sensualidad. A su lado estaba un joven oficial. Ella le escuchaba, se reía y le contradecía; pero todo ello como algo secundario, pues pasea-

ba su mirada por todas partes: paladeaba los saludos, las sonrisas y las miradas de todos los presentes. Movía sus ojos incesantemente; buscó las tribunas y un instante más tarde saludó a alguien; en seguida se puso a mirar a derecha e izquierda. Únicamente a mí, oculto por su compañero, no me había visto aún. Me puse de mal humor. Me levanté, y tampoco me vió aún. Me acerqué, y ella se puso a mirar a las tribunas. Entonces avancé resueltamente hasta ella, me quité el sombrero y le ofrecí mi butaca. Me miró algo asombrada, pasó por sus ojos un brillo sonriente, y sus labios se fruncieron como para reír. Agradeció lacónicamente mi ofrecimiento y aceptó la butaca, pero sin sentarse. Se limitó a apoyar sobre el respaldo su brazo desnudo y bien redondeado.

Mi enojo por mi fracaso como psicólogo se había desvanecido y me excitaba el coqueteo con aquella mujer. Retrocedí hasta la pared de la tribuna, desde donde podía mirarla fijamente sin llamar la atención de los demás, me apoyé en el bastón, y mis ojos buscaron los suyos. Ella lo observó, se volvió un poco hacia mí, simulando un movimiento muy natural, y no se puso a la defensiva; me respondió, aunque sin comprometerse en lo más mínimo. Incesantemente paseaba su mirada en sentido circular, la hacía pasar por todo y por todos, pero sin fijarla en ningún punto; aquella sonrisa negra de sus ojos, ¿era solamente para mí, o se la concedía a todos? No lo podía distinguir, y la inseguridad me irritaba. En algunos intervalos su mirada ardiente caía sobre mí llena de promesas, y sus pupilas de acero brillante aceptaban las que sobre ella recaían, todo por pura complacencia en el coqueteo. Parecía hallarse siempre pendiente de la conversación de su acompañante.

¿Era aquello un virtuosismo de coqueta, o la evaporación de una sensualidad de sobra? Involuntariamente avancé unos pasos; su avidez, al mismo tiempo voluptuosa y fría, me habían penetrado. Dejé de mirarla a los ojos. Mi mirada recorrió su cuerpo, desnudándolo. Ella seguía el recorrido de mi vista sin darse

por ofendida, y proseguía su charla con el oficial; pero por su modo de sonreír comprendí que se había hecho cargo de mi intención. Cuando miré uno de sus pies, que salían por debajo del vestido blanco, también ella bajó la vista. En seguida, como distraídamente, levantó el pie y lo puso sobre un travesaño de la butaca, de tal modo que yo veía a través del fino vestido la media hasta la rodilla; simultáneamente sonrió a su acompañante de un modo que me pareció irónico. Probablemente ella aceptaba el juego sin gran interés, como me sucedía a mí. Pero me llenó de rabia el observar que, mientras en una especie de falsa confianza, me descubría el incentivo de su cuerpo, parecía engolfarse voluptuosamente en el amoroso cuchicheo de su compañero, todo por "sport". Aquello me irritaba; detestaba los procedimientos fríos y malignos de la sensualidad calculadora porque esos métodos se asemejaban a los míos. Pero estaba excitado y me aproximé con arrogancia: "Te deseo, lindo animal", decían mis miradas, y se entreabrían los labios para pronunciar las mismas palabras. Se sonrió, volvió la cabeza y cubrió el pie con el vestido nuevamente hacia mí. Era, por cierto, una enemiga digna de mí, y ambos jugábamos fríamente, aunque bajo la influencia de un extraño fuego. Ella no era más que un fuego pintado pero agradable de ver, y aquello un alegre entretenimiento en medio de la pesantez del día.

Pero, de pronto, se borró la expresión animada de su cara, apagóse el brillo de sus ojos, y un leve gesto de enojo rodeó su boca: un señor pequeño y grueso se aproximó con paso rápido, secándose con un pañuelo la cara y la frente, húmedas de excitación. El sombrero oblicuamente colocado dejaba ver su calva. En su mano, cuyos dedos tenían algunas sortijas, llevaba un montón de boletas. Resoplaba agitado, y sin hacer caso de su mujer, habló en voz alta, en húngaro, con el oficial. Reconocí en él a un enfático admirador de las carreras, una especie de tratante de caballos de categoría superior, para quien el juego era el único éxtasis. La cima de lo sublime. Probablemente su mujer le había

amonestado, pues se colocó bien el sombrero, le sonrió a ella con jovialidad y le puso una mano sobre el hombro. Ella, llena de ira, enarcó las cejas, sintiendo, al parecer, repugnancia de la intimidación conyugal que le resultaba desagradable en presencia del oficial y de mí. El marido pareció disculparse con algunas palabras en húngaro al oficial; éste respondió con una sonrisa cortés. Sumiso el marido, tomó del brazo a su esposa. Comprendí que ella estaba avergonzada de tal intimidación, y se apoderó de mí un sentimiento de ironía y de repugnancia. Pero ella se había ya dominado, apretaba tiernamente el brazo de su marido, y la mirada que me lanzó, parecía decir: “¿Lo ves? El me posee y tú no”. Yo estaba irritado y disgustado. Me entraron ganas de darle la espalda y continuar mi camino, dándole a entender que la mujer de un hombre gordo y ordinario no me interesaba. Pero su incentivo era demasiado fuerte e hizo que me quedase.

En este momento sonaba la señal aguda del “start”, y, de pronto, la multitud, que había permanecido quieta y charlando, se convirtió otra vez en un mar que se precipitaba hacia la barrera. Me esforcé para no ser arrastrado por aquella ola humana pues quería quedarme cerca de ella, para cuando fuese favorable la ocasión, soltarle alguna arrogancia o tener una insolencia cualquiera, y conseguí no apartarme de su lado. Su esposo quiso pasar junto a mí para tomar buen sitio en la tribuna, y tropezamos con bastante violencia. Su sombrero cayó al suelo y sus boletas volaron por todas partes como mariposas verdes, rojas, amarillas y blancas. Me miró unos instantes fijamente. Iba, mecánicamente, a disculparse, pero un deseo avieso selló mis labios; le miré a mi vez fríamente y con cierta ofensiva provocación. En sus ojos se pintó la ira, pero los bajó cobardemente ante mi mirada. Con un miedo que conmovía, me miró de nuevo y se volvió. Se acordó de pronto de sus boletas, y se agachó para recogerlas. La mujer, presa de evidente odio, me miró también, lanzando chispas por sus ojos. Sentí, no sin cierto placer, que tenía ganas de pegarme. Pero permanecí impassible,

sonriendo arrogantemente y sin moverme para ayudar a su marido que, sudando, buscaba por el suelo sus boletas. En aquella postura parecía una gallina; mostraba su gruesa nuca encarnada y podía escucharse su respiración asmática. Viéndolo así, me asaltó un pensamiento muy poco estimulante; imaginé a aquel animal en mayor intimidación con su mujer, y no pude menos de reírme. Ella dominaba con mucha dificultad su ira. Por fin yo había descubierto un sentimiento auténtico en ella: odio, ira infinita. Tuve el capricho de prolongar aquella escena; con un frío placer vi cómo él se fatigaba recogiendo una boleta tras otra. Tenía yo los diablos en el cuerpo, y debía de contenerme para no reír a carcajadas. Me daban ganas de hacer cosquillas con el bastón a aquella masa roja de carne, que se movía a mis pies, y sentía una gran satisfacción de ver humillada la soberbia de su esposa. El infeliz había encontrado ya todas sus boletas, menos una azul, que estaba delante de uno de mis pies, y la buscaba inútilmente con sus ojos miopes, entre los que se balanceaban los lentes sobre la nariz sudorosa. Mi malicia aprovechó la circunstancia para prolongar la escena. Adelanté el pie y pisé el papelito, haciendo que le fuera imposible encontrarlo. Él buscaba y buscaba, contaba los que tenía en su mano y seguía buscando; pero, naturalmente, le faltaba siempre uno, el que estaba debajo de mi pie. Quería seguir buscándola, pero su esposa, en un tono furioso, sintiéndose mirada irónicamente por mí, perdió la paciencia: “¡Lajos!”, dijo con voz imperiosa, y él se levantó como un caballo al sonido de la trompeta; echó por última vez una mirada al suelo y siguió dócilmente a su mujer, que se apuró para alejarse de mí.

Me quedé sin ninguna gana de seguirle. El episodio había terminado para mí; el erotismo se había convertido en hilaridad, se me había pasado toda excitación y no me quedaba más que el hartazgo de una malicia satisfecha. La gente se aglomeraba, comenzaba la agitación, y la multitud, como un mar sucio, se apretujaba contra la barrera. Yo apenas miraba todo aque-

llo: no me interesaba. Pensé salir para dar un paseo hasta Kriau o volverme a casa; pero al mover el pie vi la boleta azul olvidada en el suelo. La tomé y la tuve entre los dedos, sin saber qué hacer con ella. En el primer instante se me ocurrió ir a entregársela a "Lajos", lo cual me daría ocasión de comenzar de nuevo el juego; pero la mujer había dejado de interesarme, y me repugnaba la sola idea de compartir su carne con aquel hombre que me producía asco.

La butaca estaba allí olvidada y sola. Me senté y encendí un cigarrillo. Ante mis ojos, la multitud se animaba; yo no atendía; pues, como todo lo que se repite, no despertaba ya mi curiosidad. Seguía con los ojos el humo de mi cigarrillo, pensando en la Gilfpromenade en Meran, donde había estado dos meses antes contemplando la cascada. Aquello era como esto: aquí también se oía un zumbido que ni calentaba ni refrescaba. Ahora la pasión del juego había llegado al crescendo; de nuevo las sombrillas, los sombreros, los pañuelos parecían sobre la multitud la espuma en lo alto de la rompiente. Nuevamente se oyó la confusión de voces, entre las cuales se destacó un grito. Un grito de mil bocas, de diez mil bocas, agudo, extático y desesperado: "¡Cressy! ¡Cressy!", y, en seguida, todo se calmó — la misma pasión se hace monótona al repetirse. — Empezó a tocar la música y a dispersarse la multitud. Se elevaban las grandes pizarras con los nombres de los vencedores. En primer lugar aparecía un siete. Involuntariamente miré la boleta azul, que tenía olvidada entre mis dedos. En ella también aparecía un siete. Me eché a reír. Aquella boleta había ganado; el buen "Lajos" había apostado con acierto, y mi malignidad había robado el dinero a ese marido gordo. Me llené de buen humor y tuve curiosidad por saber la suma en que le había perjudicado con mi intromisión. Por primera vez miré bien el papel: era de veinte coronas y "Lajos" lo había puesto al ganador. Tal vez se tratase de una cifra relativamente importante. Sin pensar más, y guiado únicamente por mi curiosidad, fuí a la caja. Me puse en la cola, presenté



la boleta en la ventanilla, y dos manos de alguien a quien no pude ver, me entregaron nueve billetes de nueve coronas cada una.

En ese instante, al entrar en posesión del dinero, del dinero auténtico, se me quedó la risa en la garganta. Tuve un sentimiento de desagrado. Sin querer, mis manos se encogieron para no tocar el dinero ajeno. Sentí el deseo de dejarlo sobre la plancha de mármol; pero, detrás de mí la gente empujaba, impaciente por cobrar sus ganancias. No me quedaba, pues, otro recurso que tomar el dinero con la punta de los dedos; los billetes quemaban como llamas azules en mis manos. Comprendí lo desagradable de mi situación. Contra mi voluntad, la broma se había convertido en algo que no debía ocurrirle a un "gentleman", a un oficial de la reserva, y vacilé para pronunciar el verdadero calificativo de aquello. Porque ese dinero no era producto de una broma, sino de un robo.

En torno mío se mezclaban las voces; la gente empujaba contra la caja y yo me encontraba todavía inmóvil, con los dedos apretados, en medio de aquel barullo. ¿Qué hacer? Primero pensé en lo más natural: buscar al verdadero dueño, entregarle el dinero y disculparme. Pero no era posible, y mucho menos ante ese oficial. Por mi parte, era oficial de reserva, y mi comportamiento podía costarme el grado, ya que aunque hubiese encontrado casualmente la boleta, su cobro no hubiera dejado de ser ilegal. Pensé también en tirar los billetes, pero podía llamar la atención. Sin embargo, no quería de ningún modo quedarme con aquel dinero ni meterlo en la cartera. El sentimiento de honradez que me dominaba desde mi infancia no me permitía tocar esos billetes. "¡Deja ese dinero!" — gritaba algo dentro de mí, y mirando a mi alrededor vi cómo la gente se apretaba de nuevo contra la caja, llevando en las manos, no boletas, como antes, sino dinero. Se me ocurrió una idea: meter el dinero allí de donde había venido; abandonarlo nuevamente a la malicia del destino; eso sería lo mejor. Corrí a la caja. Delante de mí había dos hombres. Me acordé de que

no sabía los nombres de los caballos ni sus números. Los que estaban delante hablaban entre sí, y me puse a escucharlos ansiosamente.

—¿Usted juega a “Ravachol”? — preguntó uno.

—¡Naturalmente, a “Ravachol”! — contestó el otro.

—¿No cree usted que “Teddy” tiene posibilidad?

—¿“Teddy”? Nada de eso. En la última carrera ha sido un tremendo fracaso. Era un “bluff”.

Como un sediento bebí esas palabras. ¿De modo que “Teddy” tenía pocas probabilidades? ¿Que “Teddy” no podría ganar? Puse el dinero sobre la plancha de mármol y aposté por “Teddy”. Una mano me arrojó algunas boletas. Me hallé con nueve de color rojo-blanco. No me había pasado todavía ese sentimiento de desagrado, pero al menos los boletos no me quemaban tanto como el dinero.

Me sentía aliviado; ya no tenía el dinero, que seguramente estaba perdido, y el asunto volvía a convertirse en una broma. Me senté otra vez en mi butaca y empecé a soplar el humo del cigarrillo. Pero no me quedé allí mucho tiempo. Me levanté y me senté de nuevo. Cosa curiosa: cierta inquietud, una especie de nerviosidad me dominaba. Pensé, al principio, que aquello se debía al posible y desagradable encuentro con “Lajos” y su mujer; pero, ¿cómo podrían ellos suponer que yo había recogido la “boleta”? Ahora la agitación de la multitud me interesaba. Seguí sus movimientos y miraba con cierta impaciencia si la bandera que daba la señal del comienzo de la carrera se hacía visible. Ahora me di cuenta de lo que sentía: impaciencia por que se iniciase la carrera, para acabar definitivamente con aquella historia.

Pasó un muchacho con periódico deportivo. Compré un programa y comencé a leerlo. Entre otros muchos nombres y raras expresiones hallé también el nombre de “Teddy”. Sabía ya por el programa el nombre del “jockey”, del propietario del caballo y de sus colores: blanco y rojo. ¿Por qué me interesaba todo eso?

Malhumorado me levanté, tiré el programa y me volví a sentar. Sentí calor y tuve que enjugarme la

frente. También el cuello me apretaba. Y la carrera no se largaba aún.

Al fin se dió la señal, la gente corrió hacia la barrera y yo sentí que dicha la señal, me había hecho el efecto de un despertador. Me levanté rápidamente, y con las boletas entre los dedos corría, también con los demás, temeroso de llegar demasiado tarde. Alcancé la barrera atropellando brutalmente a la gente, y una vez allí, tomé una butaca, en la que ibo a sentarse una señora. Me apercibí de mi grosería, pues, la señora me miró de una manera extraña — era una conocida mía, la condesa de R.; — pero no hice caso y me puse de pie sobre la butaca, para poder ver bien todo el campo.

Allí, en un sitio verde, estaban los caballos, sujetos por los “jockeys”, que parecían polichinelas. Trataba de reconocer el mío, pero mis ojos eran muy poco expertos y no podían distinguir el rojo-blanco entre tantos colores. En este momento, se dió la segunda señal, y como siete flechas policromas entraron los jinetes en el campo. Debía ser espléndido mirar con sangre fría el braceo elegante de los caballos; pero yo no sentía nada de eso: únicamente hacía esfuerzos desesperados por reconocer mi caballo y su “jockey”, y lamentaba no haber traído gemelos.

A pesar de esos esfuerzos, no pude ver otra cosa que varios insectos de diversos colores, formando una masa que, poco a poco, iba cambiando de forma, y que ahora, en la curva, terminaba por delante en punta, y también por detrás con un retraso. Tres de los caballos estaban pegados como pedazos de papel, e inconscientemente me puse de puntillas, como si pudiera empujar a aquellos cuerpos tendidos y aumentar su velocidad.

En mi derredor, la excitación se acrecentaba. Algunos habían reconocido ya sus caballos en la curva. A mi lado estaba un espectador con las manos extendidas frenéticamente. Al ver avanzar a una de las cabezas de caballo, gritó con voz aguda: “¡Ravachol!”, ¡“Ravachol!”

Pude ver que, en realidad, el “jockey” de aquel ca-

ballo tenía un brillo azul y me dió ira que no fuera el mío. Otra vez aquel vecino repugnante volvió a gritar: “¡Ravachol”!, ¡“Ravachol!””, y me dieron ganas de aplicarle un puñetazo en la boca abierta. Temblaba de ira y sentía que era capaz de cometer una insensatez en ese momento. Pero cerca del primer caballo iba otro. Acaso fuese “Teddy”, acaso, acaso... y la esperanza me hacía recobrar los ánimos. Y lo cierto es que un brazo que el jinete dejaba caer, despedía un brillo rojo. ¡Podía ser, debía de ser! ¡¡Debía de ser! Pero ¿por qué no espoleaba más al caballo? ¡Ladrón! ¡Ahora lo castiga con el látigo! ¡Otra vez! ¡Más! Ya ha alcanzado, al primer caballo. Todavía queda un trozo. ¿Por qué “Ravachol””? ¡“Ravachol””? ¡No, nada de “Ravachol”, nada de “Ravachol”! ¡“Teddy”! ¡“Teddy”! ¡Adelante! ¡“Teddy”! ¡“Teddy”! Sentí un choque. ¿Qué era? ¿Quién gritaba? ¡“Teddy”! ¡“Teddy”! ¿Yo mismo había sido? Me impresioné en medio de mi pasión. Quise dominarme, y, en medio de mi fiebre, sentí cierta vergüenza. Pero no podía perder de vista a los dos caballos, que avanzaban como pegados. Uno era “Ravachol”, pero el otro debía ser “Teddy”, pues otra vez empezaban a gritar su nombre y, a mí, que durante un segundo había estado despierto, aquellos gritos me sumergían nuevamente en la pasión. Debía ganar, y no había duda de que ahora otra cabeza, la del caballo que tapaba “Ravachol”, avanzaba; se vió el cuello, y en ese momento sonó un timbre y un único grito de alegría, de desesperación, y de ira, se levantó una fracción de segundo más tarde. Durante un segundo, el nombre deseado llenó el cielo azul. Se hizo el silencio, y en alguna parte empezó a tocar la música.

Sofocado y empapado en sudor, con fuertes latidos de corazón, bajé de la butaca. Tuve que sentarme unos instantes, tan turbado me sentía en mi entusiasta excitación. Estaba en una especie de éxtasis que nunca había conocido, una alegría insensata de que la suerte obedeciera como una esclava a mi provocación, inútilmente trataba de convencerme que todo había sido fortuito y contra mi voluntad y que yo había querido per-

der el dinero. No me creía a mí mismo, y sentía algo que me empujaba, ya sabía a dónde: deseaba palpar mi victoria, tomar el dinero ganado, los billetes azules, muchos billetes. Sentía una malsana alegría, y ningún poder se defendía en mí. Apenas me levanté, corrí a la caja buscando brutalmente un camino entre el gentío, con el único objeto de apropiarme del dinero: “¡Mal ganado”, decía alguien tras de mí. Yo lo oía, pero no me volvía, y temblaba de morbosa impaciencia. Por fin me llegó el turno, y lleno de ansiedad, mis manos tomaron el montón de billetes azules. Tembloroso y entusiasmado, me puse a contarlos. Eran seiscientas coronas.

Di un salto: ahora a continuar jugando, a ganar dinero, mucho más. ¿Dónde tenía el programa? ¡Ah, lo había tirado! Miré a mi alrededor para comprar otro, y noté con horror que la multitud disminuía, que todo el mundo tomaba la dirección de la salida, que las cajas se cerraban y la bandera bajaba. Las carreras habían terminado. Aquella había sido la última. Permanecí inmóvil durante un instante, y sentí la misma ira que si alguien me hubiese perjudicado injustamente. No podía conformarme con que todo hubiera acabado, entonces, que mis nervios estaban ya en tensión y ardía en mí la fiebre del juego. Pero era irremediable, y mi deseo, que trataba de engañarme, hubo de disiparse ante la lenta desbandada del público. Fué el momento en que reconocí lo ridículo de mi situación; tomé mi sombrero — el bastón lo había dejado olvidado en algún sitio — y salí. Se me acercó un “groom”, gorra en mano. Le di el número de mi coche, que él gritó en medio del barullo, y el coche apareció. Indiqué al cochero que recorriese lentamente por el paseo principal, pues en aquel instante en que se me refrescaba la sangre, quería pasar una revista a cuanto había ocurrido. Deseaba ver nuevamente en mi interior cada una de las escenas. En tal instante se aproximó otro coche; miré inconscientemente y volví de nuevo la cabeza. Iban en el coche la mujer y su grotesco marido. No me habían visto, pero yo sentía algo que me ahogaba. Me

daban ganas de ordenar al cochero que castigase a los caballos para alejarme de prisa.

Mi coche pasaba suavemente entre los otros, que parecían canastillas de flores con sus policromas cargas de mujeres, corriendo junto a los bordes verdes del paseo. Suave y dulce era el aire, y de vez en cuando corría una ligera brisa refrescante. Pero me había pasado toda la sensación agradable: el encuentro con aquel hombre, víctima del robo, me había causado una impresión penosa. Había penetrado en mí como una corriente de aire frío a través de una rendija. Pensé de nuevo en todo lo sucedido, y esta vez no pude comprenderme a mí mismo: yo, un "gentleman" de la mejor sociedad, oficial de la reserva, me había quedado con el dinero encontrado, lo había metido en mi cartera, y todo ello con una alegría que no admitía disculpa. Yo, que hacía una hora era un hombre correcto e irreprochable, había robado. Ahora era un ladrón. Y con el fin de atemorizarme a mí mismo, empecé a repetir el compás del trote de los caballos: "¡Ladrón, ladrón, ladrón!" Pero lo que ahora me ocurría era algo tan inexplicable, tan extraordinario..., y sin embargo, sé que fué así, que fué en realidad y no el producto de mi imaginación, pues mis sentimientos, segundo a segundo, cada una de sus oscilaciones están presentes en mi memoria, con una claridad realmente sobrenatural, como ningún otro de mis recuerdos de treinta y seis años de vida; pero resulta difícil describirlos, y no sé si un poeta o un psicólogo podrían expresarlos de manera lógica. Por mi parte sólo puedo relatar aquellos sucesos por su orden cronológico. Yo me decía: "¡Ladrón, ladrón, ladrón!". Y a esto siguió un instante casi vacío — tengo dificultad para explicarme — en que me ponía a escuchar mi intimidad. Me había llamado a mí mismo, habíame acusado, y el acusado debía contestar al juez. Por eso me escuchaba, y nada sucedía. A la percepción de la palabra "ladrón", que debía asustarme, hundirme en la vergüenza, nada se despertaba en mí. Esperaba con paciencia algunos minutos — pues sentía que bajo aquel terco silencio algo

se removía — y seguía escuchándome, esperando que brotase de mi pecho un grito de repugnancia, de indignación, de desesperación, que debía seguir a mi acusación. Y no ocurrió nada. Nada en mí contestaba. Otra vez me lancé la palabra “ladrón”, “ladrón”, ésta casi en alta voz, queriendo despertarme mi conciencia muda. Y volví a esperar en balde. Y de pronto, como iluminado por una viva luz, reconocía que solamente deseaba sentir vergüenza, pero sin sentirla en realidad, y que en el fondo, mi verdadero sentimiento era de cierto orgullo por mi estúpida acción.

¿Cómo era posible? Me resistía, pues, a decir verdad, me asustaba tal sentimiento; pero éste era en mí demasiado fuerte. No, aquello era una vergüenza. No era una repugnancia lo que había en mi sangre; era alegría, una alegría loca con agudas llamas de petulancia, pues me daba cuenta en aquellos momentos de que por vez primera me hallaba vivo desde hacía muchos años, de que mi sentimiento había estado paralizado, mas no muerto, y bajo una especie de indiferencia, todavía existían las cálidas fuentes de la pasión, las cuales, al toque de una varita mágica empezaban de nuevo a brotar. También en mí existía esa envergadura capaz de vibrar, también yo vivía, también yo era un hombre con deseos malsanos o cálidos. Se había abierto una puerta hacia la tempestad de las pasiones, un abismo había aparecido, y yo me miraba por dentro sintiendo un vértigo voluptuoso. Sentíame asustado y dichoso al mismo tiempo. Y poco a poco — mientras el coche conducía mi cuerpo a través del mundo civilizado — mi espíritu descendía peldaño por peldaño hasta las profundidades humanas; y mientras miles de hombres reían y charlaban alrededor de mí, yo buscaba en mí interior al hombre perdido y palpaba los años pasados. Me acordé de que ya una vez en mi vida, siendo todavía un muchacho, había robado un cortaplumas a otro, y se me volvía a la memoria la diabólica alegría que me invadió viendo cómo el otro la buscaba en balde. Entonces pude comprender la pesadez y el misterio de muchas horas de sexualidad, y me apercibí de que

mi pasión había estado solamente aletargada por la idea y el ideal del "gentleman", que en el fondo de mí mismo existían cálidas fuentes como en los demás hombres. Siempre había vivido; pero, no osando vivir auténticamente, me había escondido y ocultado a mí mismo: ahora la fuerza misteriosa había roto su cárcel, y la vida me había vencido. Ahora sabía que yo le pertenecía aún; y como una mujer siente por vez primera, con dichoso asombro, mover al hijo en su seno, así sentía yo cómo el hombre muerto comenzaba otra vez a florecer, cómo la sangre sana y roja circulaba en mis venas, cómo el sentimiento caliente iba desarrollándose hasta formar un fruto dulce y amargo. El milagro había ocurrido a la clara luz del día y en un campo de carreras, entre la algazara de miles de hombres ociosos; yo había comenzado a sentir de nuevo; en el junquillo seco comenzaban a producirse y a brotar hojas.

En un coche que pasaba, iba un señor que me saludó y, al ver que yo no hacía caso, me llamó. El llamado me causó disgusto, y miré con malos ojos a aquel que perturbaba mis ideas. Pero cuando esa persona me miró, desperté por completo: era mi amigo Alfonso, uno de los mejores amigos de mi juventud, y en ese momento, procurador del rey: este hombre que te saluda amistosamente, ejerce un poder sobre ti. Si conociese tu crimen, podría sacarte de tu existencia cómoda para arrastrarte a un mundo oscuro detrás de unas ventanas enrejadas, para ponerte entre los ladrones a quienes sólo el látigo de la miseria ha conducido hasta sus celdas. Pero sólo durante un instante me asustó tal idea, haciendo que mi mano temblase y paralizase mi corazón; en seguida se transformó en un pensamiento cínico, en un cálido sentimiento bajo cuyo influjo empecé a examinar con ironía a los demás hombres. En ese estado de ánimo me decía, pensando en los demás: "¡Cómo se helaría vuestra dulce sonrisa si me reconociesen! Rechazarían mi saludo como una mancha de barro. Pero antes de que me expulsasen os he expulsado yo: esta tarde he abandonado vuestro



mundo helado, en que no fuí más que una rueda silenciosa que circulaba con orgullo, para hundirme en el abismo que no conocía, y en una sola hora de esta tarde he estado más vivo que durante todos los años pasados en vuestro círculo. Ya no os pertenezco; ahora me encuentro en una altura o en una profundidad, pero no ya en la playa. Por primera vez he sentido cuánto hay en el hombre, la envidia de lo malo o de lo bueno; pero nunca sabréis dónde he estado, nunca me reconoceréis: hombres, nada sabréis de mi secreto.

¡Cómo podría describir lo que sentí en aquella hora, yo, el "gentleman" que, correctamente vestido, con un rostro impassible, iba repartiendo saludos! Porque mientras la careta del hombre exterior y antiguo reconocía todavía las caras de los otros, en mi interior una música tocaba y zumbaba de tal forma, que tenía que esforzarme para no comenzar a dar gritos entre el tumulto. Tan influenciado de aquellos sentimientos me encontraba, que sentía casi dolor físico y tenía que apretarme con una mano el corazón. Pero no es que sintiera, por separado, dolor, placer, horror o compasión. Todo se confundía dentro de mí, sentía únicamente que vivía y que respiraba. Este sentimiento elemental y primitivo que no había tenido desde hacía muchos años me embriagaba; nunca durante los treinta y seis años de mi experiencia, habíame sentido perdido como en esa hora. De pronto el coche se paró. El cochero me preguntó si quería ir a casa. Me desperté, y levanté la vista; noté, admirado, que había estado soñando durante bastante tiempo. Se iniciaba la oscuridad, algo tierno pasaba por las ramas de los árboles, y detrás de ellos aparecía la plateada imagen de la luna, un poco velada. Ya era bastante, debía ser bastante. ¡Pero no había que ir a casa, no al mundo habitual! Pagué al cochero. Cuando saqué la cartera y tomé los billetes, una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo: todavía debía de estar despierta alguna porción del hombre viejo, algo que parecía ser vergüenza. Todavía se removía la conciencia moribunda del "gentleman"; pero de nuevo repasé alegremente los bi-

lletes robados, y en mi alegría estuve muy generoso.

El cochero lo agradeció de tal manera, que me hizo sonreír: ¡si supieses! El cochero se alejó. Lo seguí con la vista como si se mira un buque en que uno ha sido feliz.

Me quedé un momento soñando en medio de la ruidosa y charlatana muchedumbre: eran las siete, y mecánicamente me dirigí al jardín de Sacher, donde tenía costumbre de cenar en sociedad tras mis paseos por el Prater. Pero apenas había tocado el pestillo de la puerta vacilé. No, no quería regresar a aquel mundo, no quería apagar con una conversación superficial el milagroso fermento que me invadía, no quería desasirme de la magia luminosa de la aventura que me tenía encadenado a aquella hora.

Salía de algún sitio una música estridente y confusa, y eché a andar hasta donde se oía aquel sonido, impulsado por un placer de abandonarlo todo a la suerte, pues el andar sin objeto cobraba para mí una gracia extraordinaria. Mi sangre hervía en medio del gentío: todos mis sentidos se excitaban en aquella mezcla de aliento humano, polvo, sudor y tabaco. La víspera, me había repugnado todo aquello por plebeyo y ordinario y en mi calidad de "gentleman" lo había eludido activamente, pero hoy, eso mismo, se convertía en un atractivo para mi nuevo instinto, de una manera mágica, como si por vez primera sintiese un cierto parentesco entre lo animal, lo grosero y yo.

Aquí, entre la clase más baja, entre los soldados, criados y sujetos de mal vivir, me sentía bien, aunque me pareciese incomprensible. Respiraba con avidez ese ambiente cáustico; los empujones y apretones de la multitud me resultaban agradables, y me preguntaba con cierta curiosidad hacia dónde me empujaría aquella masa humana. Ya se escuchaban más cerca orgánillos eléctricos, y el sonido de los instrumentos de metal; la orquesta tocaba de una manera pesada en la estridencia de las barracas; las risas se confundían con los gritos de los ebrios, y se distinguían ya las locas luces de los juegos girando entre los árboles. Per-

manecí en medio de la plaza y dejé que me inundara el tumulto. Aquella cascada bulliciosa con mezcla infernal me alegraba, pues había algo en el barullo que adormecía mi voz interior. Miré a las criadas en los columpios dejándose alzar hacia el cielo con sus vestidos inflados y dando gritos que parecían salir de su sexo. Algunos hombres reían y decían pesados chistes; en las puertas de las barracas se veían individuos gritando con voz ronca y gestos de monos, y todo iba a mezclarse en la vida de la muchedumbre, borracha de música, de brillo de luces y de su propio aliento. Desde que yo había despertado sentía también la vida de los otros, sentía el bramar de la gran ciudad que se revelaba en aquella aglomeración durante algunas horas del domingo, cuando en su propia abundancia excitaba a una placer sano y animado. Y gracias al continuo contacto me fué penetrando la excitación: mis nervios se iban poniendo tensos por el dolor agudo, todos mis sentidos jugaban con el bullicio y notaba esa confusión y aturdimiento que va siempre ligado a una fuerte voluptuosidad. Por primera vez desde hacía años, tal vez por vez primera en mi vida, sentía a la multitud, sentía a los hombres como una fuerza que despedía el placer que entraba en mí; se había roto un dique y de mis venas partía algo hacia aquel mundo, para volver rítmicamente; me acometía una nueva ansiedad, la de fundir el último tabique que de todo aquello me separaba; era un deseo impetuoso de aparejarme con aquella caliente y extraña humanidad. Con placer de hombre deseaba introducirme en el seno de aquel cuerpo gigantesco, y con placer de mujer me abría todo a cada contacto, a cada llamada, a cada abrazo; ahora me daba cuenta: lo que había en mí era amor, necesidad de amor como en mi juventud. Entrar, sólo entrar en la vida, verme ligado a toda aquella pasión, ardiente y sonriente de los demás, penetrar en sus venas; volverme pequeño e insignificante en ese tumulto, ser un microbio en aquella escoria del mundo, ser un ser brillante en aquel estanque, entrar en esa abundancia vital, penetrar en

ella como una flecha en lo desconocido, en el cielo de lo ordinario.

Ahora lo comprendo: estaba borracho. En mi sangre se mezclaba todo, el ruido de las campanas de aquellos juegos, las risas delgadas de las mujeres que se elevaban al contacto con las manos de los hombres, la música caótica, el relucir de los vestidos. Todos los sonidos caían sobre mí con un rojo brillante y se alojaban en mis sienes; yo sentía cada contacto, cada mirada, en un fantástico éxtasis de mis nervios (como en el mareo), pero todo unido en una liga confusa. Es imposible explicar aquel estado por medio de palabras; tal vez fuera mejor recurrir a una comparación: estaba completamente embargado por aquella estridencia y de sentimiento; como una máquina de vapor a demasiada presión, cuyas ruedas corren furiosamente, huyendo de la presión monstruosa que a cada momento puede hacer saltar la caldera; tenía un martilleo en las sienes, y algo me penetraba la garganta; de la indiferencia sentimental experimentada durante muchos años, me había arrojado en una fiebre que me quemaba. Sentía que debía de descargarme, saliendo de mí por medio de palabras o de miradas, abandonarme, hacerme ordinario, romper la dura costra de silencio que aún me separaba del elemento ardiente y vivo. Desde hacía horas no había hablado a nadie, a nadie había apretado la mano, no había observado ninguna mirada simpática, y en aquellos momentos, envuelto en la ola de los sucesos mi excitación se rebelaba contra el silencio. Nunca había sentido tal necesidad de comunicarme con alguien como entonces, rodeado de mil o diez mil personas.

Me encontraba como una persona que se muere de sed en medio del mar. Veía aumentar mi tormento a cada minuto, le veía buscar nuevo alimento y atraerse todo lo ajeno que corría separadamente, e iba a reunirse como se reúnen las pequeñas gotas de mercurio. Sentía envidia observando como los muchachos se dirigían de palabra a chicas desconocidas, tentándolas desde la primera sílaba, viendo cómo todo iba a en-

contrarse: un saludo, una mirada era suficiente para reunirles en una charla, que quizás se deshiciera un minuto después, pero que en todo caso había sido una reunión, una ligadura, una comunicación, cosas de que yo estaba hambriento. Pero yo acostumbrado a la conversación de sociedad, conversador muy apreciado y seguro de las formas mundanas, tenía miedo y vergüenza para dirigirme a una de esas criadas de anchas caderas, temiendo que se rieran de mí, bajaba los ojos cuando alguien me miraba, y simultáneamente sentía un ardiente deseo de oír una palabra dirigida a mí. Yo no sabía bien lo que quería de toda esa gente, pero el caso era que no podía soportar por más tiempo el estar solo ardiendo en mi fiebre. Y, en realidad, que todas las miradas resbalaran junto a mí sin que nadie quisiera reparar en mi presencia. Hubo un instante en que noté a mi lado a un niño de unos doce años: llevaba un traje raído, sus ojos reflejaban las luces y brillaba en su mirada el deseo de montar en los caballos de madera de la calesita. Tenía la boca abierta: bebía el placer de la alegría y de los gritos de los demás. Me aproximé y le pregunté — pero ¿por qué tembló mi voz: — “¿quieres subir?” Me miró fijamente; se asustó — ¿por qué, por qué?, — se puso rojo y echó a correr sin pronunciar una palabra. Ni siquiera un niño descalzo quería aceptar una alegría que yo pudiese ofrecer: sentía que algo extraño despedía mi persona, impidiéndome el mezclarme con los otros y manteniéndome desunido como una gruesa gota de aceite en un agua agitada.

Pero no abandonaba mi propósito: no me resignaba a quedarme solo por más tiempo. Me ardían los pies dentro de los zapatos de charol y tenía la garganta seca de polvo. Miraba a todas partes; en las orillas de aquella corriente humana había islas verdes, pequeños restaurantes con mantelería roja y bancos, de madera, sobre los cuales los modestos burgueses hallábanse sentados bebiendo un vaso de cerveza y fumando su “virginia” del domingo: el espectáculo me atraía. Allí se había hecho conversación general: allí

había un punto de calma en medio de la turbulenta fiebre. Entré, y examiné las mesas hasta hallar una donde estaba sentada una familia burguesa: un artesano grueso, con su mujer, dos muchachas alegres y un niño. Movían sus cabezas al compás de la música, contaban luces, y sus miradas vivas y alegres me hacían bien.

Saludé cortésmente y pregunté si me permitían tomar asiento. Inmediatamente cesaron las risas, todos callaron un momento; cada cual esperaba que el otro contestase y, al fin la mujer dijo como extrañada: "Desde luego, desde luego". Me senté, y de inmediato me dió la impresión de que mi presencia perturbaba su buen humor, pues ahora reinaba en la mesa un pesado silencio. Sin levantar los ojos del mantel rojo, en el que había restos de sal y pimienta, sentía que todos me miraban sorprendidos, y me acordé demasiado tarde de que estaba excesivamente elegante con mi traje de "derby", con mi sombrero de París, con la perla en la corbata azul-gris, es que mi elegancia y el perfume de lujo de mi persona me envolvía en una atmósfera de hostilidad y de confusión. El silencio de aquellas cinco personas me aplastaba, e inclinaba aún más mi cabeza sobre el mantel, examinando desesperadamente sus dibujos raros, clavado por la vergüenza y sin valor para levantar la vista. Fué como una salvación para mí cuando el mozo apareció y me sirvió un vaso de cerveza fuerte; así, bebiendo, podía mirar tímidamente por encima del borde del vaso; en realidad, las cinco personas me miraban sin odio, pero de una manera extraña. Veían en mí a un intruso en su mundo, sentían, con el instinto nativo de su clase, que yo quería algo allí, que buscaba algo en desacuerdo con mi mundo, que no era ni el amor, ni el odio, ni el placer del vals o el gusto de la cerveza lo que me había llevado hasta aquel lugar, sino un capricho que ellos no comprendían y por el cual sentían antipatía; como ese niño que se hallaba delante de la calesita se había mostrado desconfiado, como los otros mil anónimos de la multitud habían evitado mi elegancia con un senti-

miento de hostilidad. Y a pesar de eso me decía: si pudiese hallar una palabra franca, sencilla y auténticamente humana, el padre o la madre me responderían, las hijas sonreirían halagadas y yo podría tomar el niño lleno de confianza y divertirme con ellos en las barracas. En cinco o diez minutos estaría libre, habría entrado en esa atmósfera y obtenido una confianza llena de buena fe. Pero no podía dar con la palabra sencilla: una fuerte y estúpida vergüenza me anudaba la garganta, y estaba entre aquellas personas llanas, como un criminal con la cabeza baja, sintiendo el tormento de haber deshecho con mi irritante presencia sus horas de domingo. Y en aquellos pocos momentos, indiferente y orgulloso ante miles de aquellas mesas, ante millones y millones de hermanos, preocupados únicamente de tener éxito en un reducido círculo de elegantes; me daba cuenta de que desconocía el camino recto y el lenguaje de aquel instante en que lo necesitaba.

Permanecí así, sentado, hombre libre hasta aquel instante, encogido, contando los dibujos rojos del mantel, hasta que pasó el mozo. Le llamé, pagué, me levanté y saludé cortésmente. Me contestaron con amabilidad, y me quedé admirado: sentí sin volverme que entonces mismo, apenas había vuelto las espaldas, sentían ellos nuevamente la alegría, cerrábase de nuevo el alegre círculo de su conversación, porque yo, el extraño, había sido expulsado.

Otra vez, pero todavía con mayor ansiedad, me precipité en el tumulto. Los apretones de la multitud habían disminuído, no había ya tanta gente en el círculo de luces de la calesita, y una gran parte se retiraba hacia las orillas del paseo. También el rumor uniforme de la multitud íbase fraccionando en muchos ruidos singulares, y la música tocaba a veces de un modo furioso, como queriendo llamar a los que se retiraban de la aglomeración. Otra clase de rostros iban apareciendo: los niños con sus globos se habían marchado, y había desaparecido también la mayor parte de las familias. Ahora se veían ebrios que gritaban,

muchachos decaídos con unos andares y gestos vacilantes por los paseos laterales.

Durante la hora que había pasado sentado en aquella mesa, el mundo que me rodeaba había descendido algunos grados y su ordinarietàz habíase acentuado. Pero su atmósfera de ahora, fosforecente de arrogancia y de peligro me gustaba más que su aspecto burgués. El instinto despierto e indeciso de aquellos deambulantes se revolvía en un anhelo análogo al mío. Esos tipos equívocos, proscriptos de la sociedad, eran como el reflejo de la imagen de mi persona en un espejo. También ellos andaban buscando, inquietos, una aventura, una instantánea excitación; aquellos tipos harapientos me daban envidia por la manera resuelta y franca con que andaban; yo me hallaba cerca de una columna de la calesita, respirando difícilmente, bajo el peso del silencio y el tormento de mi soledad; pero incapaz de moverme o de pronunciar una palabra. Miraba fijamente la plaza alumbrada por reflejos de luces que giraban; me encontraba en aquella isla de luz mirando la oscuridad y contemplando lleno de esperanza a cada uno de los que se aproximaban atraídos por la viva luz. Pero todos los ojos se deslizaban sobre mi persona indiferentemente. Nadie quería nada de mí, nadie me salvaba.

Sé que sería una locura explicar a alguien cómo yo, un elegante, educado en la mejor sociedad, rico, independiente, ligado por vínculos de amistad con lo mejor de la ciudad, me encontraba aquella noche durante una hora entera apoyado sobre una columna de calesita, oyendo veinte o cuarenta veces las mismas polcas o valeses horriblemente ejecutados y viendo girar las cabezas de caballo de madera pintada. Sólo por el capricho de dominar el destino con mi voluntad. Sé que mi proceder de aquella hora era insensato; pero en mi absurdo proceder había esa tensión sentimental y ese extraordinario esfuerzo muscular que experimentan todos los hombres en general cuando se arrojan a un abismo, un poco antes de la muerte; mi vida toda, hasta entonces vacía, se encontraba y repre-



saba en mi garganta. Y cuando más me atormentaba la obsesión de quedarme hasta que una palabra o una mirada de alguien me salvase, tanto más me deleitaba en mi tormento. En aquella espera junto a la columna expiaba menos el robo cometido que lo hueco, lo monótono de mi vida anterior; y me había jurado no abandonar el puesto aquel hasta percibir una señal de que el destino me había absuelto.

Cuando más avanzaba la hora, más me aproximaba la noche. Una tras otra las luces se fueron apagando en las barracas y la oscuridad avanzaba como una marea, absorbiendo las manchas claras que aun había sobre la hierba. La isla alumbrada se iba quedando solitaria y temblando miré el reloj.

Pasado un cuarto de hora, los caballos de madera quedarían inmóviles, se apagarían las luces rojas y verdes y enmudecería el órgano mecánico. Entonces yo estaría solo en la oscuridad, completamente solo en la noche, con su tenue zumbido, completamente expulsado, completamente abandonado. Miraba con inquietud la plaza que iba quedando desierta, y a través de la cual pasaba ya raramente una pareja o algunos jóvenes ebrios; al otro lado, con la sombra, vibraba todavía la vida, una vida escondida, inquieta y vacilante. A veces, cuando algún hombre pasaba, oíase un pequeño murmullo como una llamada. Y cuando ellos, atraídos por tales llamadas, se adentraban en la oscuridad, se oían voces femeninas o el viento se llevaba jirones de risas. Poco a poco iba avanzando insolentemente aquella vida, aproximándose al círculo de luz, para desaparecer en cuanto el casco de un policía se hacía visible. Apenas el agente había pasado, las sombras aparecían de nuevo, y ahora se podían ver claramente sus contornos: tan cerca de la luz se hallaban; era la última espuma de ese mundo nocturno, el lodo que queda cuando la corriente humana ha pasado: algunas prostitutas, las últimas y más pobres, las que no tienen cama propia, las que durante el día duermen en cualquier parte con un saco de paja y durante la noche abren su cuerpo gastado y enfermo por una

miserable cantidad de dinero en cualquier rincón oscuro, las buscadas por la policía, alentadas por el hambre o por un explotador ruin, las que siempre se arrastran por la oscuridad, cazadoras y cazadas al mismo tiempo. Como perros hambrientos avanzaban en dirección a la plaza alumbrada y a los machos rezagados, para ofrecerse por una o dos coronas con que poder tomar vino caliente o café en una taberna, y mantener así la mortecina y temblorosa luz de su vida, que de todos modos se apagaría pronto en un hospital o en la cárcel. Es el estiércol de la sensualidad de que estaba animada la dominical multitud. Con un miedo inmenso vi llegar aquellas sombras hambrientas desde su oscuridad. Pero hasta en este terror había para mí un placer mágico, pues hasta en aquel espejo sucio reconocía vagamente algo olvidado y sentido; era un mundo de pantanos que había atravesado hacía muchos años y que ahora florecía de nuevo en la superficie. Cosa curiosa la que aquella noche fantástica me revelaba de repente; lo más oscuro de mi pasado, lo más secreto de mis anhelos se abría delante de mí. Levantábase dentro de mí aquel espeso sentimiento de mis años de muchacho, cuando mi mirada tímida se había posado sobre esas existencias, y el recuerdo de la hora en que por primera vez les había seguido por una escalera húmeda y crujiente hasta meterme en la cama con una de ellas; y de pronto, como si un relámpago hubiese iluminado al cielo nocturno, distinguí claramente todos los detalles de esa hora recordada: los cuadros colgados a la cabecera de la cama, las medallas que llevaba en el cuello — con cada una de mis fibras lo sentía —, mi confusión y vergüenza, mi repugnancia y mi primer orgullo de joven. Fué como una visión que cayó de pronto sobre mí, y comprendí en seguida la ardiente compasión que me ligaba a ellas, precisamente porque eran la escoria; y todo mi ser interior, excitado por el crimen, sentía su espera como idéntica a la mía en esa noche fantástica. Me atraían como un imán, y de pronto sentí que la cartera con el dinero robado ardía en mi pecho al ver al

otro lado hombres, seres que algo deseaban de aquellas otras sombras, tal vez también de mí. Y me di cuenta de lo que muchas veces empuja a los hombres hasta aquellas; que no siempre es su sangre caliente, sino el miedo a la soledad, que hoy yo había sentido. Me acordé de la última vez que sentí lo mismo: fué en Inglaterra, en Mánchester, la ciudad de acero, de ruidosa existencia, bajo un cielo sin luz, que muestra al mismo tiempo una helada soledad, de la que entra por los poros hasta la sangre. Había vivido allí tres semanas en casa de unos parientes, pasando las noches solo, en los "bares" y "clubs" y en los "cabarets" elegantes con el único objeto de sentir algo de calor humano. Una noche hallé a una mujer cuyo lenguaje callejero apenas entendía, pero me encontré de pronto con ella en una habitación; bebía la risa de una boca extraña y tuve junto al mío un cuerpo caliente y suave. Y así desapareció la ciudad fría; no existía ya ese ruidoso espacio solitario; existía un ser a quien no conocía, que hacía olvidar la soledad; respiré más libremente, sentí la vida claramente en medio de una cárcel de acero. Es como un milagro para el solitario saber que puede ligarse con alguien, aunque este alguien esté cubierto de suciedad, viejo y roído por venenoso orín.

Y todo eso lo había yo olvidado al sentirme solo, aquella noche; había olvidado que queda siempre un último rincón aguardando a los últimos para calmar su ardor, para ayudarles a desahogarse por una pobre moneda, por un precio siempre demasiado mísero si se considera lo extraordinario que ofrecen esos seres, siempre dispuestos a hacer el gran regalo de la presencia humana.

A mi lado empezaba a tocar otra vez, ruidosamente, el órgano mecánico de la calesita. Era la última vuelta antes de que el domingo se extinguiese y entrase en la monótona semana. Pero nadie venía y los caballos de madera corrían sin jinetes en un círculo loco; la mujer de la caja, cansada, contaba el dinero recaudado durante el día y llegaban unos muchachos

para cerrar la calesita, terminando el último turno. Sólo yo estaba aún allí, cerca de la columna, mirando a la plaza por donde pasaban furtivamente nada más que aquellas sombras en espera, como yo mismo, y entre las cuales y mi persona se alzaba una extraña barrera. Ahora era seguro que una de las mujeres me había visto; se aproximó lentamente, según pude ver con los ojos bajos; era un ser pequeño, marchito y raquítrico, sin sombrero y con un vestido falto de todo gusto, por debajo del cual salían unos zapatos de baile — todo ello adquirido seguramente en un cambalache — con arrugas y manchas de alguna aventura sucia en la hierba. Se acercó despacio, se detuvo, lanzó algunas miradas agudas como anzuelos, y una invitadora sonrisa dejó ver sus dientes estropeados. Se me paró la respiración. No podía moverme, no podía verla y me faltaban las fuerzas para alejarme. Sentía como un hipnotizado, que un ser me rodeaba, que quería algo de mí, que con sólo una palabra podría arrancarme de la terrible soledad. Pero no podía moverme, mi cuerpo era como una columna de madera y con una especie de voluptuosa impotencia, sentía también que una voluntad ajena quería apoderarse de mí. Cerré los ojos por un momento para sentir mejor la mágica atracción.

Se detuvo la calesita, y la melodía de un vals se ahogó en un sonido gimiente. Abrí los ojos y pude ver como aquella figura que había llegado hasta muy cerca de mí, se alejaba. Seguramente resultaba muy poco divertido permanecer junto a alguien que parecía ser de madera. Me asusté y sentí frío. ¿Por qué había dejado irse al único ser de aquella noche fantástica que quería algo de mí? A mis espaldas se apagaron las luces y se cerraron ruidosamente las barracas. Todo había terminado.

Y, de pronto, — ¡ah, cómo podré expresar la espuma hirviente que subía dentro de mí! — y súbitamente, como si una vena se hubiese roto en mi pecho sentí el deso — como una oración, como un grito — de que aquella desvencijada y sucia prostituta volvie-

ra de nuevo la cabeza para darme la ocasión de hablarle. Porque no era mi orgullo — que ya estaba aniquilado — sino mi debilidad, mi indecisión, — que me impedía seguirla. Por eso permanecía temblando en la oscuridad, expectante como nunca desde mis años de infancia cuando estuve mirando por una ventana viendo a una mujer extraña que se desnudaba; rezando estaba para que se realizase el milagro de que aquel ser ajado y sucio se volviese nuevamente. Y... se volvió. Volvió una vez la cabeza, mecánicamente. Pero con tal fuerza debía yo de manifestar mis sentimientos, que se detuvo. Se acercó un poco y sonriendo me hizo una señal indicándome la parte oscura del otro lado del paseo. Al fin sentía yo desaparecer mi terrible parálisis. Podía ya moverme, y le respondí afirmativamente.

El pacto invisible y secreto estaba firmado. Ella prosiguió su camino volviendo varias veces la cabeza para ver si yo la seguía. Y la seguí; se había derretido el plomo de mis piernas y podía moverme otra vez. No caminaba voluntariamente; era una fuerza misteriosa la que me movía. Ella retardaba su paso en la oscuridad, entre las barracas. Pronto me hallé a su lado.

Me miró un momento fijamente, examinándome; algo en mí la inquietaba. Quizás mi timidez o la elegancia de mi traje le fuera sospechosa. Me miró de nuevo y vaciló. En seguida, señalando la prolongación del callejón que formaba las barracas, negro como un pozo de mina, me dijo: “Vamos hacia allí; detrás del circo está muy oscuro”. No pude contestar. Lo bajo y lo feo de aquel encuentro me aturdía. Sentí ganas de alejarme, de darle dinero para comprar mi libertad, pero mi voluntad no ejercía ningún poder sobre mí. Experimentaba una sensación igual a la de quien montado en un trineo y tomando una curva a vertiginosa velocidad, en lugar de hacer funcionar los frenos, dejara que se mezclase en él el miedo de la muerte a la embriaguez de la velocidad, y se entregara sin voluntad a ella. Ya no podía retroceder, tal vez ni lo quería, y como

ella se apretaba contra mí toqué involuntariamente su brazo. Era un brazo muy delgado, no un brazo de mujer sino el de un niño escrofuloso, y apenas lo palpé a través del ligero abrigo, sentí una gran compasión por aquella vida destruída, lanzada aquella noche en mis brazos. Casi inconscientemente acaricié sus débiles articulaciones de una manera pura y respetuosa, como nunca había tocado a ninguna mujer. Cruzamos oblicuamente una calle poco alumbrada y entramos en un pequeño bosque en el que las copas de los árboles producían una oscuridad maloliente. Noté entonces que ella volvía la cara con mucha precaución, y luego percibí algunos pasos detrás. Y, cosa rara: a medida que me iba metiendo en aquella aventura sucia, con cierto ánimo aturdido, mis sentimientos se encontraban todos muy despiertos. Con una claridad a la que nada podía escaparse, noté que detrás de nosotros se arrastraban algunas sombras y me pareció oír pasos furtivos. Y de pronto me di cuenta de todo. Había sido atraído a una emboscada; los explotadores de aquella prostituta nos seguían hacia el sitio en donde debían tomarme como víctima. Con una lucidez que quizá se tiene únicamente cuando se halla uno entre la vida y la muerte, calculé todas las posibilidades. Estaba aún a tiempo para salir de aquella aventura; muy cerca debía estar de la calle principal, pues sentía el ruido del tranvía eléctrico, y con un solo grito podía atraer hasta allí a la gente; muy claras se me aparecían las posibilidades de mi salvación, de mi fuga. Pero lo curioso era que todo aquello no me enfriaba, sino que me producía aún mayor calentura. Hoy, a la luz clara del día, no puedo explicarme lo absurdo de mi conducta; sentía con cada una de mis fibras que me iba hundiendo innecesariamente en un peligro, y tal presentimiento atravesaba mis nervios como una fina locura. Presentía algo muy desagradable, acaso la muerte; temblaba de repugnancia de ir a un crimen, de verme empujado a un acontecimiento plebeyo y sucio y, sin embargo, para aquella ebriedad de vida, jamás conocida, la misma muerte era una negra curiosidad. Algo — tal vez la

vergüenza de manifestar miedo — me empujaba. Tenía el deseo de descender hasta aquella última cloaca de la vida, y arriesgar y gastar en un día todo mi pasado; una osada sensualidad se mezclaba en lo grosero de esa aventura. A pesar de que todos mis nervios sentían el peligro, a pesar de que lo abarcaba con todos mis sentidos y con mi inteligencia, a pesar de todo, seguía internándome en el bosque, del brazo de aquella sucia prostituta, que materialmente, más me repugnaba que atraía, y de la cual sabía únicamente que me conducía para entregarme a sus cómplices. Pero no podía retroceder. El peso del crimen de la tarde pasada en el hipódromo había caído sobre mí y me empujaba. Sentía tan sólo el aturdimiento de una caída en nuevas profundidades y acaso en la última, en la muerte.

Unos pasos más, y ella se detuvo. Me miró de nuevo indecisa, y me dijo: “Oye, ¿qué regalo me vas a hacer?”

¡Ah!, era verdad; lo había olvidado. Pero la pregunta no me desilusionó. Por el contrario, me alegraba poder dar, poder regalar. Rápidamente metí la mano en el bolsillo y puse en su mano abierta toda la plata y algunos billetes arrugados. Y ahora viene lo verdaderamente milagroso, lo que todavía hoy, al pensarlo, me enciende la sangre: bien porque aquel pobre ser quedase admirado ante la cantidad que le entregaba — debía estar acostumbrada a recibir una miseria por sus servicios, — o por la alegría, rapidez y buena voluntad con que se lo di, cosa por lo visto desconocida para ella, retrocedió un paso y sentí que sus ojos me buscaban en la oscuridad con admiración; así recibí aquella noche lo que había esperado: alguien me buscaba, y por primera vez yo vivía para otro en este mundo. Y era precisamente aquel ser proscrito que arrastraba su pobre cuerpo gastado como una mercancía, que se entregaba a cada comprador sin mirarla siquiera; era aquel ser el que elevaba sus ojos hasta mí, todo lo cual acrecentaba mi embriaguez, hecha al mismo tiempo de lucidez y mi aturdimiento. Aquel ser se me acercó nuevamente, no para prestar servicios ya pagados, sino, a mi parecer, con algo de gratitud y con

femenina voluntad de acercamiento. Sentía su brazo raquíptico de niño, y su cuerpo marchito, y vi de repente, con extraordinaria claridad, toda su vida. Vi su cama sucia y prestada, en un patio de los barrios bajos, en la que se acostaba por la mañana entre niños extraños; vi su "hombre", que la golpeaba; vi los borrachos que se lanzaban, eructando, sobre ella; vi una sensación del hospital, al que sería trasladada; vi la sala donde su pobre cuerpo desnudo se mostraría a los jóvenes y cínicos estudiantes, y vi, al final, un pequeño pueblo cualquiera, su tierra natal, a la que sería trasladada y donde la dejarían reventar como a un animal. Entonces sentí una infinita compasión de ella y de todos sus semejantes, una ternura que nada tenía de sensual. Acaricié otra vez su brazo flaco, me incliné sobre ella y la besé, llenándola de asombro. .

En este momento se oyó un ruido a mis espaldas. Di un salto hacia atrás. Oí una larga y ordinaria risa masculina, y una voz que decía:

"Aquí lo tenemos. Ya me lo suponía".

Antes de verlos sabía quiénes eran. En mi aturdimiento, había olvidado, durante algunos minutos, que estaba en una emboscada, la que con misteriosa intuición había previsto. Avanzó una figura y detrás de ella otra: dos jóvenes salvajes y cínicos. De nuevo se oyó la risa plebeya, y en seguida estas palabras: "Es una cosa muy ordinaria venir aquí a hacer porquerías. Y es, naturalmente, un señor elegante. Ya arreglaremos la cuestión". Me quedé inmóvil. La sangre martilleaba mis sienes. No tenía miedo. Había llegado así al último abismo de la ordinariez. Ahora sobrevendría el choque, al estrellarse, al fin, a que había sido llevado con mis sentidos despiertos.

La muchacha se había alejado de mí, pero sin unirse a los otros. Era, en cierto modo, neutral. Al parecer, ya no le agradaba el plan que había preparado. Los dos vagabundos estaban disgustados de que yo no me moviese. Ambos se miraban y parecían esperar de mí una protesta, un ruego, un síntoma de miedo. "¡Ah, no dice nada!" — exclamó al fin uno de ellos en tono



amenazador. El otro avanzó y ordenó: “¡¡Adelante!”.

Empecé a caminar; no me defendía, porque no quería; lo inaudito, lo grosero, lo peligroso del caso, me atraía. Tenía la cabeza despejada; me daba cuenta de que aquellos vagabundos debían temer a la policía más que yo, y de que podría comprar mi libertad por unas coronas; pero quería gozar por completo, de mi caída hasta profundidades horribles, y me deleitaba en la bajeza, en una especie de impotencia lúcida.

Y, precisamente, el que yo avanzara silenciosa y sumisamente hacia la luz, parecía confundir a los dos vagabundos. Se consultaron en voz baja. En seguida hablaron otra vez en voz alta:

—¡Déjale que se vaya! — dijo uno de ellos, un tipo grosero, picado de viruelas.

Pero el compañero respondió con fingida severidad:

—¡No, no puede ser! Cuando lo hace un pobre diablo que no tiene para comer, como nosotros, entonces tiene que ir a la cárcel. Y un señor fino, como éste, también debe tener su castigo.

Lo oía todo y comprendía su torpe ruego para entrar en negociaciones; el criminal que había en mí comprendía al criminal que había en ellos; me di cuenta de que querían atormentarme por medio del miedo, y yo les hacía sufrir con mi resignación. Era una lucha muda entre nosotros, — ¡oh, qué rica en sensaciones fué aquella noche! — yo sentía en medio del peligro mortal, allí, en el pequeño bosquecillo maloliente, entre dos vagabundos y una prostituta, sentía, algo, por segunda vez, en las últimas doce horas, la magia del juego, en el que quizá posiblemente, me arriesgaba a la más alta apuesta: mi existencia burguesa, y, hasta mi vida. Y me entregaba al juego extraordinario, a la brillante magia del caso, con toda la fuerza de mis nervios en tensión.

—¡Ah, allí está ya el agente! — dijo una de las voces detrás de mí. — Le agradará poder llevar a la comisaría a un señor tan elegante. Puede usted contar con algunas semanas de cárcel.

Esas palabras querían tener un aire amenazador, pe-

ro yo percibía muy bien la inseguridad con que eran pronunciadas. Seguía avanzando tranquilamente contra la luz, bajo la cual brillaba el casco del agente. Veinte pasos más y hubiéramos llegado hasta él. Detrás de mí, los vagabundos habían cesado de hablar; noté que empezaban a retardar sus pasos, y adiviné que un momento después retrocedían hacia la oscuridad, hacia la lóbreguez de su mundo, irritados por el fracaso de su plan, hasta hacer sentir sus iras a la pobre prostituta. El juego había terminado. Por segunda vez en el día había ganado; por segunda vez había robado a otro placer. Habíamos llegado ya a la pálida luz de los faroles, y miré por primera vez a los vagabundos: en sus ojos se pintaba la ira y la vergüenza. Se detuvieron desilusionados y listos a desaparecer en la oscuridad, pues su poder estaba aniquilado; ahora eran ellos los que me temían a mí. En ese momento — fué como si todos los obstáculos que hubieran en mi pecho se rompieran y penetrase en mi sangre un cálido sentimiento — sentí una fraterna e imprecisa compasión por aquellos dos hombres. ¿Qué habían exigido de mí esos dos pobres muchachos hambrientos, de mí, el hombre harto, del parásito? Algunas coronas, algunas pobres coronas. Hubieran podido matarme en esa oscuridad del bosque: robarme, matarme, y no lo habían hecho; se habían limitado a intentar, torpemente, infundirme miedo, para sacarme unas monedas de plata, que suponían llevaría en el bolsillo. ¿Cómo podía atreverme, yo, el ladrón de capricho, el ladrón por insolencia, el criminal por satisfacer un plan nervioso, cómo podía atreverme a atormentar a esos pobres diablos? Y poseído de infinita compasión me avergoncé de haber jugado con su vergüenza y su impaciencia. Entonces, en ese instante en que me hallaba ya seguro a la luz plena de la calle; entonces debía acceder a sus exigencias; entonces debía borrar la desilusión de sus miradas hambrientas y suplicantes.

Dando una vuelta rápida me acerqué a uno de ellos y le pregunté, esforzándome por dar a mi voz un tono de miedo:

—¿Por qué me quiere usted denunciar? ¿Qué ver-  
taja le reporta a usted? Quizá me lleven a la cárcel  
o quizá no. Pero sea como sea, de esta historia ustedes  
no van a sacar nada en limpio. ¿Por qué quieren arrui-  
nar mi vida?

Se miraron con cierto embarazo. Lo esperaban ya  
todo: un grito, una amenaza, a la cual se hubieran re-  
tirado hacia el bosque como perros expulsados; todo  
menos aquella condescendencia. Finalmente, uno de  
ellos dijo, no en son de amenaza, sino como excusán-  
dose:

—Nosotros no hacemos más que cumplir con nuestro  
deber.

Seguramente tenían aprendida de memoria esta fra-  
se, para casos semejantes. Algo había en ella de falso.  
Ninguno de los dos se atrevía a mirarme a la cara.  
Esperaban, y yo sabía qué: esperaban que pidiese in-  
dulgencia y les ofreciese dinero. Recuerdo aquellos mo-  
mentos. Recuerdo cada uno de los nervios que se me  
alteraba, cada uno de los pensamientos que cruzaban  
mi mente. Sé también que un sentimiento malsano me  
impulsaba, ante todo, a prolongar la situación, a ator-  
mentar un poco a los dos pobres diablos; a seguir go-  
zando la voluptuosidad de su espera. Pero, realizando  
esfuerzos sobre mí mismo, comencé a suplicar, para  
acabar con el temor de los vagabundos. Empecé a re-  
presentar una comedia de miedo; imploré su compasión  
y les rogué que se callasen, para no hacerme desdicha-  
do.

Finalmente pronuncié las palabras que esperaban  
ansiosamente:

—Les daré cien coronas.

Los vagabundos y la muchacha estaban muy nervio-  
sos. Hacía un momento no esperaban nada, consideraban  
fracasado su plan. El picado de viruela trató de decir  
algo, mirando al mismo tiempo inquietamente. Lo in-  
tentó dos veces y las palabras le quedaron atravesadas  
en la garganta. Luego dijo, y pude darme cuenta de  
la vergüenza que le daba.

—Doscientas coronas.

—Déjenlo — intervino de pronto la muchacha; — contentos pueden estar de que les dé algo. No ha hecho nada; apenas me ha tocado. Ya es mucho lo que les da.

Lo dijo indignada, y ello me llenó de alegría. Alguien tenía compasión de mí, alguien hablaba en mi favor; desde lo plebeyo ascendía la bondad, una vaga existencia de justicia. ¡Cuánto bien me hacía eso, que era como una respuesta a mi grito interior! No, no quería jugar más con los hombres; no atormentarles más jugando con su amor o con su vergüenza: ¡basta, basta!

—Bueno — dije, le doy doscientas coronas.

Callaron los tres. Saqué la cartera y la abrí muy lentamente. Con sólo un rápido ademán hubieran podido arrancármela y desaparecer en el interior del bosque. Pero se quedaron mirando tímidamente a los lados. Entre ellos y yo no había ya más lucha ni juego, sino un pacto, un estado de derecho, una mutua confianza. Saqué los dos billetes y se los entregué.

—¡Muchas gracias! — dijeron involuntariamente.

Sentían, seguramente, lo ridículo de agradecer un dinero sacado por la violencia. Estaban avergonzados — aquella noche yo lo percibía todo, hasta el menor gesto — y su vergüenza pesaba sobre mí. No quería que se avergonzasen delante de mí, que era su igual: un ladrón como ellos, y, como ellos, débil, cobarde y para disiparla no acepté su gratitud.

—No deben agradecerme — dije, admirándome a mí mismo con mi tono sincero y cordial. — Si ustedes me hubiesen denunciado, ahora estaría perdido. Me habría matado, sin que ustedes obtuvieran ningún beneficio. Es mejor así. Ahora me voy hacia la derecha; quizá ustedes vayan por el lado opuesto. ¡Buenas noches!

Callaron durante algunos momentos. En seguida dijo uno:

—¡Buenas noches!

El otro lo repitió y al final lo hizo la prostituta que había quedado en la oscuridad. Aquellos saludos tenían un tono cálido, como de sincero deseo. Por sus voces sentí que aquellos seres me querían y nunca ol-

vidarían los segundos que acababan de pasar. Tal vez me recordasen en la cárcel o en el hospital; algo mío viviría dentro de ellos; les había dado algo, y la alegría de dar me llenaba como ningún otro sentimiento.

Caminaba sólo a través de la noche, y me dirigí hacia la salida del Prater. Había desaparecido cuanto antes me oprimía, y sentía que mi ser exhalaba una abundancia jamás conocida. Sentía todo y todo vivía en mí, como si su vida fuese para mí solo; como si me uniese con todo. Los negros árboles hacían para mí solo un zumbido y los amaba. . Arriba, las estrellas brillaban y yo respiraba su tenue saludo. Escuchaba el cantar de algunas voces, y me parecía que para mí solo cantaban. Todo me pertenecía desde que había roto la corteza de mi pecho, en el que vivía la alegría de dar y de gastar. ¡Oh — pensaba, — qué fácil es dar alegría y sentirla! Basta franquearse a todo, para que se establezca una corriente vital de hombre a hombre, precipitándose desde la altura hasta el abismo, y elevándose otra vez desde la profundidad hasta la altura.

A la salida del Prater, donde había una parada de coches, se encontraba sentada una vieja, vendedora de pasteles y frutas, cuya mercancía estaba cubierta de polvo. Estaba allí desde la mañana, sentada, encogida, con unos pocos céntimos, arrugada de fatiga. ¿Por qué no has de tener tú un poco de alegría — pensé — si yo estoy alegre? Tomé un pastelito y le entregué un billete. Ella, servicialmente, quiso cambiarlo; pero yo me marché y aún pude ver cómo, asustada de su suerte, su figura encogida se erguía y su boca abierta pronunciaba mil bendiciones. Con el pastel entre los dedos me acerqué a un caballo que estaba muy cansado, atado a un coche. Se volvió hacia mí resoplando. También en su pesado mirar hubo gratitud cuando le dí el pastel. Y apenas lo hice, sentí nuevos deseos: quería crear más alegría, sentir muchas voces, cómo con algunas monedas de plata se puede desvanecer un horror, matar una inquietud, encender una alegría. ¿Por qué no había por allí mendigos? ¿Por qué no había niños, que desearan aquellos globos que vendía un viejo cojo, el

mismo que ahora regresaba a su casa desconforme por su mal negocio? Me acerqué a él y le dije:

—Deme esos globos.

—Valen diez céntimos cada uno — me contestó, mirándome con alguna desconfianza. ¿Para qué quería un hombre ocioso, a aquella hora de la noche, los globos?

—Deme todos — dije, entregándole un billete de veinte coronas.

Me miró deslumbrado, y con sus dedos temblorosos me entregó el montón de globos. Sentí como tiraban hacia arriba, cómo anhelaban ser libres para volar por las alturas. “¡Vayan donde quieran, son libres!” Solté la cuerda, y como lunas multicolores subieron inmediatamente. Llegaba gente de todos lados y se reían; salían parejas de la oscuridad. Los cocheros señalaban con los látigos los globos, que subían en libertad sobre los árboles y tejidos. Todos miraban alegremente, contentos de mi dichosa tontería. Nunca había sabido hasta qué punto es fácil producir alegría. Los billetes ardían otra vez en mi cartera; daban tirones también, queriendo ser libres, como los globos, para volar hacia lo desconocido. Saqué los robados a “Lajos” y los de mi propiedad — ya no sentía la diferencia, — y los puse entre mis dedos, dispuesto a regalarlos a quien los quisiera. Me aproximé a un barrendero que limpiaba de mala gana la desierta calle de Prate. Supuso él que deseaba saber la dirección de esta o de otra calle, y me miró poco complaciente. Yo me eché a reír y le ofrecí un billete de veinte coronas. Me quedó mirando con la boca abierta, intrigado por lo que fuera a preguntarle. Pero comencé a reír nuevamente y le dije, alejándome: “Cómprese algo bueno”.

Miré a mi alrededor, y como no se presentaba nadie, ofrecí un billete a una prostituta que me dirigió la palabra; dos a un farolero, arrojé uno por la ventana abierta de una panadería y dejé tras mí una corriente de admiración, gratitud y alegría. Continué mi camino; al final arrugué los billetes y los fuí echando en la calle vacía, uno tras otro, y algunos sobre los peldaños

de una iglesia. Gozaba pensando en las caras que, a la mañana siguiente, pondrían la vieja devota, la criatura, el estudiante pobre o el obrero llenos de admiración y de gozo, como yo me había descubierto a mí mismo con gran alegría aquella noche.

No podría decir dónde eché todos los billetes y las monedas de plata que tenía en el bolsillo. Sentía vértigo, y cuando arrojé el último dinero, me pareció que estaba más liviano, como si pudiera volar, y tuve la sensación de una libertad jamás conocida. La calle, el cielo, las casas, todo se mezclaba en un nuevo sentimiento de posesión y de unión; nunca, ni en las más ardientes horas de mi vida, había percibido tan hondamente la existencia de todas aquellas cosas; nunca había sentido que vivían y que yo también vivía, y que su vida y la mía eran la misma, la grande y feliz vida que comprende el amor y se abraza al abandono.

Sobrevino un último instante, oscuro, cuando después de mi dichosa peregrinación saqué la llave y ante mí se abrió el pasillo de mi departamento, como una negra boca. Entonces me invadió el miedo de que al entrar en la habitación a acostarme en mi cama pudiera entrar nuevamente en mi vida anterior y ligar todo lo que aquella noche había deshecho. ¡No, jamás volvería a ser el hombre que había sido; nunca más sería aquel "gentleman" elegante, correcto y sin sentimientos! ¡¡Era mejor precipitarse en todas las profundidades del horror y del crimen, donde al menos existía una realidad de vida! Estaba cansado, muy cansado, y, sin embargo, temía que el sueño pudiese apagar todo el calor, todo el ardor y toda la vida que esa noche había encendido dentro de mí, como si lo ocurrido no hubiera sido sino un sueño fantástico.

Pero, a la mañana siguiente me desperté muy contento y nada se había desvanecido. Han transcurrido cuatro meses desde entonces, no ha vuelto a mí la parálisis sentimental. La embriaguez de entonces, ese estado en que llegaba a perder de repente el suelo bajo mis pies y precipitarse en lo desconocido; ese ardor excitante lo he perdido ya, naturalmente; pero, desde

entonces, siento mi propia sangre caliente, con voluptuosidad renovada a diario. Sé que me he convertido en otro hombre, con otros sentidos y otra sensibilidad. No me atrevo, desde luego, a afirmar que ahora sea un hombre mejor; únicamente sé que soy más feliz, pues he hallado un motivo para mi vida fría; un sentido que sólo puedo definir con la palabra vida. Desde entonces nada me prohíbo a mí mismo, pues no encuentro sentido a las fórmulas de mi mundo, y no siento vergüenza ni por los demás ni por mí mismo. Palabras como honor, crimen, pasión, me suenan fríamente y no puedo pronunciarlas sin horror. Vivo dejándome vivir de la fuerza que mágicamente me llevó aquella noche. Hacia dónde me empuja, es lo que no me importa: tal vez hacia otro abismo, hacia el vicio o hacia algo sublime. No lo sé ni quiero saberlo. Pero sé que solamente vive de verdad quien vive su suerte como un secreto.

Nunca — estoy seguro de ello — he amado la vida con más ardor que ahora, y ahora sé también que en todas y cada una de las vidas existe un crimen — el único — indiferente en sus diversas formas. Desde que he llegado a comprenderme a mí mismo, entiendo también otras muchas cosas: la mirada deseosa de un hombre delante de un escaparate puede conmoverme, y las cabriolas de un perro entusiasmanme. Me fijo en todo, pues nada me es indiferente. Todos los días leo en el periódico — en el que antes solamente buscaba los anuncios de los espectáculos — cien cosas que me interesan; y libros que antes me aburrían, ahora se abren a mis ojos. Y lo más curioso es también, puedo hablar con la gente, fuera de la charla mundana. Mi criado a mi servicio desde hace siete años, me interesa ahora, y a veces charlo con el portero, a quien había considerado como una columna móvil. El otro día me habló de la muerte de su hija pequeña, y el relato me conmovió más que una tragedia de Shakespeare. Me parece que este cambio es muy visible, que se me transparenta mucho — a pesar de que continúo haciendo mi vida en el círculo de siempre, para no traicionarme,



— porque muchas personas se muestran ahora muy cordiales conmigo, y esta semana me han seguido por tercera vez perros extraños. Los amigos me hablan como a quien ha pasado una grave enfermedad y me dicen que parezco rejuvenecido.

¿Más joven? Sólo sé que ahora empiezo a vivir. Acaso me engañé al opinar que el pasado ha sido un error o una preparación, y me doy cuenta de la arrogancia que supone el tomar una fría pluma y escribir que se vive realmente. Bueno, acaso ello sea un error, pero es el primero que me hace feliz. El primero que ha calentado mi sangre y abierto realmente mis sentidos. Y si escribo el milagro de mi despertar, lo hago para mí, que sé comprenderlo mejor de lo que puedo expresarlo con palabras. Nunca he hablado con mis amigos de este asunto. Jamás han sospechado que yo estaba muerto y nunca sospecharán cómo florezco ahora. Si un día me sorprende la muerte, no me asusta la posibilidad de que estas hojas caigan en mano de otro. No me asusta, porque quien nunca haya experimentado el encanto de una hora así, nada comprenderá o entenderá tan poco como yo mismo hubiese entendido hace medio año; no sabrá que algunos rápidos y casi incoherentes episodios de una noche pueden con su magia encender la suerte ya apagada. No me da vergüenza de él, pues no me comprenderá. Pero quien sepa algo, me juzgará y no tendrá orgullo. Tampoco tendré que avergonzarme de que él me lea, pues me comprenderá. El que una vez se haya encontrado a sí mismo, no puede ya perder nada. Y el que una vez haya comprendido al hombre que lleva dentro, comprenderá a todos los hombres.

## LA MUJER Y EL PAISAJE

Era uno de esos veranos en que a causa de la sequía se dan irremediamente las malas cosechas en el país entero, cuyos horrores conserva el pueblo en su memoria durante muchísimos años. Durante los meses de junio y julio solamente algunos ligeros chubascos habían caído sobre los campos sedientos; pero desde que el calendario indicaba el mes de agosto, ni una sola gota, e incluso arriba, en el alto valle del Tírol meridional, donde yo, como otros muchos, pensábamos encontrar tiempo fresco, el aire era ardiente y la tierra coloreada de azafrán por el fuego solar y por el polvo.

Por la mañana temprano, el sol, pesado y amarillo, miraba, como el ojo de un calenturiento, desde el cielo vacío el paisaje muerto, y según avanzaban las horas, un vapor blanco y denso salía de aquella caldera de cobre y pesaba sobre el valle. A lo lejos levantábanse poderosos, los Dolomitos, brillando sobre ellos pura y clara la nieve; pero de este espectro sólo podían gozar los ojos; era un dolor pensar, al contemplarlos, en el viento fresco que quizá soplaba allí, en tanto que en el valle, lo mismo de día que de noche, un ácido color succionaba los últimos rastros de humedad de nuestros cuerpos. Poco a poco, en aquel mundo de plantas que se ajaban, el follaje languideciente y de arroyos exhaustos, nuestra vida interior se hacía también, como

las horas, ociosas y perezosas. Lo mismo yo que los demás pasábamos el día en nuestras habitaciones, casi desnudos, cerradas las ventanas, esperando abúlicos un cambio, un aire fresco; esperando en un sueño pesado e impotente de lluvia y de tormenta. Y, al poco tiempo, tales inconscientes pensamientos se hacían semejantes a la hierba sedienta de lluvia y nuestro pesado sueño se parecía al bosque inmóvil rodeado de vapor.

El calor aumentaba de día a día, y la lluvia no llegaba. Desde la mañana hasta la noche, el sol quemaba, y su mirada amarilla y atormentadora tenía algo de la perseverancia tonta de un loco. Fuera, como si toda la vida quisiera extinguirse, todo estaba inmovilizado; ya los animales no hacían ningún ruido, y de los campos blancos no llegaba otra voz que el canto de bochorno vibrante, el hervor del mundo ardiente. Me daban intenciones de salir para ir al bosque, donde sombras azules temblaban entre los árboles, y acostarme allí, evitando siquiera la mirada persistente y amarilla del sol; pero aun aquellos pocos pasos resultaban demasiada fatiga para mí. Me quedé, pues, sentado en una butaca de mimbre a la entrada del hotel; una o dos horas, apretándome contra la estrecha sombra que el alero del edificio proyectaba sobre la hierba. Retrocedí una vez, al estrecharse aún más el rectángulo de sombra y sentir el sol, que se arrastraba hasta mis manos. Y me quedé de nuevo así, mirando sonsamente la luz, sin darme cuenta del tiempo que pasaba; sin deseos ni voluntad alguna. El tiempo se perdía en aquella terrible pesadez, y las horas hervían, se disolvían en sueños ardientes e insensatos. Al exterior no sentía otra cosa que la cálida proximidad del aire, y dentro de mí el atropellado latido de la sangre, que palpitaba febrilmente.

De repente me pareció como si a través de la naturaleza pasase un aliento tenue, muy tenue; como si un gemido ardiente y apasionado se alzase en algún sitio. Me levanté. ¿Será el viento? Había ya olvidado sus efectos, pues hacía demasiado tiempo que mis pulmones bebieron su fresco; ni aun apretando contra la

sombra del alero sentía su llegada; únicamente los árboles, allí en la cuesta, habían presentido algo extraño, porque comenzaron a mecerse levemente como si se inclinasen los unos hacia los otros, susurrando. Comenzaban a inquietarse las sombras de mis pies. Movíanse de un lado a otro, como cosas vivas y excitadas, y de pronto, se levantó allá lejos, una profunda vibración. Era, en realidad, el viento que pasaba sobre el mundo; era un soplar, un mugir profundo, como nota de órgano y, en seguida, un fuerte, enorme empujón. Como impulsadas por el terror corrían nubes de polvo por la carretera, todas en la misma dirección; bandadas de pájaros que habían descansado en algún sitio oscuro, cruzaban el aire como una línea negra: los caballos aspiraban la espuma de las aletas de sus narices, y más lejos, en el valle, bramaba el ganado. Algo muy poderoso se había despertado, y debía de estar cerca; lo sabía ya la tierra, lo sabían el bosque y los animales, y también sobre el cielo se iba formando un velo tenue y gris.

Yo temblaba de excitación. Mi sangre era espoleada por finos agujones que sentía en la piel; tenía mis nervios tensos y nunca había sentido como entonces la voluptuosidad del viento y el dichoso placer de la tormenta. Se aproximaba ésta, crecía y se anunciaba cada vez más vecina. El viento iba empujando despacio nubes blancas y jadeaba y soplaba tras los montes, como alguien que lleva una carga enorme. Parábase a veces, como si estuviese fatigado. Entonces los pinos temblorosos se calmaban, parecía que se ponían a escuchar, y mi corazón temblaba. A donde quiera que mirase existía la misma expectación que en mí mismo; habían aumentado las grietas de la tierra, como pequeñas bocas sedientas; también yo sentía cómo se me abrían los poros, distendiéndose en busca del fresco y del frío placer de la lluvia. Involuntariamente mis dedos convertíanse en garras, como si pudiesen hacer presa en las nubes y empujarlas más ligero sobre el mundo sediento.

Pero llegaban ya, mandados por una mano invisible, secos, redondos de lluvia, pues hacían ruido como

cosas sólidas al tocarse, y a veces un débil relámpago surcaba la superficie negra, como un fósforo. Cuando esto sucedía, adquirían por unos instantes un brillo azulado; se aglomeraban aún más estrechamente y descendiendo como el telón metálico de un teatro. Ahora todo el espacio tenía un velo negro; el aire era caliente y apretado contra sí mismo y comenzaba en todas partes un aspecto mudo y horroroso. Todo sentíase ahogado por el negro peso que bajaba: los pájaros cesaron de cantar; los árboles estaban sin respiración y ni siquiera la pequeña hierba temblaba; el cielo era un ataúd de metal, que envolvía al mundo ardiente, en el cual todo se hallaba paralizado, esperando el primer rayo. Yo estaba soñoliento, con los dedos entrelazados por un terror milagrosamente suave, que no me permitía el menor movimiento. Tras de mí oí correr a algunas personas, que venían del bosque o de distintas puertas del hotel; unas sirvientas bajaron las persianas y otras cerraron las ventanas ruidosamente. De pronto, todo aquel mundo, antes inmóvil y excitado se movió, se preparó, se encogió. Únicamente yo me hallaba inmóvil, febril, mudo, pues dentro de mí todo se había concentrado en un único grito que sentía ya en mi garganta: el grito de placer al primer rayo.

En aquel momento oí cerca de mí un gemido, que salía de un pecho atormentado, y tras él, una frase suplicante y ansiosa: “¡Si quisiera llover!”. Tan salvaje, tan elemental era aquella voz, aquel empuje de un sentimiento oprimido, que parecía como si lo hubiese dicho con sus desgarradores labios la propia tierra sedienta o el paisaje torturado y comprimido bajo el peso plúmbeo del cielo. Me volví. Detrás de mí estaba una joven; sin duda la que había pronunciado aquellas palabras, pues sus labios, pálidos y finos, aún se hallaban abiertos, y su brazo, apoyado sobre la puerta, temblaba ligeramente. No se había dirigido ni a mí ni a ninguna otra persona. Inclinábase sobre el paisaje, como sobre un abismo, y su mirada, sin reflejos, estaba fija en la oscuridad, suspendida sobre los pinos. Era una mirada vacía y negra, dirigida al cielo profundo,

como una profundidad sin fondo. La avidez de aquella mirada caía, sin siquiera rozarme, sobre las nubes aglomeradas, sobre la tormenta suspendida. Pude, pues, contemplar tranquilamente a la extraña joven, viendo cómo su pecho se levantaba y bajaba; cómo algo que la ahogaba subíale por el pecho; arrancándose de la fina garganta que salía del vestido, y cómo al final aquel algo temblaba en los labios que se abrían sedientos para decir de nuevo las mismas palabras: “¡Si quisiera llover ya!” Otra vez fué para mí aquella frase un gemido del mundo entero ardiente. Tenía la joven en su silueta de estatua y en su mirada desasida de todo, algo sonámbulo, algo de visionaria. Así, parada con su vestido blanco contra el cielo plomizo, me pareció la representación de la sed y de la espera de la naturaleza languideciente.

A mi lado, sobre la hierba, algo cayó; algo golpeó en la cornisa de la ventana sobre la cálida arena algo cayó ligeramente. De repente se extendió aquello a todas partes y comprendí que eran gotas pesadas: las primeras gotas que se evaporaban, las felices mensajeras de la gran lluvia zumbadora y de la dichosa embriaguez cayeron sobre mí. Encontrábame despierto como nunca. Me adelanté y dejé que algunas gotas cayeran sobre mi mano. Caían pesadamente, y sentí frío sobre los dedos. Tiré la gorra para sentir mejor el aire húmedo sobre mi cabello y sobre mi frente, temblando de impaciencia de dejarme envolverla completamente por la lluvia o de sentirla repiqueteando sobre mi pie, de beberla por los poros y dejarla que entrase hasta la sangre acalorada. Aún eran raras las gotas, pero ya presentía su abundancia, ya comprendía cómo iban a abrirse las esclusas, ya presentía la dichosa caída del cielo sobre el bosque, sobre el denso bochorno del ardoroso mundo.

Pero, cosa rara, las gotas no aumentaban en número. Se podían contar. Caían, una a una, sonaban ligeramente a derecha e izquierda, sin querer unirse en la gran música zumbadora de la lluvia. Caían tímidamente las gotas, y en vez de acelerarse el contacto con ellas

se iban retardando hasta cesar. Fué como si en un reloj se parase de pronto el minuterero, y el tiempo se quedara paralizado. Mi corazón, ardiente de impaciencia, no enfrió. Esperaba y esperaba, pero nada ocurría. Miraba el cielo con una mirada negra y fija, el cielo de frente oscura, y se quedaba silencioso durante unos minutos; pero en seguida pasaba sobre su cara un brillo irónico. Parecía aciararse el occidente; la pared de nubes se deshacía y se alejaba ruidosamente. El velo negro hacía más leve, y bajo el horizonte brillante estaba allí oculto todo el paisaje, lleno de contrariedad, en un impotente desengaño. Un último temblor pasó, como una ira, a través de los árboles, que se encorvaban, y sus manos de follaje, dirigidas ávidamente al cielo, cayeron como muertas. Se hizo más visible el velo, y una mala y peligrosa claridad se cernió sobre el mundo indefenso. Había pasado la tormenta.

Todo mi cuerpo temblaba. Sentía la ira, la loca rebeldía del débil entre el desengaño y la traición. Me daban ganas de gritar, de enloquecer, de romper algo y de hacer algo malo y peligroso. Sentía una necesidad de vengarme. Sentía en mí el tormento de toda la naturaleza traicionada; sentía la ansiedad de la pequeña hierba, el calor de la carretera, el vapor del bosque, el ardor de las piedras calizas, la sed del mundo decepcionado. Mis nervios se quemaban como hilos; los sentía moverse con vibración eléctrica en la atmósfera cargada: ardían como pequeñas llamas bajo la piel tensa. Todo me dolía, todos los ruidos tenían puntas, todo estaba envuelto en diminutas llamas, y cualquier objeto sobre el que posase la mirada, quemaba. Lo más profundo de mi ser estaba excitado; sentía que muchos sentidos, que de ordinario duermen pesadamente en el cerebro, abríanse al igual que pequeñas ventanillas, y por cada una de ellas entraba el calor. No sabía ya si la excitación era mía o del mundo; la fina membrana del sentimiento interpuesto entre mi persona y el mundo, se había roto ya, y todo era una excitación única, comunidad en el desengaño; y mirando al valle, que

poco antes se llenara de luces, fuí sintiendo cómo cada una de ellas me penetraba, cómo me quemaba la sangre cada una de las estrellas. Era una misma excitación sin límites, externa e interna, y en una dolorosa magia notaba que todo hinchábase alrededor de mí, entraba en mi interior y allí crecía. Fué como si un misterioso hueso vivo ardiese en mí, como si en un mágico estado de lucidez sintiera la ira de cada hoja, la densa mirada de cada perro, como el que ahora bajaba con la cola gacha rozando las puertas; todo lo sentía y todo me dolía. Aquel brasero empezaba casi a materializarse, y cuando toqué con los dedos la puerta, crujió ligeramente.

El "gong" llamó ruidosamente a cenar. Su sonido de cobre me penetró hasta lo profundo y me produjo dolor. Me volví. ¿Dónde estaban las personas que antes habían estado aquí formando un mundo ansioso, el cual había olvidado durante los minutos confusos del desengaño? Todos habían desaparecido. Sólo me hallaba en la naturaleza silenciosa. De nuevo medí distancias con mi mirada. Hallábase el cielo vacío, pero no limpio. Bajo las estrellas había un velo verdoso, y de la luna, que se iba levantando, salía el brillo malo de los ojos de los gatos. Todo arriba era pálido, cruel y peligroso, y abajo estaba la noche oscura, con un brillo fosforescente como un mar tropical, con el aliento atormentado y voluptuoso de una mujer desengañada. Aún quedaba arriba la última claridad y abajo la oscuridad sofocante y cansada, hostiles entre sí, en muda lucha, cielo y tierra. Yo respiraba profundamente y sólo había excitación. Puse la mano sobre la hierba: estaba cerca y crepitaba, azul, entre mis dedos.

Llamó de nuevo el "gong". Su sonido muerto me repugnó. Ni tenía hambre ni deseo alguno de ver personas; pero la soledad de allí fuera era terrible. Todo el que no podría soportarlo por más tiempo. Entré en el comedor. La gente estaba ya sentada alrededor de las pequeñas mesas. Todos hablaban en voz baja, lo que para mí resultaba demasiado molesto. Todo lo que rozaba mis nervios excitados me atormentaba. El cuchicheo de



los comensales, el chocar de los cubiertos, el ruido de los platos, cada gesto, cada aliento, cada mirada. Todo me entraba, todo me penetraba como una flecha y me dolía. Tenía que esforzarme para no cometer una grosería pues sentía mi propio pulso: tenía febriles todos los sentidos. Me veía obligado a mirar a cada una de las personas presentes y odiaba a todas viéndolas sentadas pacíficamente, voraces y cómodas, mientras yo ardía. Sentía alguna envidia contra quienes se hallaban tan hartos y seguros, sin ningún interés por el tormento del mundo, sin compasión de la rabia silenciosa que se agitaba en el pecho de la tierra sedienta. Observaba a todos los presentes para ver si entre ellos había alguno compasivo; pero todos parecían descuidados. Allí sólo había personas que descansaban y respiraban despreocupadas, bien despiertas, sin sentimientos, sanas, y yo era el único enfermo, el único que sentía la fiebre del mundo. El mozo me sirvió. Traté de comer algo, pero no me fué posible. Todo lo que fuera contacto me repugnaba. Había en mí demasiado bochorno, vapor, vaho de la naturaleza torturadora, enfermo y paciente.

Junto a mí se movió una butaca. Se movió brusca-mente. Cada uno de los ruidos que produjo tocaron mis sentidos como hierros calientes. Miré hacia donde el ruido partía; había allí unas personas extrañas, huéspedes nuevos, a quienes no conocía: un señor de cierta edad y su esposa, gente tranquila y burguesa que comía con suma tranquilidad. Enfrente de ellos, de espaldas a mí, se sentaba una muchacha joven, probablemente su hija. Vi solamente su nuca blanca y delgada. Encima de ella, negro, de un negro casi azul, el cabello abundante como un casco de acero. Permanecía inmóvil, y por su inmovilidad reconocía en ella a la joven que antes había hallado en la terraza esperando la lluvia como una flor blanca y sedienta. Sus finos dedos jugaban nerviosamente con el cubierto pero sin hacer ruido, y tal silencio me hacía bien. Tampoco ella probaba la comida; sólo una vez tomó ansiosamente el vaso. “También ella — pensé — siente la fiebre del

mundo”; y al pensarlo miré con amistoso interés y de una manera suave su nuca. Adiviné en ella a un ser, al único ser que ardía también en el brasero del mundo, y deseaba que ella sintiera algo de nuestra suerte común. Sentí deseos de gritarle: “¡Siénteme a mí! ¡Siénteme! ¡También yo estoy despierto como tú, también sufro! ¡Siénteme! ¡Siénteme!” La miré con el ardiente imán del deseo. Miré fijamente su nuca, ondulé de lejos su cabello; penetré en ella con mi mirada, la llamé con mis labios, miré y miré, lancé sobre ella toda mi fiebre para que se sintiese unida a mí. Pero no se volvió. Permanecí inmóvil, como una estatua fría y extraña. Nadie me ayudaba. Tampoco ella me sentía. Tampoco en ella sufría el mundo. Sólo yo ardía.

Ya no podía soportar más aquel sufrimiento a mi alrededor. Me atormentaba el olor grasiento y dulce de la comida, y todos los ruidos entraban en mis nervios. Sentía hervir mi sangre y estaba próximo a un desmayo purpúreo. Todo en mí gritaba pidiendo fresco y alejamiento, y aquella tensa proximidad de las gentes me aplastaba. Junto a mí había una ventana. La abrí, la abrí de par en par. Y caso curioso: sentía nuevamente un inquieto y misterioso temblor en mi sangre al mismo tiempo que me absorbía el infinito cielo nocturno. La luna brillaba con un color blanco amarillento, como un ojo inflamado, envuelta en un círculo de vapor, y sobre los campos se arrastraba como un fantasma un vaho pálido. Cantaban los grillos febrilmente; parecía que había en el aire cuerdas tendidas en las que se producían los sonidos, de aguda estridencia. De vez en cuando, un sapo croaba locamente, aullaban los perros y a lo lejos mugían otros animales; me acordé de que en tales noches la fiebre envenena la leche de las vacas. La Naturaleza estaba enferma, y por todas partes había aquella silenciosa y acre rabia; miré por la ventana como moviéndome en un espejo del sentimiento. Todo mi ser inclinábase hacia afuera, y mi bochorno y el del paisaje se confundían en un abrazo silencioso y húmedo.

Volvió a moverse una butaca a mi lado y sentí sorprenderme. Había terminado la cena y la gente se levantaba ruidosamente; también mis vecinos se levantaron y salieron. Primeramente el padre, con rostro satisfecho de hombre harto, y con una mirada sonriente y afable; después la madre y, por último, la chica. Sólo pude ver su cara. Era pálida, del mismo color de la luna y tenía aún sus labios abiertos. Pasó por mi lado de un modo silencioso, pero sin ligereza. Había en ella algo de cansancio que me recordaba lo que yo sentía. La sentí aproximarse y eso me excitó. Algo dentro de mí deseaba una familiaridad entre nosotros; quería que su vestido blanco me tocase levemente, o sentir el perfume de su cabello. En aquel momento me vió. Su mirada fija y negra me penetró; se quedó asida a mí como fascinándome, y ya no percibía más que aquel mirar; desapareció ante mis ojos su rostro blanco y sólo sentí la oscuridad en que me precipitara como en un abismo. Todavía dió ella un paso, pero sin dejar de contemplarme; su mirada era para mí como una lanza negra que se me hincaba cada vez más profundamente. Ahora su punta tocó mi corazón, que se paró. Seguía mirándome fijamente, y yo estaba sin aliento; fueron segundos en los cuales me sentía atraído por el negro imán de sus pupilas. Pasó, e inmediatamente sentía correr mi sangre como brotando de una herida, y circular por todo mi cuerpo excitadamente.

¿Qué había sido aquello? Me desperté como de una muerte. ¿Era la fiebre la que me ponía en tal estado al paso de una persona cualquiera? Pero habíame parecido sentir en aquel rostro la misma rabia silenciosa, la misma insensata ansiedad y la misma sed que ahora notara en todo, en la luna roja, en los sedientos labios de la tierra, en la aulladora tortura de los animales; la ansiedad que relumbraba y temblaba en mi propio ser. ¡Oh, cómo se mezclaba todo en aquella pesada y fantástica noche. ¡Cómo desaparecía todo ante aquella sensación de espera y de impaciencia! ¿Era una locura mía o del mundo? En mi excitación exigía una respuesta y me dirigí al hall. Allí estaba ella, sentada

en un sillón, al lado de sus padres. Su peligrosa mirada era invisible tras los párpados caídos. Parecía leer un libro, pero yo no creí que lo hacía en realidad. Tenía la seguridad de que, si en efecto, sufría también ella con el loco tormento del mundo, no podría descansar cómodamente en una sosegada contemplación, y que su actitud significaba solamente una manera de rescatar su sufrimiento a la curiosidad de los extraños. Me senté frente a ella, la miré fijamente y esperé de manera febril aquella mirada que me había encantado para ver si volvía a darme la clave del secreto. Pero no se movió. Su mano hojeaba distraídamente el libro, y su mirada quedaba oculta. Esperé frente a ella, esperé con creciente ardor, y mi voluntad, asistida de un poder misterioso, tendíase hacia ella casi materialmente, procurando terminase su disimulo. En medio de cuantos allí conversaban cómodamente, fumaban o jugaban a las cartas, comenzó una lucha muda. Comprendí que ella no quería levantar la vista; pero, cuando más se negaba, mayor era mi deseo en contrario, y me sentía fuerte, pues estaba en mí mismo la espera de la naturaleza, la tierra sedienta y el ardor del mundo engañado. Y así como el húmedo bochorno de la noche entraba por mis poros, así mi voluntad estrechábase contra la suya; yo sabía que muy pronto debía darme su mirada, que debía hacerlo. Al fondo de la sala alguien comenzó a tocar el piano. Como perlas caían los distintos tonos, ligeros, en fugitivas escalas; a uno y otro lado, algún coro reía en voz alta de una broma inocente. Yo lo oía todo, sentía todo lo que allí ocurría, pero sin abandonar mi idea. Iba contando los segundos mientras tiraba de sus párpados, los succionaba y trataba de levantar la cabeza, tercamente inclinada hacia abajo, con el poder hipnótico de mi voluntad. A cada minuto que pasaba — seguían cayendo las perlas de los distintos tonos — sentía que la fuerza me dejaba: pero entonces ella levantó bruscamente la cabeza y su mirada se dirigió a mí, directamente a mí. Era la misma mirada sin fin, aquella horrible mirada negra y chupadora, aquella sed que me sorbía sin que pudiera resistirme.

Miré fijamente sus pupilas como el negro objetivo de una máquina fotográfica, y sentí que su mirada tiraba primeramente de mi rostro, que yo entraba en ella, en la sangre extraña, y que se desligaba de mí; el suelo desapareció bajo mis pies y sentí la dulcedumbre de una caída vertiginosa. Arriba, muy alto, seguía oyendo las escalas musicales; pero yo no supe nada de lo que pasaba conmigo. Mi sangre se había desvanecido y mi respiración se había paralizado. Sentí cómo se ahogaba aquel momento, o aquella hora o aquella eternidad... Y en tal instante ella bajó nuevamente los párpados. Subí nuevamente a la superficie como quien ha estado a punto de ahogarse y sale del agua helada, temblando de fiebre y de peligro.

Mis manos temblaban. Sabía yo que aquel juego apasionado, de espera por mi parte y de resistencia por la de ella, iba a empezar de nuevo; que durante unos minutos yo debía exigir con todas mis fuerzas, para de repente, sumergirme en las negras llamas de su mirada. Tenía húmedas las sienes y me hervía la sangre. No pude tolerarlo más. Me levanté y salí sin volverme. Ante la casa iluminada extendíase anchamente la noche. El valle había desaparecido y brillaba el cielo, húmedo, como musgo mojado. Tampoco allí había fresco, por todas partes. Aquella peligrosa alianza de sed y ebriedad que sentía en mi sangre. Cerníase sobre los cuerpos, algo malsano, húmedo, como la respiración de una persona atacada de una intensa fiebre; los densos vapores color de leche se iban amontonando; relumbraban fuegos distantes, deslizándose a través del aire denso, y alrededor de la luna, un círculo amarillo le daba un mal aspecto a su mirada. Me sentía cansado como nunca, y me dejé caer en un sillón de mimbre. Parecían desprenderse los miembros de mi cuerpo, y extendido en él quedé inmóvil. Recostado contra el mimbre, que cedía a mi paso, por primera vez sentí el bochorno como algo agradable. Ya no me atormentaba; sentía que se aproximaba tierna y voluptuosamente. Permanecí con los ojos, cerrados para no ver y sentir, en cambio, fuertemente, la naturaleza, todo lo vivo que me ro-

deaba. La noche me envolvía como un pulpo, como un ser blando, resbaladizo, chupador, que me penetraba y me palpaba con mil labios. Estaba sentado, sintiendo cómo iba cediendo, cómo iba dándome a aquel algo envolvente que bebía mi sangre, y por primera vez sentí todo aquello como el denso abrazo de una mujer que se deshace en un dulce éxtasis de abandono. Dulce terror sentía yo hallándome sin resistencia, entregado todo mi cuerpo al mundo; la invisible me palpaba de un modo milagroso, traspasaba mi piel, aflojaba mis articulaciones, y yo no me defendía contra la flaqueza de mis sentidos. Se alejaba aquella nueva sensación y sentía todo como un sueño: la noche y aquella mirada, la mujer y el paisaje, eran una sola cosa, y perderse en ella sería suave y agradable. Parecíame a veces como si aquella oscuridad fuese ella, y el calor que envolvía mis miembros, el cuerpo de ella, deshecho en la noche como el mío, y sintiéndolo así en sueños me engolfaba en la cálida y negra ola de voluptuosa perdición.

Algo me sobresaltó. Me buscaba en todos mis sentidos sin encontrarme. Y reconocí entonces cómo me hallaba y cómo había dormido quizá una hora o más, pues estaba apagada la luz del hotel y todos se habían retirado. Tenía el cabello húmedo sobre las sienes, y aquel confuso sueño parecía haber caído sobre mí como un rocío caliente. Todo confuso me levanté para entrar en el hotel. Pero la confusión reinaba también a mi alrededor. Algo mugía a distancia, y de vez en cuando, un siniestro relámpago surcaba el cielo. Tenía el aire color de fuego y de chispas; un brillo amenazador mostrábase tras de los montes, y en mi interior, fosforecían recuerdos y presentimientos. Tuve deseos de quedarme para recogerme en mí mismo y gozar de tal estado misterioso, pero era ya tarde y entré.

El hall estaba vacío y sobre las sillas daba la luz pálida de un farol blanco. Aquel vacío, sin vida alguna, parecía fantástico, e involuntariamente amasé y situé allí la delicada figura de aquel ser misterioso que tanto me había confundido con sus miradas. En el fondo de mi persona, su mirada vivía aún. Sentía cómo me

miraba desde la oscuridad; un mágico presentimiento la olfateaba entre las paredes, y su promesa excitaba mi sangre. Y persistía aún el bochorno. Al cerrar los ojos sentí chispas purpúreas tras los párpados. Dentro de mí relucía aún el día blanco y ardiente, y aun brillaba en mi interior febril la noche húmeda reverberante y fantástica.

Pero no podía quedarme en el pasillo, oscuro y abandonado. Subí, contrariado, la escalera. Había en mí una resistencia que no podía vencer. Estaba cansado, y, sin embargo, me parecía demasiado temprano para acostarme. Una especie de misterioso husmeo prometíame una aventura, y mis sentidos todos palpaban en torno para sentir algo vivo o caliente. Brotaban de mi persona como finos tentáculos, tentando el pasillo, tentando todas las puertas; todos mis sentimientos se metían en la casa como antes lo habían hecho en la Naturaleza, y así sentía yo el sueño, la respiración pacífica de muchas personas, la perezosa circulación de la sangre gorda y negra, y al mismo tiempo, la magnética atracción de una fuerza incógnita. Presentía que algo en mí había muy despierto. ¿Era aquella mirada o el paisaje lo que me había llenado de tal locura? Parecíame sentir algo blando a través de las paredes; una tenue llama de inquietud temblaba en mí, trayendo hacia ella la sangre, sin extinguirse. Contra mi voluntad, subía la escalera, parándome en cada escalón y escuchando, no sólo con mis oídos, sino con todos los sentidos. Nada me hubiera parecido milagroso; todo en mí esperaba algo extraordinario, algo nunca visto, pues sentía que la noche no podía terminar sin un milagro, que no podría acabar sin un rayo. Escuchando así en la escalera, me sentí nuevamente unido al mundo de fuera, que se distendía en su impotencia y giraba pidiendo una tormenta. Pero no se movía nada. Únicamente leve aliento pasaba a través de la casa silenciosa. Sufriendo mi engaño y fatigado, subí los últimos escalones; temía a mi habitación, solitaria como un ataúd. El pestillo brillaba difusamente en la oscuridad, y su contacto era húmedo y caliente. Al fondo estaba abierta la ventana, mostrando un oscuro

rectángulo con cimas de pinos del bosque y un pedazo de cielo con nubes. Oscuro estaba todo, fuera y dentro, el mundo y mi habitación; únicamente — extraño e inexplicable — en la ventana había algo estrecho y blanco, recto como un rayo de luna perdido. Sorprendido, me aproximé para ver qué era lo que brillaba de manera tan clara en la noche sin luna. Me acerqué y algo se movió. Aquello me extrañó; pero no me asusté, pues algo había en la noche de preparación para lo fantástico, y todo estaba presentido. Ningún encuentro me hubiese parecido demasiado raro, y aun menos aquél, pues realmente... era ella la que allí estaba, en la que yo, inconscientemente, pensaba a cada uno de mis pasos sobre la escalera de la casa adormecida: aquella cuyo velar habían notado mis sentidos a través de paredes y suelos. Vi su cara sólo como un ligero brillo, su vestido de noche, que la envolvía como un vapor blanco. Estaba apoyada en la ventana, y todo su ser inclinábase hacía el paisaje, atraído por el espejo de la profundidad, semejante a una figura de cuento de hadas, a una Ofelia sobre el estanque.

Me aproximé más, tímido y, al mismo tiempo, excitado. Ella debió oír el ruido, pues se volvió. Yo no acertaba a saber si me veía o si me oía, porque no había en ella ningún signo de temor o de resistencia. Todo era silencio a nuestro alrededor. Salía de la pared el ligero tic-tac de un pequeño reloj. Todo era silencio, y de repente, ella dijo en voz baja: "Tengo miedo".

¿Con quién hablaba? ¿Me había reconocido? ¿Era a mí a quien quería dirigir la palabra? ¿Hablaban en sueños? Era la misma voz y el mismo tono tembloroso que por la tarde se había dirigido a las nubes antes que a mí. Era curioso, pero no extraño ni confuso. Me acerqué para calmarla y tomé una de sus manos. La tenía como yesca, ardiente y seca. Me abandonó su mano sin pronunciar una palabra. Todo en ella estaba falto de energía, indefenso, muerto. Solamente sus labios murmuraban como desde una gran distancia: "Tengo miedo, tengo miedo", y de inmediato un suspiro como el de un moribundo: "¡Ah, qué bochorno!" Venía la voz



de lejos y, no obstante, parecía un secreto susurrado entre nosotros dos. Pero yo sentía que no hablaba conmigo.

Tomé su brazo. Tembló un poco, como aquella tarde los árboles, pero sin defenderse. La agarré con más fuerza, y ella otorgó. Débil toda ella e incapaz de resistirse, como una ola caliente, sus hombros caían sobre mí. La tenía tan cerca que podía aspirar el perfume de su piel y el húmedo aroma de su cabello. Quedé inmóvil y ella permaneció muda. Todo aquello era curioso, y mi curiosidad empezó a removerse. Poco a poco iba creciendo mi impaciencia. Toqué con mis labios su cabello; no se defendió. Entonces besé sus labios. Los tenía secos y calientes, y al besarlos se abrían como para besar los míos; pero no con sed de pasión, sino con el tranquilo y ávido chupar de un niño; sentí que era una sedienta, y su cuerpo esbelto, que notaba cálido a través del vestido ligero, se estrechaba, como sus labios lo habían hecho contra los míos, contra mi cuerpo. Sin fuerza, pero lleno de una fuerte ansiedad, como antes lo había hecho la noche. Y tal como la tenía — mis sentidos bullían aún en confusión — sentía en mi cuerpo la tierra recalentada y húmeda de fuera, el paisaje ardiente e imponente. La besé y la besé, y me parecía que estaba gozando allá fuera del gran mundo expectante, como si el calor que despedían sus mejillas fuese el vaho de los campos, como si el campo respirase por su pecho blanco y cálido.

Pero cuando quise con mis labios, por su rostro errabundo, llegar hasta sus ojos, cuyas negras llamas había sentido, vi sorprendido que tenía los párpados fuertemente cerrados. Era una máscara griega, de piedra; era ahora Ofelia muerta sobre el agua; tenía la faz pálida y sin vida de las olas oscuras. Me impresioné. Por primera vez sentí la realidad de aquel fantástico acontecimiento. Me estremecí al reconocer que tenía en mis brazos a una mujer abandonada de sus sentidos, a una enferma, a una sonámbula, empujada hasta allí por el bochorno de la noche, como la roja y amenazante luna; a su ser que no sabía lo que hacía y que tal vez nada

quería de mí. Me asusté y sentí el peso de ella en mis brazos. Con mucha precaución intenté colocarla sobre una silla o sobre la cama, huyendo de aprovechar aquel estado suyo confuso para buscar placeres que no deseaba ella, sino el demonio, dueño de mi sangre. Mas apenas se percató de mi intención, comenzó a exhalar tenues gemidos. “¡No me dejes, no me dejes!” Sus labios chupaban más voluptuosamente y su cuerpo se apretaba más contra el mío. Tenía la cara completamente desfigurada, y me di cuenta, con terror, de que ella quería despertar y no podía, de que sus sentidos ebrios pugnanaban por evadirse de aquella cárcel de inconsciencia. Pero precisamente, el hecho de que bajo la máscara de plomo algo luchaba por romper el encanto, significaba para mí una gran tentación: la de despertarla, la de forzarla a hablar, la de verla como un ser real y no sólo como una sonámbula; quería, a todo precio, despertar a aquel cuerpo dormido. La atraje de nuevo hacia mí, la sacudí; mis dientes se hicieron en sus labios y mis dedos en sus brazos, tratando de que ella abriese los ojos e hiciese despierta lo mismo que hacía presa de un oscuro y bochornoso impulso. Mas ella no hacía sino doblegarse y gemir bajo la dolorosa presión: “¡Más! ¡Más!, decía con fervor que me elevaba a cimas de voluptuosidad. Sentí que estaba próxima a despertarse, pues sus párpados cerrados comenzaban a moverse convulsivamente. De pronto noté que una lágrima corría sobre su mejilla y dejaba en mi boca un sabor salado. La apreté más y hubo una lucha terrible en su pecho; hizo una contorsión de miembros, como queriendo romper un círculo que la envolviera, y súbitamente — fué como un rayo en la noche — algo se quebró en ella. Naturalmente me pareció muy pesada, me abandonaron sus labios, cayeron sus brazos, y al colocarla yo sobre la cama se quedó como muerta. Me asusté. Casi sin darme cuenta palpé sus brazos y sus mejillas. Estaba fría. Era de piedra. Sólo en sus sienes la sangre daba su leve tic-tac. Permanecía allí como una estatua de mármol, con las mejillas húmedas de lágrimas y respirando de modo apenas perceptible. De vez en cuando un

movimiento convulsivo pasaba sobre ella como una ola creciente. Cada instante que pasaba semejábese más a una imagen. Sus rasgos se volvieron más humanos, más infantiles, más claros. El espasmo había pasado. Habíase adormecido.

Me quedé sentado junto a la cama, reclinado sobre ella. Dormía pacíficamente, como un niño, con los ojos cerrados, y en torno a la boca una leve sonrisa animada por un sueño, e incliné sobre ella para mirarla más de cerca, y sentí su respiración en mis mejillas. Pero cuanto más se acercaba, tanto más lejana, más misteriosa me parecía. ¿Dónde estaba ahora con sus sentidos, que habían sido de piedra, ella, la empujada por la ardorosa corriente de una noche bochornosa hacia mí, un extraño? ¿Quién era la que estaba allí, bajo mis manos; de dónde venía y a quién pertenecía? Nada sabía de ella, y ahora sentía que nada había de familiar en su rostro. Me dieron ganas de despertarla de aquel su extraño sueño a mí, en mi misma habitación, cerca de mi vida, y sentía, al mismo tiempo el terror del primer encuentro con sus sentidos despiertos. Así permanecí sentado durante una o más horas, inclinado sobre el sueño de un ser extraño, y poco a poco me fué pareciendo como si no fuese una mujer la que se había aproximado por rara aventura a mí, sino la noche misma, el secreto de la Naturaleza sedienta y atormentada que en mí habíase manifestado. Me pareció como si bajo mis manos estuviese el mundo entero, ardiente, con sus sentidos bien despiertos; como si la tierra se hubiese revelado y me la hubiese enviado como una mensajera de la noche fantástica.

Se produjo un ruido tras de mí. Me volví rápidamente, sobresaltado como un criminal. Sonó la ventana como si un niño gigantesco la hubiese golpeado. Tras de ella había una cosa extraña: cambiaba la noche, nueva y amenazadora, brillante en medio de la oscuridad y dinámica. Se notaba un zumbido, un confuso rumor y algo que formaba en el cielo una torre negra, algo que se lanzaba contra mí, frío, húmedo y con ímpetu salvaje: el viento. Salía de la oscuridad, pode-

roso, fornido, y sus puños sacudían las ventanas y martilleaban la casa. La oscuridad habíase abierto como una terrible garganta; llegaban nubes que construían paredes negras con velocidad vertiginosa, y algo pasaba mugiendo entre el cielo y tierra. Aquella corriente habíase llevado el pertinaz bochorno; todo se agitaba, se distendía; de un lado a otro del cielo había una furiosa huída, y los árboles, fuertemente arraigados en la tierra, gemía bajo el látigo invisible y zumbador de la tempestad. De repente, un rayo blanco hendió el cielo hasta la tierra. Tras él tableteó el trueno, como si las nubes se precipitasen en el abismo. Algo se movió a mis espaldas. Ella habíase incorporado a medias. El rayo había arrojado de sus ojos el sueño. Miraba aturdidamente. “¿Qué hay? — decía. — ¿Dónde estoy?” Y su voz había cambiado. Vibraba en ella todavía el miedo; pero ahora su sonido era claro, agudo y puro como el aire renovado. De nuevo, un rayo cortó el paisaje: durante un instante vi iluminados los contornos de los pinos, sacudidos por el temporal; las nubes, que corrían por el cielo como animales rabiosos; la habitación, blanca como la cal, y aún más blanca la cara de ella. Se incorporó de inmediato. Sus movimientos eran tan ágiles como nunca en ella los había visto. Me miró fijamente en la oscuridad. Su mirada era más negra que la noche. “¿Quién es usted?... ¿Dónde estoy?”, murmuró cubriendo su pecho con el vestido. Me aproximé para calmarla; pero ella retrocedió: “¿Qué quiere usted?”, gritó con todas sus fuerzas. Traté de hallar una palabra, de hablarle para tranquilizarla; pero recordé que no sabía su nombre. Nuevamente, un rayo lanzó su luz sobre el dormitorio y ella pareció cubierta de fósforo. Aterrorizada, tenía los brazos extendidos, en un ademán de defensa, y en su mirada vigilante había un odio inmenso. En balde traté de hablar, de explicarle, porque ella huyó, abriendo la puerta indicada por la luz de un nuevo rayo. Y el ruido de la puerta al cerrarse se mezcló al estampido del trueno.

Entonces comenzó un gran zumbido: arroyos preci-

pitándose desde una infinita altura, a modo de cascadas, y la tempestad los balanceaba como a cables mojados. De cuando en cuando entraban en la habitación gotas de agua helada y un aire dulce y aromático. Me asomé a la ventana; tenía mojado el cabello, y diminutas cascadas corrían sobre mi cuerpo. Sentíame feliz de sentir el elemento puro; me parecía también que deshacía mi bochorno en los rayos, y me dieron ganas de gritar de placer. Lo olvidé todo, respirando con arrobó, sintiéndome fresco, succionando el frescor con la tierra, como el país entero; sentía el escalofrío de los árboles que se encorvaban bajo las carnes mojadas de la lluvia. Puramente bella era aquella lucha nupcial cuyo placer sentía yo también. Lanzaba el cielo sus rayos y precipitaba el trueno sobre la tierra en un abrazo rabioso de la altura con la profundidad, como de generación a generación. Gemían los árboles voluptuosamente, y los rayos ardientes unían las distancias. Todo se rompía y todo se hundía, noche y luz; un nuevo hábito milagroso en que iban mezclados el aroma de los campos y el aliento del fuego celeste me penetraba. Tres semanas de ardor acumulado daban en aquella lucha rienda suelta a su ira. Me parecía que la lluvia entraba por mis poros y el viento se me metía en el pecho, y no me sentía ya aislado, sino como si fuera yo el mundo, el temporal, el terror, ser vivo y noche en aquella mutación de la naturaleza. Y entonces, cuando empezaba a calmarse la naturaleza, cuando los rayos brindaban su brillo azul, cuando ya el trueno retumbaba de modo paternal, cuando la lluvia caía rítmicamente en el viento cansado, sentí también que mis nervios vibraban con una dulce música. ¡Ahora a dormir con la naturaleza y a despertarse con ella! Me desnudé y me acosté. Las sábanas conservaban todavía la forma del cuerpo extraño. Las sentí confuso, y de nuevo la aventura de aquella noche quería entrar en mi memoria, pero ya no podía comprenderla. Fuera, la lluvia zumbaba arrastrando mis pensamientos. Sentí todo como en un sueño. Me esforzaba por ordenar mis ideas; pero la lluvia seguía zumbando y la noche

suave era como una maravillosa cuna en la que entraba y dormía.

Cuando al día siguiente miré por la ventana, vi un mundo cambiado. El paisaje, con sus contornos definidos, tenía una luz segura y sobre él se extendía el horizonte azul y distante. El límite estaba trazado claramente; lejos estaba el cielo que ayer se había confundido con los campos y los había fertilizado. Ahora estaba lejos, sin contacto alguno, sin tocar en un punto a su mujer, la tierra aromática y harta. Un abismo azul extendíase fríamente entre él y la profundidad; el cielo y el paisaje se miraban sin deseos extraños.

Entré en el comedor. La gente se había ya reunido. Su carácter era distinto que en las terribles semanas de bochorno. Todo se movía. Sus risas sonaban claramente; sus voces, eran sonidos melodiosamente metálicos, aquella torpeza que los paralizaba, habíase ido y, y el espeso círculo que los envolvía se había caído. Me senté entre ellos sin ningún sentimiento de hostilidad, busqué a aquella cuya imagen casi se me había desvanecido durante el sueño. Allí estaba, en realidad; en una mesa vecina, entre su padre y su madre; allí estaba sentada la que tanto buscaba. Estaba alegre, y yo oía su risa metálica y despreocupada. Ella no se apercibió de mi presencia. Contaba algo que le hacía gracia, y entre sus palabras brotaba su risa infantil con tintineo de perlas. A los pocos momentos su mirada se fijó en mí, e involuntariamente se detuvo un momento en su conversación. Me miró más fijamente. Algo le parecía extraño; sus cejas se arquearon y sus ojos me consultaron al mismo tiempo que hacía esfuerzos por recordar. Su rostro adquirió una expresión atormentada, como queriéndose acordar de algo que hubiese olvidado. Con cierta expectación la observé, tratando de ver si en su mirada había algún indicio de excitación o de rubor; pero ella miró en seguida en otra dirección. Transcurrido un minuto, volvió a mirarme. Examinaba mi rostro nuevamente. Sólo durante un segundo sentí entrar en mí la sombra negra; pero sus ojos me abandonaron tranquilos, y por la claridad de su mirada, por

el alegre movimiento de su cabeza, me dí cuenta de que nada sabía de mí, de que lo común entre ambos había-se sumergido en la obscuridad mágica. Eramos extraños y lejanos como el cielo y la tierra. Hablaba con sus padres, movía graciosamente sus esbeltos hombros de virgen, y al sonreír brillaban con alegría sus dientes entre sus finos labios, de los cuales — apenas hacía algunas horas — había yo bebido la sed y el bochorno de un mundo entero.

## LA CALLEJUELA A LA LUZ DE LA LUNA

El buque había llegado atrasado por alguna tempestad, entrando tarde en el pequeño puerto francés; el rápido de la noche para Alemania había salido. Debía, pues, inesperadamente, quedarme en una ciudad desconocida, pasar una noche sin otro entretenimiento que una melancólica orquesta femenina en un establecimiento de los barrios bajos, o la charla aburrida de un compañero de viaje. En el reducido comedor se hacía el aire insoportable, denso de aceite y pesado de humo como era, yo, que conservaba aún en mis labios el puro aliento del mar fresco y salado, sentía más aquella turbiedad e impureza. Salí y eché a caminar por una calle ancha y alumbrada, hasta una plaza en que estaba tocando una banda militar, y seguí mi camino por medio de la multitud. En un principio resultábame agradable verme mezclado involuntariamente con aquella gente indiferente, vestida al uso provincial; pero luego no pude ya soportar el contacto con tanta gente extraña, y me molestaba su risa irónica, sus inconscientes empujones, la luz que salía de mil pequeñas fuentes y aquel escarbar de mil pasos. La travesía había sido agitada y aún fermentaba en mi sangre, una confusa sensación: todavía sentía bajo mis pies el piso resbaladizo y el balanceo, y parecíame que la tierra se movía como respirando y que la calle balanceábase hasta



el cielo. Sentí de pronto el vértigo dentro de aquel tumulto, y para ponerme a salvo de él, entré en una calle lateral, sin parar la atención en su nombre, y de aquella a otra más pequeña, hasta no oír ningún ruido. Entonces continué mi camino sin rumbo por aquel laberinto de callejuelas semejantes a una red de venas, y en cada una que entraba había más oscuridad que en la anterior. En la última no había ya arcos voltaicos, esas lunas de los bulevares, y por encima del pobre alumbrado se podían ver las estrellas y un cielo como un velo oscuro.

Debía de estar cerca del puerto, en el barrio de los marineros, a juzgar por el olor a pescados podridos, por el dulce aroma de las plantas marinas y la putrefacción de las algas arrastradas a tierra por la corriente y por aquel vaho especial, mezcla de malos olores, propios de las habitaciones sin ventilar, vaho que se acumula en los rincones hasta que llega una gran tempestad trayendo nuevo alimento. Me hacía bien aquella incierta oscuridad y aquella inesperada soledad; retuve mis pasos, observando diferencias entre unas y otras callejuelas vecinas entre sí; aquí había una pacífica, y más allá otra galante, pero todas eran oscuras y en todas se oía un sonido apagado de música y de voces que salían de lo invisible, de modo que apenas se podía adivinar cuáles eran sus fuentes subterráneas. Todas las puertas estaban cerradas y sólo se veían guiños de luces rojas y amarillas.

Yo amo estas callejas de ciudades extrañas, esos sucios mercados de todos los vicios, esa secreta aglomeración de todas las seducciones para los marineros que pasan en ella una noche tras otras muchas solitarias en mares extranjeros y amenazantes, con el sólo fin de realizar en una hora todos sus sueños de voluptuosidad. Deben esconderse en un barrio bajo de la ciudad estas pequeñas callejuelas, ya que ellas anuncian de manera arrogante lo que las casas bien iluminadas, de cristales brillantes y vecinos distinguidos esconden bajo cien caretas. Aquí la música suena y llama desde los pequeños establecimientos, los "cines" anuncian esplen-

dores nunca imaginados por medio de carteles de vivos colores, lucecitas rectangulares se inclinan bajo los umbrales, haciendo un saludo familiar y una muy perceptible indicación, y por entre las rendijas de una puerta medio abierta reluce la carne desnuda bajo los oropeles. En los cafés hay bullicio de voces de borrachos y riñas de jugadores. Los marineros se ríen alegremente al encontrarse y sus miradas se encienden bajo todas las promesas, pues de todo hay aquí, mujeres y juego, bebidas y teatros, las aventuras sucias. Pero todo ello aparece tímidamente amortiguado por las cortinas corridas con hipocresía; todo está dentro, y eso es precisamente lo que más excita: la doble seducción de secreto y de fácil acceso. Todas estas callejuelas iguales entre sí, lo mismo es en Hamburgo, que en Colombo, que en La Habana, al igual que sucede en las grandes avenidas, pues la cima y el fondo de la vida en todas partes tienen el mismo aspecto. Son los últimos restos fantásticos de un mundo sin ordenar, en el cual los apetitos todavía brutales se descargan sin freno, son un bosque oscuro de pasiones y vicios, una espesura llena de bichos, excitantes por lo que exhiben y atrayentes por lo que esconden. Se puede soñar en ellas.

Así era también aquella callejuela en que yo me encontraba. Había seguido, al azar, a unos coraceros, cuyos sables chocaban contra las piedras del pavimento. Desde un "bar" les llamaron algunas mujeres; ellos se echaron a reír, dijeron varios chistes indecentes y se oyó una blasfemia; luego siguieron su camino, su risa se alejó y ya no les oí más. Nuevamente quedó silenciosa la calle y unas ventanas brillaron a la luz nebulosa y mate de la luna. Me paré aspirando aquel silencio que me parecía misterioso, de sensualidad y de peligro. Sentí claramente que aquel silencio era mentira y que bajo el turbio vaho ardía lentamente el mundo en putrefacción. Yo estaba allí escuchando en el vacío. Yo no tenía conciencia de la ciudad, ni de la calle, ni de su nombre, ni del río, y únicamente sentía que era un extraño allí, que estaba desasido en un lugar des-

conocido, que no tenía idea concreta ninguna, ninguna misión, nada que con él me relacionara, y sin embargo, sentía alrededor de mí la vida oscura tan bien como mi sangre bajo la piel. Sentía únicamente que nada de lo que ocurría estaba dedicado a mí, pero que todo me pertenecía; tenía ese dichoso sentimiento de vivir auténticamente y con indiferencia, sentimiento que pertenece a las fuentes vivas de mi ser más íntimo y que cae sobre mí como un placer en los sitios desconocidos. De pronto, cuando estaba escuchando en la calle solitaria, casi en espera de algo que debía ocurrir, de algo que me empujase fuera de aquel sentimiento de sonámbulo, oí atenuada por la distancia o por la pared, una canción alemana, aquella sencilla aria de la ópera "El Freischütz": "Lindo, verde, corona virginal". Una voz femenina la cantaba; por cierto muy mal; pero era una melodía alemana allí en un rincón extranjero y me resultaba especialmente fraternal. No sabía dónde se cantaba, pero me daba la impresión de un saludo, pues eran las primeras palabras de mi lengua materna oídas desde hacía semanas. ¿Quién — me preguntaba — hablará aquí mi lengua? ¿A quién impulsa un recuerdo a cantar esta pobre canción en esta salvaje calle? Iba palpando con mi vista una tras otra las casas, todas con los postigos cerrados, tras los cuales alguna luz brillaba discretamente o una mano llamaba. Fuera había rótulo o carteles llamativos, y los "bares" discretos ofrecían "ale", "whisky" o cerveza; pero todo recatando e invitando al mismo tiempo. Y en medio de todo aquello — algunos pasos sonaban a lo lejos — siempre aquella voz, trinando más cerca cada vez; reconocí la casa de donde procedía. Dudé unos momentos y fui hacia la puerta, cubierta con cortinas blancas. En aquel momento percibí algo vivo, que al parecer había estado observando contra los vidrios, y se asustaba: un rostro inundado por la luz roja del farol, y pálido al mismo tiempo; un hombre que me miraba fijo; con los ojos muy abiertos, murmuraba algo como una disculpa y desaparecía en la penumbra de la calle. Un saludo extraño

era aquél. Seguí al desconocido con mis ojos. En la sombra de la calleja algo de su figura vi moverse todavía, pero confusamente ya. Del interior de la casa seguía saliendo la canción, que comenzó a parecerme más clara. Aquello me atraía. Abrí y entré bruscamente. La canción quedó cortada como con una cuchillo. Con cierto susto sentí ante mí un vacío y una silenciosa hostilidad, como si yo hubiese roto algo. Poco a poco fuéronse orientando mis ojos; el local estaba casi vacío, pues no había allí más que un armario y una mesa, y servía probablemente de antesala a la habitación de detrás, que con la puerta medio abierta, con su luz mortecina y su cama preparada, indicaba muy a las claras su uso. Sobre la mesa se apoyaba una joven pintada y fatigada, y junto al armario se encontraba la dueña, gruesa y sucia, con otra muchacha bastante linda. Mi saludo cayó pesadamente en el espacio y tardó bastante en obtener un aburrido eco. Me sentía incómodo de haber penetrado en aquel vacío, en aquel estúpido silencio, y me dieron ganas de salir nuevamente; pero no hallando ningún pretexto para hacerlo, me acerqué junto a la mesa. La joven me preguntó qué quería beber, y la dureza de su francés me detató en ella a una alemana. Pedí cerveza, y fué por ella con un ardor muy poco elástico, que expresaba la indiferencia todavía mejor que sus vagos ojos, que ardían lentamente bajo los párpados como una luz a punto de apagarse. Mecánicamente puso, de acuerdo con la costumbre de tales establecimientos, otro vaso para ella. Bebió a mi salud, rozándome con su mirada indiferente, y pude examinarla. Su cara era aún relativamente bonita, de rasgos regulares, pero una interior fatiga comunicábale el aspecto de una ordinaria careta; todo en ella denotaba su edad. Sus párpados pesados, fofo su cabello, sus mejillas con chafarrinones de polvos baratos y una arruga alrededor de la boca. También su vestido era negligente y tenía la voz ronca de cerveza y de humo. Todo indicaba una persona cansada, que seguía viviendo únicamente por inercia. Sentí un cierto temor y le pregunté algo.

Me contestó de un modo apático, sin mirarme y sin mover apenas los labios. Me dió la impresión de que mi presencia era inoportuna. Junto a la pared bostezaba la dueña, y la otra muchacha miraba como esperando que yo la llamase. Me dieron ganas de irme, pero todo en mí era pesado; estaba allí sentado en aquella atmósfera turbia y espesa, lleno de torpeza, como los marineros, elevados por la oscuridad y el terror; porque algo tenía aquella indiferencia de excitación.

De repente sentí una risa aguda a mi lado. Tembló la llama al mismo tiempo: la corriente de aire me indicó que alguien había abierto la puerta a mis espaldas. “¡Vuelves otra vez”, gritó junto a mí la misma voz, con un deje irónico y en alemán. Y continuó: “¡Otra vez entras aquí, tacaño? Bueno, entra, que no te haré mal”.

Miré primeramente a ella que era la que saludaba de aquel modo agudo, como si saliese fuego de su cuerpo, y en seguida dirigí mi vista hacia la puerta. Antes de que estuviese abierta por completo, reconocí en ella la figura débil y la humilde mirada del hombre que al entrar yo había estado pegado a los cristales. Tenía el sombrero en la mano como un mendigo y temblaba bajo el cuerpo pesado de la muchacha, acompañada por un murmullo de la dueña.

—Siéntese al lado de Françoise — ordenó al pobre hombre, que iba aproximándose tímidamente. — Ya ves que tengo un caballero.

Lo dijo en alemán. La dueña y la otra pupila lanzaron una carcajada, a pesar de que no podían comprenderlo; pero por lo visto conocían al huésped.

—Dale, “champagne”, Françoise, pero del más caro; una botella — gritó ella riendo, y añadió fríamente, dirigiéndose a él: — Si es demasiado caro para ti, te puedes quedar afuera, ¡miserable, tacaño! A ti claro, te gustaría verme de balde; ya sé que todo lo quieres así.

Bajo aquella risa cruel, la figura larga del hombre parecía fundirse; sus hombros se alzaban como que-

riendo esconder la cara de perro, y le tembló la mano cuando al tomar la botella y tratar de servirse, derramó el vino sobre la mesa. Su mirada, que quería elevarse, no podía desasirse del suelo. Bajo la luz distinguí claramente su rostro extenuado y pálido, el cabello feble y húmedo sobre el cráneo, sus débiles y como rotas articulaciones; un miserable sin fuerzas, pero no sin cierto aire de maldad. Todo en él era oblicuo y encorvado, y cuando alzaba por un momento la mirada, brillaba en ella una luz mala, una luz siniestra.

—No hagas caso — me dijo la muchacha en francés, apretándome el brazo; — es un antiguo asunto entre él y yo; no es de hoy — y otra vez, enseñando sus dientes blancos como dispuestos a morder, le gritó: — Oye, viejo lince, ¿sabes lo que te digo? Que prefiero echarme al mar a vivir contigo. ¡Ya te lo he dicho!

Rieron nuevamente la dueña y la otra chica de una manera estúpida. Al parecer, aquello era para ellas una broma diaria. Pero a mí me hacía lúgubre impresión ver cómo la otra pupila se aproximaba a él lisonjeándolo, y como él sentía repugnancia y no tenía valor para defenderse. Me atemoriqué cuando su mirada se cruzó con la mía; me había mirado de una manera confusa, tímida, y servil. También yo sentía repugnancia de la mujer que a mi lado se sentaba, que bruscamente se había despertado de su sueño y habíase puesto reluciente de maldad hasta temblarle las manos. Puse el dinero sobre la mesa y me fuí, pero ella no lo aceptó.

—Si te molesta ese perro — me dijo señalándome a aquel miserable, — lo echaré fuera. El no tiene más que obedecer. Vamos, toma otra copita conmigo.

Se me acercó con una especie de brusca y fanática ternura, que yo me dí cuenta era ficticia, sólo para atormentar al otro. A cada uno de sus movimientos lo miraba, y a mí me resultaba repugnante observar cómo cada gesto de ella le hacía temblar a él, igual que si le aplicaran un hierro caliente a los miembros. Sin hacer caso de ella, me puse a examinar al hombre, y me asusté al notar cómo algo de rabia, de ira, de envidia

y de deseo iba creciendo en él, que se encogía en cuanto ella volvía la cabeza. Se acercó ella todavía más, sentí su cuerpo que temblaba con el placer dañino de aquel juego y aumentó mi repugnancia ante aquel rostro que olía a polvos baratos y aquel cuerpo con un olor de carne macerada. Ella le ordenó: “¡Trae un fósforo!”.

Aquella plebeya exigencia me asustó a mí más que a él, y me puse a buscar los míos. Pero él, azuzado como por un latigazo, se aproximó con pasos vacilantes y puso los fósforos sobre la mesa. Durante un segundo nuestras miradas se cruzaron, y pude ver en la suya una gran vergüenza y una ira alocada. Aquella mirada de esclavo despertó en mí al hombre, al hermano.

Sentí entonces la degradación por la mujer, y me avergoncé.

“Se lo agradezco” — le dije en alemán. Ella hizo un movimiento brusco: “¡No vale la pena!”. En seguida le ofrecí la mano. Tuvo él una larga indecisión, y de repente sentí que sus dedos huesosos y húmedos me apretaban llenos de agradecimiento. Durante un segundo brillaron sus ojos en los míos, y de nuevo cayeron sus débiles párpados. Sólo por terquedad iba a pedirle que se sentase junto a nosotros, y ya el gesto de indicación debía de estar en mis manos, pues ella le ordenó: “Siéntate de nuevo en tu mesa, y no molestes”.

Me fastidiaba de una manera insoportable aquella voz corroída y aquel tormento. ¿Qué me importaba aquel grito lleno de humo, aquella mujer mundana, aquel idiota, y todo aquel vaho de cerveza, humos y perfume ordinario? Tenía sed de algo fresco. Pagué y me fuí. No quería representar ningún papel en un asunto en que se trataba de humillar a un hombre, y dijo claramente a la muchacha que su persona me resultaba poco atractiva. Al oírlo, noté que le causó mal efecto, y una arruga apareció en su cara; pero no se atrevió a decir ni una palabra. Se volvió contra él ya con franco odio, y él, temiendo lo peor, sacó el bolsillo. Tenía miedo de quedarse a solas con ella, y en su

precipitación, sus dedos temblorosos no podían deshacer un nudo. Era un bolsillo adornado con abalorios de vidrio como los que usan los campesinos y la gente humilde. Era fácil darse cuenta de que no estaba acostumbrado a gastar despreocupadamente su dinero, todo lo contrario de los marineros, quienes con un solo y rápido gesto lo sacan y lo arrojan sobre la mesa. Debía tener la costumbre de contar mucho y pesar bien las monedas entre sus dedos. “¡Cómo tiemblos por tus queridos céntimos. ¿Tardas demasiado? ¡Espera!” — dijo ella con cinismo, avanzando un paso. El se asustó, y al notarlo ella le dijo con una indescriptible repugnancia en su mirada: “No te acepto nada; escupo sobre tu dinero. Ya sé que están muy contados tus céntimos y que ninguno de ellos debe circular. — Yo sé — agregó tocándose el pecho — que llevas los papeles cosidos aquí para que nadie te los robe”. Y en efecto, como un enfermo del corazón se lleva la mano convulsivamente al pecho, puso él la mano sobre un punto de su saco, palpando involuntariamente con sus dedos el nido secreto, hasta dejarlos caer de nuevo tranquilamente. “¡Avaro!”, gritó ella. Al oírlo acudió el rubor a la cara del atormentado, e inmediatamente arrojó el bolsillo a la otra muchacha, que en el primer instante dió un grito y en seguida se echó a reír a carcajadas, mientras él, echando fuego, corría hacia la puerta. Durante un momento la mujer quedó erguida y relumbrante de ira. Luego sus párpados cayeron pesadamente y la fatiga la encorvó. Parecía que en un solo minuto se había envejecido y extenuado. Algo incierto y perdido observábase en su mirada, que se cruzaba con la mía. Permanecía allí como recién despierta de una embriaguez, llena de vergüenza... — “Ahí fuera empezará a gemir por su dinero, y quizá vaya a la policía a decir que nosotros le hemos robado. Mañana volverá otra vez. ¡Pero a mí no me tendrá nunca!”.

Fué hasta el mostrador, echó una moneda sobre la mesa y bebió una copa de aguardiente de un trago. La extraña luz brillaba nuevamente en sus ojos, pero aho-



ra ya brumosa como bajo la influencia de las lágrimas y de la vergüenza.

Yo sentía aumentar mi repugnancia hasta hacer estallar mi compasión. ¡“Buenas noches!”; dije, y me fuí. “Bon soir!”; respondió la dueña. Ella no dijo nada; quedó riéndose de una manera aguda e irónica.

Al salir a la calle no hallé en ella más que noche y cielo, una oscuridad densa y el brillo incierto y lejano de la luna. Ansiosamente aspiré el aire tibio y tonificante; mi repugnancia se fué transformando en un asombro ante la variedad de los destinos, y otra vez sentí — sentimiento capaz de hacerme dichoso hasta verter lágrimas — que detrás de cada cristal de ventana, nos espera una suerte, que cada puerta se abre a un suceso distinto, que la diversidad es ubicua en este mundo, y que el más sucio rincón está reluciente de acontecimientos, como un cuerpo en putrefacción lo está de gusanos. La repugnancia del encuentro se había transformado en una agradable fatiga y en un anhelo de cambiar lo ocurrido por un bonito sueño. Inconscientemente miré a mi alrededor para orientarme y hallar la salida de aquel laberinto de estrechas calles. Silenciosamente — por lo visto se había aproximado procurando no hacer ruido — se me acercó una sombra.

—Dispense — conocí en seguida aquella voz humilde; — pero creo que no va usted a encontrar el camino. ¿Me permite que se lo indique? El señor vive...

Le di las señas de mi hotel.

—Le acompañaré si lo permite — añadió con modestia.

Otra vez me asaltó el terror. Los pasos fantasmales a mi lado eran duros y silenciosos al mismo tiempo: la oscuridad de la calle, de los marineros y el recuerdo de lo sucedido, cedieron rápidamente su puesto a un sentimiento letárgico y confuso, irresistible y sin ninguna concreción. Sentía, sin verlos, la humildad de sus ojos, y en el temblor de sus labios notaba que deseaba hablar conmigo. Pero yo no hacía nada ni por animarle ni por impedirselo, porque la curiosidad de

mi corazón se mezclaba al vértigo de los demás sentimientos. Tosía él ligeramente algunas veces, y a mí me alegraba su turbación, porque me había penetrado algo de la maldad de la mujer. No le alentaba complaciéndome en dejar que un profundo silencio pasase entre los dos. Sonaban nuestros pasos sobre el pavimento, arrastrados los suyos como los de un viejo, y los míos fuertes, violentos, impulsados por el deseo de huir de aquel mundo sucio. Sentí más fuertemente la tensión entre nosotros: ese silencio estaba henchido de un grito agudo como una cuerda tirante, y, finalmente él lo rompió con una palabra:

—Usted ha... ha..., “mi señor”... ha visto una escena extraña allí, en el establecimiento...; dispense... dispense que le hable otra vez de eso...; pero a usted le ha debido parecer raro... y yo debo parecerle a usted muy ridículo...; esa mujer... que...

Se calló; algo le apretaba la garganta. En seguida, con voz aletargada y muy tenue, murmuró precipitadamente:

—Esa mujer... es mi esposa...

Sin duda yo tuve un sobresalto de sorpresa, pues él prosiguió rápidamente, como queriendo disculparse:

—Es decir... fué mi esposa... hace cuatro o cinco años... en Geratzheim, Alemania, mi tierra natal... Yo no quiero, “mi señor”, que usted piense mal de ella. Quizá tenga yo la culpa de que ella sea así. No ha sido siempre como ahora... Yo la he atormentado..., la hice mi esposa, a pesar de que era muy pobre; no tenía ni vestido para casarse, nada, nada..., y yo soy rico...; es decir tengo una buena fortuna... Rico, no...; lo era antes... Y oiga usted...; yo era (ella tiene razón) muy ahorrativo...; lo era antes de mi desgracia y ahora maldigo de ello...; pero mi padre era también así, y lo mismo que mi madre; todos han sido así... Y a mí me ha costado mucho esfuerzo ganar un céntimo... Ella era coqueta, le gustaban las cosas bonitas, aunque era pobre... Yo se lo reprochaba...; no debía haberlo hecho... Hoy lo comprendo, pues ella tiene su orgullo, mucho orgu-

llo... No crea usted que es como parece... Todo es mentira y ella misma se hace daño... Sólo por atormentarme... y porque... sienta vergüenza... Quizá haya empeorado, pero no lo creo..., porque ella, caballero, ha sido muy buena.

Se secó los ojos y se detuvo un instante en su excitación. Le miré, y de pronto, no me pareció tan grotesco; hasta el trato que me daba de “mi señor”, que en Alemania es usado sólo por la clase baja, ya no me chocó. La excitación se dibujaba en su rostro y tenía la mirada clavada en el suelo, como si allí, a la luz temblorosa, quisiera leer lo que difícilmente tardaba por salir de su garganta.

—Sí, “mi señor” — prosiguió tras un profundo suspiro, con su voz más elevada, procedente de un rincón más tierno de su alma: — Ella era buena... también para mí, y estaba muy agradecida de que la hubiera sacado de la miseria..., yo lo sabía, conocía su agradecimiento... pero quería estar oyéndolo... oyéndolo siempre...; siempre. Me hacía bien sentir sus palabras de gratitud, “mi señor”; me hacía bien oírlo que yo era mejor que los demás, sabiendo que era peor... Hubiese dado todo mi dinero por volver a oírlo... Ella era orgullosa, y cuanto más notaba que yo lo exigía, menos lo decía... Por eso, yo hacía que me pidiese; nunca le daba nada de buena gana...; sentía un placer cuando tenía que pedirme por cada uno de sus vestidos, para una cinta cualquiera..., y durante tres años la estuve atormentando así, cada vez más; pero créame, “mi señor”, lo hacía sólo por cariño... Me gustaba su orgullo; pero deseaba avasallarla cada vez más, yo que era un loco, y cuando me pedía algo me enojaba... pero no de verdad, “mi señor”.... Me agradaba cualquier ocasión de poder humillarla..., pues no sabía cómo la quería...

Calló de nuevo. Caminaba con pasos vacilantes. Al parecer se había olvidado de mí. Automáticamente, como en sueños, prosiguió en voz alta:

—Lo supe luego, cuando... aquel maldito día... Le había negado dinero para su madre; una tontería...;

es decir, lo tenía ya dispuesto; pero quería que me lo pidiese otra vez..., sí. ¿Qué estaba diciendo?... Sí, lo supe entonces, cuando al volver por la noche a casa me encontré solo con un papel sobre la mesa... "Guarda tu maldito dinero; no quiero ya nada de ti"... No decía más que eso... Señor, tres días y tres noches anduve como un loco. La hice buscar en el río y en el bosque, dando centenares de marcos a la policía. Visité a todos los vecinos, pero na hacían más que reírse y burlarse de mí... Nada, no se encontraba. Finalmente, alguien me dió una noticia del pueblo de al lado. Habíanla visto en el tren con un soldado... Ella había ido a Berlín... El mismo día salí en su busca... abandoné mis negocios, perdí miles de marcos... Me robaron, mis sirvientes, todos... Pero yo le juro, "mi señor" que eso no me importaba... Me quedé en Berlín; era necesario una semana para que la descubriera en aquel torbellino de hombres..., y me quedé allí.

Respiró con dificultad.

—"Mi señor", se lo juro... no le he dicho ninguna palabra fuerte..., he llorado..., me he puesto de rodillas, le he ofrecido dinero... toda mi fortuna la administraba ella porque entonces yo lo sabía ya..., no podía vivir sin ella... Amo el más pequeño de sus cabellos..., su boca..., su cuerpo..., todo, todo..., y he sido yo, sólo yo, quien la ha lanzado al abismo... Estaba pálida como la muerte cuando entré de repente... He pagado a su dueña, una mala, una innoble mujer... Estaba allí en la pared, blanca como el yeso...; me escuchaba.

"Mi señor", yo creo que estaba.... sí..., casi alegre de verme... Pero cuando fuí a hablar de dinero... y eso que yo sólo lo hice..., se lo juro..., para demostrarle que no pensaba en ello más..., se puso a insultarme y después, porque yo no quería irme, llamó a su amante y los dos juntos se rieron de mí... Pero, "mi señor", yo se lo relataré día por día. Los vecinos me han contado todo. Yo sabía que el miserable la había abandonado, y entonces fuí una vez, una vez más, "mi señor"; pero ella me echó y rompió un bi-

lete que yo había puesto disimuladamente en la mesa, y, cuando volví, se había ido... ¿Qué no habré hecho yo, "mi señor", por encontrarla? Durante un año, se lo juro, no he vivido; no he hecho más que buscarla; he pagado agencias, hasta el momento en que me enteré de que estaba allá en la Argentina..., en... un mal... sitio...

Vaciló un momento. La última palabra fué como un estertor. Y su voz se hizo más opaca:

Primero me invadió la desesperación...; pero después me di cuenta que había sido yo el que la había lanzado en ese mundo..., y pensaba en todo lo que la pobre debía sufrir... Fuí a ver a mi abogado, el cual escribió al cónsul y envió el dinero..., sin decirle quien lo enviaba.... Le escribió sólo diciéndole que volviera... Se me telegrafió que todo iba bien... Conocía el nombre del barco, y en Amsterdam la esperé. Llegué tres días antes; ardía de impaciencia... Por fin llegó la hora... Nada más que divisé en el horizonte el humo del barco, el corazón me saltaba de alegría; creí que no podría aguardar a que echasen el ancla y amarrasen...; tan lento, tan lento me parecía aquello; por fin, los pasajeros franquearon la pasarela, y finalmente ella... Al pronto no la reconocí... era otra...., maquillada..., y así, como lo ha visto... Cuando ella me vió esperándola, se puso pálida... Dos marineros tuvieron que sostenerla, porque si no se hubiera caído por la pasarela... Desde el momento que pisó tierra me puse a su lado... y no dije nada...; tenía un nudo en la garganta... Ella tampoco dijo nada..., ni siquiera me miraba...; el mozo iba delante de nosotros con las valijas y nosotros caminábamos. De repente ella se detuvo y dijo: "Señor". ¡Cómo pronunció estas palabras!... Esto me hizo un daño infinito, porque era muy triste el sonido de su voz... "¿Sigues considerándome tu mujer, "incluso ahora?"... La tomé de la mano. Temb'aba, pero no dijo nada. Sin embargo, yo sentía que estaba todo arreglado. ¡Qué feliz era! Bailé alrededor de ella como un niño, cuando la tuve en la habitación; me dejé caer a

sus pies... Debí decirle muchas locuras..., porque ella sonreía con lágrimas en los ojos y me acariciaba... muy tímidamente.

“Mi señor”, ¡qué bienestar experimentaba entonces! Mi corazón se fundía, en lágrimas. Subí y bajé corriendo la escalera... Pedí una comida en el hotel, nuestra comida de bodas... La ayudé a vestirse..., cenamos, bebimos y fuimos felices... Ella estaba contenta como una criatura... Habló de nuestra casa y del modo cómo íbamos a arreglarla... Entonces...

Repentinamente su voz se hizo ronca e hizo un gesto con la mano, como si quisiera golpear a alguien.

—Entonces... había un mozo, un mal hombre, un miserable, que creyó que yo estaba borracho, porque estaba loco de alegría y bailaba y reía hasta no poder más..., cuando en realidad era sólo alegría lo que tenía para comportarme así... ¡Oh, yo estaba tan contento!..., y he aquí que, cuando pagué, me devolvió 220 marcos menos... Le insulté y reclamé el resto; el mozo estaba azorado y dejó en la mesa la moneda de oro... Entonces ella se echó a reír a carcajadas... La miré fijamente, pero su cara había cambiado...; de repente se había vuelto irónica, agria, perversa...

—Qué parsimonioso eres siempre..., hasta el día de nuestra boda — dijo ella fríamente, en un tono enérgico y con... lástima.

“Temblé y maldije mi meticulosidad. Me esforcé por reír nuevamente; pero su alegría había desaparecido... había muerto... Pidió una pieza aparte... ¡Qué no le hubiera yo concedido! Y pasé la noche solo, pensando en qué le compraría a la mañana siguiente...; en el regalo que le haría para demostrarle que no era avaro..., que no lo sería nunca para ella. A la mañana siguiente salí muy temprano, y cuando entré en su alcoba... estaba vacía, vacía como la primera vez. Yo sabía que sobre la mesa habría alguna nota escrita... Precipitadamente me acerqué a ella suplicando a Dios que me equivocase...; pero... pero... allí estaba...

Vaciló. Involuntariamente me detuve y lo miré. El

bajó la cabeza. Después murmuró con una voz ronca:

—La nota escrita decía: “Déjame en paz. Me repugnas”.

Habíamos llegado al puerto, y de pronto, en medio del silencio, sonó la clamorosa respiración del mar... Con los ojos brillantes como si fueran enormes gatos negros, los barcos estaban allí, muy cerca y muy lejos, y se oía cantar. Nada había variado, y sin embargo se sentía que existía allí una multitud de cosas, una gran indolencia y la fantasía enloquecedora de una poderosa ciudad. A mi lado percibía la presencia de la sombra de aquel hombre; la que temblaba fantásticamente a mis pies a la luz variable de las confusas linternas. Yo no podía decir nada: ninguna palabra de consuelo, ninguna pregunta; pero su silencio me contagió. De repente me tomó del brazo.

—Pero no me iré de aquí sin ella. Después de muchos meses la he hallado. Me martiriza..., pero no la dejaré... Le ruego, “mi señor”, que le hable... Es necesario que sea mía... A mí no me escucha... No puedo vivir así... No puedo ver que los hombres vayan a su casa..., y esperar ante la puerta hasta que salgan..., borrachos y riendo. Toda la calle ya me conoce... Ríen cuando me ven esperar... Esto me enloquece y, sin embargo, todas las noches vuelvo... “Mi señor”, se lo ruego... háblele... Aunque no lo conozco a usted, hágalo por caridad..., háblele...

Involuntariamente traté de soltar su brazo. Temblaba. Pero él, comprendiendo que yo me desentendía de su infortunio, se dejó caer de rodillas y me abrazó las piernas.

—Se lo ruego, ‘mi señor’...: es necesario que usted le hable... Es necesario, porque sino va a ocurrir algo espantoso... He gastado todo mi dinero para buscarla y no la dejaré aquí, no la dejaré viva... Me he comprado un cuchillo... Tengo un cuchillo, señor... Yo no quiero que continúe aquí... viva... No puedo soportar más este tormento... Háblele usted, “mi señor”...

Se revolcaba ante mí como un loco. Dos agentes de

policía vinieron hacia nosotros. Lo levanté violentamente. Durante un momento me miró como un loco. Después, con otro timbre de voz, me dijo secamente:

—No tiene usted más que dar la vuelta a esta calle. En seguida está usted en su hotel.

Una vez más me miró fijamente, con ojos cuyas pupilas parecían sumergidas en una blancura y un vacío inmensos. Después desapareció. Me envolví en mi capa. Tiritaba de frío y estaba abatido; sentía una embriaguez confusa, apática y negra; un sueño ambulante, color de púrpura. Quería pensar un poco, reflexionar en todo esto; pero siempre se levantaba en mi interior una ola negra de abatimiento que me vencía. Entré en el hotel, andando a tientas; me dejé caer en la cama y dormí pesadamente, como una bestia.

\* \* \*

A la mañana siguiente yo no sabía lo que había en todo ello de sueño y realidad, y algo en mi interior me prohibía formular la pregunta. Me levanté tarde, un desconocido en una ciudad desconocida, y fui a visitar una iglesia, en la que había mosaicos antiguos de gran celebridad.

Pero mis ojos se perdían en el vacío; el recuerdo de la noche pasada volvía a mi mente cada vez con más fuerza, y me arrastraba irresistiblemente, de tal manera que buscaba la calle y la casa... Pero esas extrañas calles no viven más que durante la noche; durante el día llevan máscaras grises y frías, bajo las cuales sólo pueden reconocerlas los iniciados. La busqué, pero no la encontré. Cansado y desilusionado, regresé al hotel, perseguido por las figuras que agitaba en mí la ilusión o el recuerdo... Mi tren salía a las nueve de la noche. Abandoné la ciudad con sentimiento. Un mozo vino a buscar mis maletas. Ibamos en dirección a la estación, cuando de pronto, en el cruce de una calle sentí como una sacudida interior: reconocí la calle lateral que conducía a aquella casa; dije al mozo que me esperara y, mientras se asombraba al principio y



después se echaba a reír con un gesto impertinente y familiar, fuí a echar una última mirada a aquella casa de la aventura.

Estaba allí en la oscuridad, sombría como la víspera, y en el resplador mate de la luna vi brillar los ladrillos de la puerta de la casa. Iba a acercarme por última vez, cuando una figura humana se deslizó fuera de la sombra. Reconocí, temblando, al hombre que se hallaba allí agazapado en el umbral y que me hacía señas de que avanzase. Sentí como una convulsión y escapé precipitada y cobardemente, ante el temor de verme mezclado en algún suceso y de perder mi treu.

Empero, al llegar a la esquina, y antes de dar la vuelta, me volví de nuevo para mirar. Cuando mis ojos tropezaron con el hombre, éste dió un salto; le vi alzarse, precipitarse contra la puerta y abrirla bruscamente. En este instante, un resplandor de metal brilló en sus manos. Y a la distancia en que me encontraba, no pude distinguir si era dinero o el cuchillo que el claro de la luna lucía pérfidamente entre sus dedos...

F I N

## I N D I C E

Stefan Zweig .....	5
Amok .....	7
Carta de una desconocida .....	62
Una noche fantástica .....	101
La mujer y el paisaje .....	152
La callejuela a la luz de la luna .....	174



# LIBROS DE GRAN ÉXITO

## Obras de GIOVANNI PAPINI

Gog (un vol.), Dante Vivo (un vol.)  
Historia de Cristo - San Agustín  
Diccionario del hombre salvaje  
El crepúsculo de los filósofos  
Memorias de Dios - Hombre acabado  
Los testigos de la Pasión

## Obras de Paul C. JAGOT

El dominio de sí mismo, Lección vital  
El insomnio vencido. Cura magistral  
El libro renovador de los nerviosos  
El poder de la voluntad  
La educación de la palabra.  
La educación del estilo. Para todos  
La memoria. Cómo mejorarla  
Las leyes del éxito. Para triunfar  
La timidez vencida. Para ser fuerte  
Magnetismo. Una lección de ciencia  
Hipnotismo. La influencia vital  
Sugestión. Para lograr dominio  
Método práctico de autosugestión  
Psicología del amor. Revelaciones

## Obras de E. WALLACE

El abate negro. Una novela policial  
El campanero. Una lucha complicada  
El ángel del terror. Obsesionante  
Pie grande. Aventura fatal

## Clásicos - TOR - Universales

Platón, Apología de Sócrates  
Cervantes, La gitanilla y otros  
Verdau, Mentiras convencionales  
Juan Manuel, El conde Lucanor  
Anónimo, Poema de mio Cid  
Homero, La Ilíada, completa  
Homero, La Odisea, completa  
Granada, Guía de pecadores  
Becquer, Rimas y otras poesías  
Santa Teresa, Camino de perfección  
Campoamor, Dolores y humoradas  
Kempis, Imitación de Cristo  
Lope de Vega, La niña boba  
León, Fray L. de, La perfecta casada  
Shakespeare, Noche de Reyes  
Tirso de Molina, El burlador de Sevilla y El convidado de piedra  
Ovidio, Arte de amar  
Dickens, Vida de Jesucristo  
Lope de Vega, Fuenteovejuna  
Santa Teresa, Las moradas  
Shakespeare, Romeo y Julieta  
Moratín, El sí de las niñas  
Voltaire, La doncella. Muy espiritual  
Petrarca, El Satiricón. Obra elegante  
Aristóteles, La política. Fundamental

## Enciclopedia NEREA - FREUD

Freud y el problema sexual  
Freud y los actos maníacos  
Freud y el chiste equívoco  
Freud y las degeneraciones  
Freud y la histeria femenina  
Freud y los orígenes del sexo  
Freud y el misterio del sueño  
Freud y la perversión de las masas  
Freud y los orígenes del sexo  
Freud y su manera de curar  
Freud y la higiene sexual

## Obras de F. SARMIENTO

Facundo, Verdadera epopeya trágica  
Recuerdos de Provincia Autobiografía  
Vida de Dominguito, Otra biografía  
La escuela ultrapampeana, De valor  
Argirópolis, El anhelo patriótico  
Aldao y el Chacho, Retratos fieles  
Discursos populares, Frente al pueblo  
La época de Rosas, Ardientes escritos

## Obras de Stefan ZWEIG

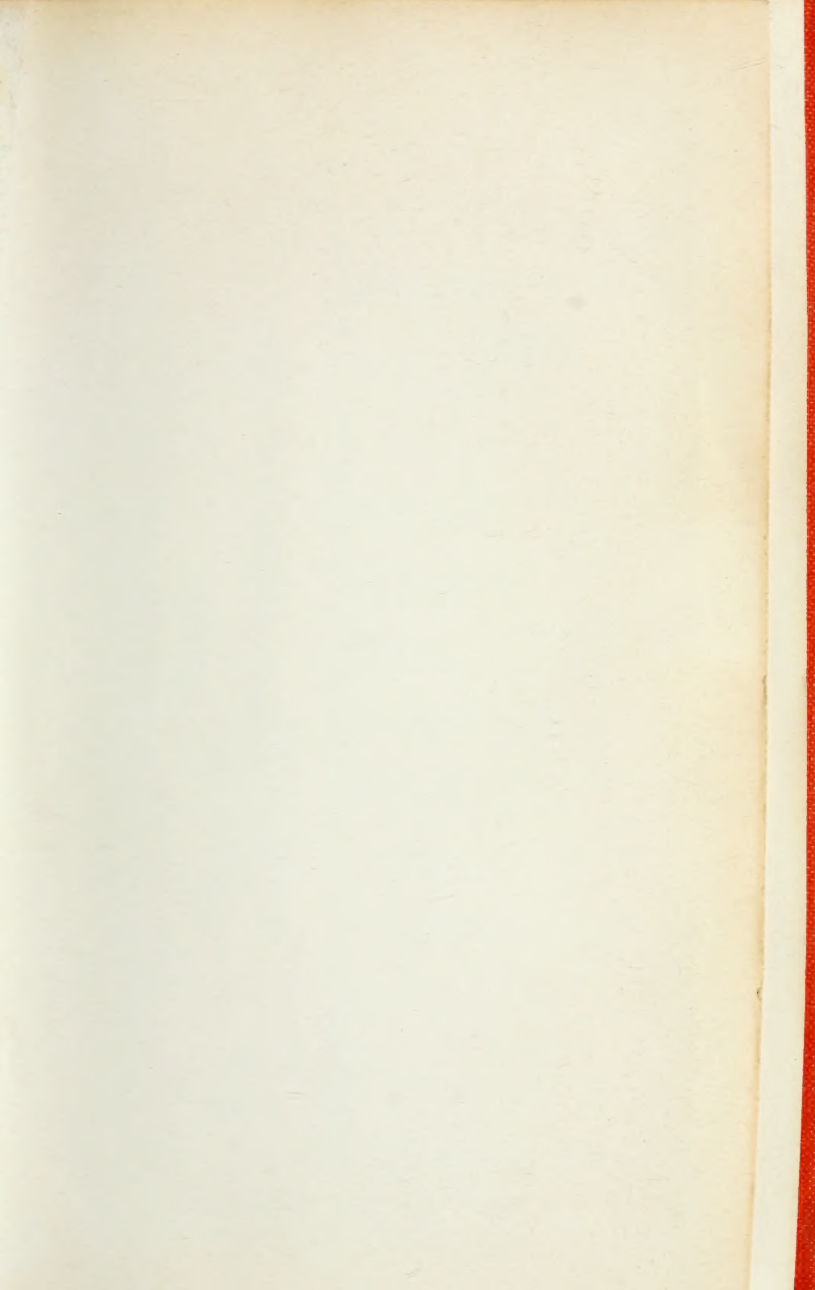
La tragedia de una vida  
Veinticuatro horas de una mujer  
El candelabro enterrado (Novedad)  
Momentos estelares de la humanidad  
Amok — Freud — Casanova, (3 vol.)  
Los ojos del hermano eterno, Éxito

## Serie-LAS OBRAS FAMOSAS

Wallace, Ben Hur. Novela cristiana  
Dumas, Los tres mosqueteros  
Hugo, Nuestra Señora de París  
Márbol, Amalia. Novela de América  
Dumas, Veinte años después  
Sienkiewicz, Quo Vadis!  
Wiseman, Fabiola. La gloria de la fe  
Las mil y una noches  
Dostoiéwski, Crimen y castigo  
De Foe, Robinson Crusóe  
Dumas, Vizconde de Bragelonne, 2 t.  
Dumas, Don Quijote de la Mancha  
Dumas, El conde de Montecristo, 2 t.  
P. Valdés, La hermana San Sulp  
Kipling, Libro de las tierras vírgenes  
Dante, La Divina Comedia  
Isaacs, María y Poesías completas  
Dumas, La mano del muerto  
Burroughs, Tarzán de los monos  
Sabatini, El Capitán Blood  
Hugo, Los miserables, 2 tomos.  
Dumas (h), La dama de las camelias  
Gorki, La madre. Vida de Gorki  
Stevenson, La isla del tesoro  
Swift, Viajes de Gulliver

En venta en todas las buenas librerías de la República y en la

**EDITORIAL TOR - Río de Janeiro 760 - BUENOS AIRES**





584303

Zweig, Stefan

Amok. cVersion castellana de Pedro  
Salazar Diaz.

LG  
Z975a  
.Sd

UNIVERSITY OF TORONTO  
LIBRARY

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET



UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C  
39 15 23 05 04 013 5